

# La fe no es ciega

BRUCE C. HAFEN

MARIE K. HAFEN

MEMORIA DE B. WEST BELNAP

*que nos enseñó a ver que la fe no es ciega*

## **Reconocimientos**

El presente libro, como nuestras vidas, es una colaboración. Sin embargo, por propósitos de claridad, cabe señalar que Marie es el pronombre “yo” en el prólogo y el epílogo, mientras que Bruce es el pronombre “yo” en los demás capítulos.

Nos sentimos muy agradecidos con Hal Boyd, Eric d’Evegne, Holden d’Evegne, Sarah d’Evegne, Daniel Hafen, Tom Hafen, Martha Johnson, Kevin Knight, Lisa Roper, Bud Scruggs, John Tanner, Karen Tiffiletti, Emily Watts, y Jed Woodworth por sus comentarios con respecto a los primeros borradores del presente libro.

## **Prólogo**

## “Escucha detrás del ruido”

Las colinas áridas del desierto de Judea se extendían por todas partes, desde donde veíamos el Wadi Qelt, un valle fluvial y antiguo camino entre Jerusalén y Jericó. Nos preguntamos en voz alta cómo un ser mortal podría sobrevivir cuarenta días de ayuno en esta región, como lo hizo Cristo. De repente, el sonido de unos disparos a la distancia sacudió nuestros pensamientos. Al escuchar con mayor atención, nos dimos cuenta de que el ruido provenía de un campo de tiro, que no estaba lo suficientemente cerca como para hacernos daño. Sin embargo, el sonido del fuego rápido rasgó nuestros sentidos espirituales y cambió abruptamente el enfoque del momento.

Cuando regresamos a nuestro auto, una amiga que viajaba con nosotros nos preguntó si podía quedarse unos minutos más ahí. La vimos adentrarse un poco más en el Wadi y, unos minutos más tarde, volvió a subir al auto, mientras el ruido agresivo de las ametralladoras se escuchaba a solo unas colinas de distancia. No fue hasta que estuvimos a orillas del mar de Galilea, un día o dos después, que nuestra amiga nos contó lo que escuchó entre los disparos. “Estaba muy disgustada por cómo esas armas hacían que fuera difícil sentir el Espíritu”, dijo. “Pero, luego, escuché un pensamiento que surgió de ese suelo seco, fue tan claro como si alguien lo hubiera dicho: ‘Escucha detrás del ruido’. Mientras prestaba más atención a lo que estaba sintiendo, el pensamiento se convirtió en un mensaje más completo: ‘Escucha detrás del ruido. Yo creé estas colinas. Soy El Creador. Todos los disparos son solo un ruido superficial para mí.

Puedo acabar con ese ruido en un suspiro. Puse el pulso en esta tierra. Te puse el mismo pulso. Escucha detrás del ruido de mi voz. . . y quédate conmigo”.

Hablando metafóricamente y literalmente, nuestros tiempos están cargados de disparos. El fuego cruzado de estos días parece constante y puede mantenernos dando vueltas en conflictos, confusión y enigmas provocados por voces fuertes y enemigas. Vivimos en un mundo complejo. El caos incesante puede hacernos sentir como un pez dorado en una licuadora con un niño de tres años en el interruptor.

Al ofrecerte este libro, no podemos detener al niño de tres años o los disparos, sin embargo, esperamos poder ayudarte a aprender a escuchar detrás del ruido: el ruido en el mundo y el ruido en tu interior. Aquí no intentamos resolver todos los problemas que puedas estar enfrentando. Pero, esperamos que encuentres en estas páginas un modelo de cómo pensar en tus preguntas y cómo, al lidiar con ellas, nutrir tu fe. Esperamos ayudarte a calmar el caos. Esperamos ayudarte a escucharlo a Él.

# 1. La fe no es ciega. Ni sorda. Ni muda

Cuando me puse de pie en el púlpito en mi despedida antes de partir a la misión, a la edad de diecinueve años, incluso después de escudriñar mucho en espíritu de oración, sentía que estaba atrapado en la diferencia entre saber y creer. No podía decir con sinceridad, “sé que el Evangelio es verdadero”. Sabía que algunas personas esperaban que pronunciara esas palabras. Pero, sinceramente, solo pude decir, “creo que el Evangelio es verdadero”. Entonces, al ver una planta en una maceta, dije que mi fe era como esa planta y que creía que crecería.

Luego, hacia el final de mi experiencia en la versión de una semana del Centro de Capacitación Misional de esa época, practicamos la primera charla misional con nuestros compañeros. Mientras enseñaba sobre la Apostasía, un misionero retornado que se encontraba supervisando se detuvo para escuchar. Me interrumpió y dijo, “Élder, aquí comparta su testimonio. Diga que sabe que la Iglesia verdadera debe tener doce apóstoles en la actualidad, como la Iglesia original de Cristo”. Dije amablemente que con mucho gusto se lo testificaría a un verdadero investigador, pero que en ese contexto de práctica, me parecía muy personal decir “sé” con respecto a ese punto. El misionero insistió, “Doce apóstoles, Élder. Quiero escuchar su testimonio”. Sentí una pequeña punzada y dije en voz baja, “creo que en la actualidad la Iglesia de Cristo tiene quince apóstoles, no doce”. El misionero retornado jaló una silla y me preguntó, “¿Tenemos un pequeño problema aquí, Élder?”

Afortunadamente, nos interrumpieron. Pero, me angustiaba que mi nivel de fe, sincera y profunda como era, probablemente no fuera suficiente para un misionero. Pensé en todas esas noches antes de mi despedida, cuando usaba la llave del edificio que había recibido como organista asistente de estaca e ingresaba al tabernáculo de St. George aproximadamente a las 11 p.m. Ahí, tocaba el fino órgano de tubos del tabernáculo durante más o menos una hora a toda velocidad, cantando las canciones de Sión yo solo, con sólo la pequeña luz de la consola del órgano brillando en el viejo y sagrado edificio pionero. A mí manera, estaba compartiendo mi testimonio, pero era un pequeño secreto entre el Señor y yo. Mi testimonio todavía seguía tomando forma. Debía “saber” algo, pero ¿qué?

Esos recuerdos regresaron cuando leí el relato de Richard Bushman sobre su segundo año en Harvard, en el que sus encuentros con el escepticismo irreligioso, hicieron que sintiera que estaba en un “territorio hostil”. Pronto, esta presión lo agotó, hasta que “el agnosticismo religioso pareció ser la única posición viable debido a lo que sabemos con certeza”. Bushman “no sabía que existía un Dios o que todas las cosas en que creían los Santos de los Últimos Días realmente sucedieron”. Sin embargo, aceptó un llamamiento misional. Pero, “si tenía dudas”, se cuestionó más tarde, “¿por qué fui?”<sup>1</sup>

Desde entonces, “llegó a creer que en realidad [su] problema no era la fe, sino encontrar las palabras exactas para expresar [su] fe”. Lo que le faltaba era el “lenguaje del mormonismo que tuviera sentido en el comedor [de Harvard]”. Ahora, él piensa que en realidad “creyó todo ese año—¿para qué más iría a la misión?—sin embargo, estaba mudo, no podía hablar.”

La fe no es muda. Desde aquel entonces, Bushman se ha pasado toda una vida aprendiendo a comunicar la religión “de una manera que pueda ser entendida” por una audiencia secular en lugar de forzarla a “aprender nuestro lenguaje con la finalidad de que nos entienda”. Entonces, lo que distingue su estilo de escribir sobre temas de la historia de la Iglesia, es su tono, su lenguaje y vocabulario. Al igual que se considera que las personas que no pueden distinguir los sonidos musicales no tienen “oído musical”, muchas personas en el mundo de hoy tienen dificultades para entender el lenguaje religioso. De ese modo, Bushman aprendió a escribir en un tono que el público secular pudiera escuchar. La fe no es sorda.

A los diecinueve años, al igual que Bushman, no encontraba las palabras para expresar mi fe adecuadamente, excepto en el órgano de tubos. Las diferencias entre saber, creer, dudar y cuestionarse no son insignificantes. Sino que, con frecuencia, son confusas, ya que nuestra experiencia es más amplia que nuestro vocabulario. Cuando nuestra fe, que alguna vez no tuvo problemas, de repente enfrenta dudas que nos dejan sin palabras, incluso temporalmente, nuestra fe puede parecer no solo ser ciega, sino muda. En ese momento, podríamos desear tener un libro llamado “Fe para principiantes”, es decir, para cuando nos sentimos sin palabras debido a nuestros dolores de crecimiento espiritual y nos preguntamos si algo está mal. ¿Eso también significaría que no tenemos fe? Probablemente no, pero podríamos necesitar un vocabulario más completo. Un “crecimiento en la fe [también] puede considerarse como una mejora del lenguaje”<sup>2</sup>, La fe no es muda.

Entonces, al igual que con los escritos de Bushman sobre José Smith, mi parte de este libro resultó ser autobiográfica. Me he encontrado tratando de describir aquí mi búsqueda personal de una fe más “conocedora”, las preguntas que encontré y el vocabulario que aprendí al buscar respuestas a ellas, un paso a la vez.

Por ejemplo, con respecto a “saber”, el Élder Harold B. Lee de los Doce compartió un testimonio muy poderoso sobre el Salvador cuando visitó nuestra misión. Citó Doctrina y Convenios 46:13–14: “A algunos el Espíritu Santo da a saber que Jesucristo es el Hijo de Dios... a otros les es dado creer en las palabras de aquellos”. De pronto, mientras lo escuchaba, supe que él sabía, y creí en sus palabras. Ese fue solo un paso, pero fue real. ¿Creencia o conocimiento? Un poco de ambos. Más tarde, llegué a saber por mí mismo gradualmente.

Justo después de mi misión, una amiga cercana me preguntó qué fue lo más importante que aprendí ahí. Con la misma sinceridad que refrenó mis palabras en mi despedida, me descubrí diciendo que, de algún modo, ahora sabía que Dios era real, que Él me conocía y que tenía

una relación personal con Él, una realidad que ha expandido y anclado mi alma desde entonces.

Después, escuché que alguien denominó a ese crucial y enternecedor tipo de relación con Dios como “la cercanía”. Cuando escuché sus palabras, supe a qué se refería y por qué aumentó su nivel de confianza en Él.

Con el paso del tiempo, descubrí que “creer” y “dudar” no son las únicas alternativas. Tampoco es suficiente decidir si uno es un “mormón conservador” o un “mormón liberal”, como se discute más adelante en este libro. Tales dicotomías opuestas no solo no nos ayudan; sino que, a menudo, interfieren con el crecimiento espiritual genuino.

Asimismo, pueden impedir que padres e hijos, o líderes y miembros de la Iglesia, se escuchen y comprendan. Con demasiada frecuencia, los jóvenes y otros miembros formulan preguntas sinceras, pero demasiado escépticas mientras que sus padres y líderes les dan respuestas sinceras, pero demasiado rígidas. Eso fue lo que sucedió en mi conversación con ese misionero retornado. Sería mucho mejor si pudiéramos salir de nuestros “límites” y, realmente, comunicarnos.

Cuando comencé mi misión, “mi problema no fue la fe, sino encontrar las palabras para expresar mi fe”. Con ese recuerdo en mente, nuestro propósito aquí es ofrecer palabras, historias y conceptos que, esperamos, describan un proceso de fe que conduzca a la confianza y la fe en el Señor y Su Iglesia.

Nuestros corazones están con aquellos cuya fe se ve perturbada por la información, las personas o las experiencias que parecen poner en duda sus creencias previas. En realidad, encontrar sorpresas e incertidumbre forma parte del proceso natural de crecimiento de la fe. Hemos pasado por muchas sorpresas de este tipo, nuestro lenguaje solo refleja nuestra experiencia. Lidiar con esa oposición es la única forma de desarrollar una madurez espiritual auténtica y comprobada. Es por eso que John Milton no podía “estimar una virtud enclaustrada”, una virtud que “nunca ve a su adversario”<sup>3</sup>.

La verdadera fe no es ciega, ni sorda, ni muda. Por el contrario, la verdadera fe ve y vence a su adversario.

## 2. La simplicidad más allá de la complejidad

Nos conocimos en una clase de religión de BYU llamada “Tus problemas religiosos”. Cuando ambos resolvimos nuestro mayor “problema religioso”, nuestra amistad de clase floreció en nuestro matrimonio. Durante cada clase, un alumno escogía una duda religiosa, hacía investigaciones al respecto y después dirigía un debate. Cada uno de nosotros escribió un breve artículo sobre cómo resolveríamos el problema.

Algunos alumnos abordaron temas relacionados con cuestiones de la historia de la Iglesia o las críticas hacia José Smith. Otros observaron dudas doctrinales y algunos, solo se preguntaron cómo vivir mejor el Evangelio. Fue una bendición explorar juntos estas preguntas en una actitud de confianza mutua. Con frecuencia, nuestro profesor, West Belnap, en ese entonces decano de religión de BYU, permitía que luchásemos. Quería que llegáramos a nuestras propias conclusiones. Sin embargo, sabía cuándo y cómo guiarnos con un empujoncito ocasional. Nos enseñaba cómo ser buenos estudiantes del Evangelio, mientras nos ayudaba a fortalecer nuestra fe en él. Esa clase nos ayudó a ver que “la fe no es ciega”.

Ambos sabemos lo que significa encontrar problemas que requieren una investigación más profunda tanto en el pensamiento como en la fe. Pocas de las preguntas de hoy son nuevas. Lo que es nuevo es el volumen de diálogo crudo en torno a estas cuestiones facilitado por el Internet—una herramienta que, como todos sabemos, puede crear tanto claridad como caos.

Al buscar un pequeño orden para la parte caótica, nos gustaría compartir un modelo de pensamiento que intenta impulsar tanto el pensamiento claro como la elección fiel. Cuando se mantienen unidos, el pensamiento y la fe pueden interactuar para ayudarnos a mantener nuestro equilibrio espiritual y ayudarnos a crecer. Comencemos por observar la tensión natural entre los ideales del Evangelio y la realidad de la vida.

Cuando somos jóvenes, tendemos a pensar en términos de blanco o negro—sólo existe un ligero tono gris en nuestra perspectiva. Muchos jóvenes y jóvenes adultos solteros poseen un optimismo y una lealtad inocentes que hacen posible de una manera maravillosa que se les pueda enseñar. Por lo general, confían en sus maestros, creen en lo que leen y responden con entusiasmo a las invitaciones para presentar servicio en la Iglesia. Los nuevos conversos adultos tienen actitudes parecidas. Su espíritu y perspectiva alegres hacen una contribución refrescante a sus barrios y ramas.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, nuestra experiencia con la vida real presenta una nueva dimensión: un mayor conocimiento de el vacío entre lo real y lo ideal, entre lo que es y lo que debe ser. Un maestro de piano, que explica cómo la práctica conduce a la perfección, compartió el siguiente ejemplo acerca de establecer metas altas y esforzarse para

alcanzarlas, lo que captura la relación entre lo real y lo ideal: “Una estrella distante, / pero no demasiado lejos / para llevarnos al firmamento. / Aunque nunca podamos alcanzarla, / hemos intentado / y en el intento / hemos aprendido, quizás / para hacer nuestra propia órbita”<sup>4</sup>. Nos ponemos de pie en la superficie terrenal de la realidad y nos estiramos para alcanzar nuestros ideales más elevados. Denominemos a la distancia entre dónde estamos y dónde queremos estar como “el vacío”.

Vemos el vacío por primera vez cuando nos damos cuenta de que algunas cosas sobre nosotros mismos o los demás no son como lo imaginábamos. Por ejemplo, en una universidad de la Iglesia en la que uno esperaría sentirse como en casa, una alumna nueva puede sentirse perdida e intimidada. O, tal vez, se encuentre con un miembro de la escuela cuyas actitudes con respecto a la Iglesia son más liberales, o más conservadoras, de lo que esperaba.

Cuando nos convertimos en adultos y nos familiarizamos con aquellos que fueron nuestros héroes, podríamos comenzar a ver sus limitaciones humanas. Por ejemplo, quizás, uno de nuestros padres nos decepciona de alguna manera. O, podríamos ver a un líder de la Iglesia olvidar una reunión importante o perder la calma cuando se siente estresado. Tal vez, nos esforzamos mucho por ser obedientes y oramos para recibir la ayuda que necesitamos, pero no recibimos la respuesta como lo prometen las Escrituras.

Al igual que un misionero nuevo, podríamos experimentar una gran sorpresa al pasar del idealismo vivificante del Centro de Capacitación Misional a las a veces desconcertantes realidades de la vida diaria en el campo misional. Quizás, sufrimos sorpresivamente de un problema de salud, o nos enfrentamos a un conflicto inesperado con un amigo cercano o un familiar. Podríamos encontrar información sobre José Smith o Brigham Young de la que nunca antes escuchamos. O, tal vez, encontremos alguna publicación en Internet que hace surgir preguntas sobre nuestra religión que no sabemos cómo responder.

Dichas experiencias pueden producir una sensación de incertidumbre y es comprensible que deseemos tiempos más sencillos y fáciles. Podríamos notar que nos volvemos un poco escépticos, o podríamos empezar a formular preguntas que no se nos ocurrieron antes. No todos experimentarán estas cosas de la misma manera, pero a medida que aumentemos nuestro conocimiento, la mayoría de nosotros se topará con cierta incertidumbre y oposición.

Las enseñanzas fundamentales del Evangelio restaurado son potentes, claras e inequívocas. Sin embargo, incluso las Escrituras contienen cierta ambigüedad.

Considera, por ejemplo, la historia de Nefi, que fue a matar a Labán para obtener un registro muy importante de escrituras. Esa situación está cargada de incertidumbre hasta que nos damos cuenta de que el mismo Dios, que le dio a Moisés el mandamiento de no matar, también fue la fuente de instrucción de Nefi.

Asimismo, el Salvador dijo una vez, “Mirad que no deis vuestra limosna delante de los hombres para ser vistos por ellos” (Mateo 6:1). Él también dijo, “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras” (Mateo 5:16). Otro ejemplo, el Señor dijo que Él no podía considerar el pecado con el grado más mínimo de tolerancia (véase DyC 1:31). No obstante, en otra parte dijo, “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11). De hecho, la justicia es una ley divina, pero también es una ley de misericordia. A veces, estos dos conceptos pueden parecer incongruentes, hasta que la doctrina superior de la Expiación del Salvador los reconcilia.

Dios nos ha dado principios correctos por los cuales podemos gobernarnos a nosotros mismo. Sin embargo, a veces, puede parecer que estos mismos principios están en conflicto. Escoger entre dos principios (“dos cosas buenas”) es más difícil que escoger entre el bien y el mal. No obstante, aprender a tomar este tipo de decisiones es importante para nuestra madurez espiritual.

Además, la sociedad actual cada vez está más llena de disonancia y conflictos sobre un sinnúmero de temas políticos, culturales y sociales. Las personas en los extremos de estas preguntas parecen estar muy seguras de la respuesta correcta. Pero algunas personas prefieren estar seguras que tener la razón.

Así que la vida está llena de ambigüedad, y aprender a manejar el vacío entre lo ideal y lo real es uno de los propósitos del plan mortal. Por designio divino, todos nos enfrentamos a la “oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11). Como nos enseña el sueño de Lehi, algunas partes de la mortalidad son ciertas y claras, como lo simboliza la barra de hierro que señala el camino hacia la vida eterna, mientras otras partes de la mortalidad no son claras, como lo simbolizan los vapores de tinieblas. Sin embargo, permanece la distancia entre dónde nos encontramos en el camino y dónde queremos estar en el árbol de la vida. Esta distancia puede llenarse de neblina y aquellos que se aferran a la barra no siempre pueden ver con claridad hacia adelante.

Hablemos sobre cómo lidiar con esa incertidumbre. Nos gustaría sugerir un modelo de tres etapas que se basa en la perspectiva que ofreció el distinguido juez estadounidense Oliver Wendell Holmes: “No daría nada por la simplicidad [en] este lado de la complejidad. Pero, daría mi vida por la simplicidad al otro lado de la complejidad”<sup>5</sup>.

La primera etapa de nuestro modelo es la simplicidad de este lado de la complejidad, inocente y no probada. La segunda etapa es la complejidad, el vacío entre lo real y lo ideal, donde nos enfrentamos a los conflictos y la incertidumbre. La tercera etapa es la simplicidad más allá de la complejidad, una perspectiva firme e informada que ha sido moldeada y probada por el tiempo y la experiencia.

Por ejemplo, recientemente asistimos a una reunión de testimonios de los Santos de los Últimos Días para algunas de las reclusas de la Prisión Estatal de Utah. Mujeres que fueron

separadas de sus familias y la sociedad debido a delitos y pruebas graves. Al compartir su testimonio, una de las reclusas dijo, “Cuando era pequeña, con frecuencia compartía mi testimonio en la Iglesia. Con mi voz alegre decía, ‘Amo a mi mamá y papá. Sé que la Iglesia es verdadera. Mi Padre Celestial me ama. Jesús sufrió por mis pecados’. Pero, hoy, detrás de estos barrotes, digo esas mismas palabras con una perspectiva diferente y un nuevo corazón. Ahora, entiendo lo que esas palabras realmente significan—sé que la Iglesia es verdadera. Mi Padre Celestial me ama. Jesús sufrió por mis pecados”.

Ella estaba descubriendo la simplicidad al otro lado de la complejidad.

El desafío para aquellos que se mantienen firmes en la simplicidad inocente e idealista es que es posible que su perspectiva aún no haya lidiado con la realidad de lo que Holmes denomina “complejidad”. Es por eso que no daría nada por el idealismo no probado de la simplicidad ingenua.

Algunas personas que aún se encuentran en la simplicidad temprana de la primera etapa, sencillamente no ven un vacío. De alguna manera, ignoran cualquier percepción de las diferencias entre lo real y lo ideal. Para ellos, el Evangelio en el mejor de los casos es un firme apretón de manos, un ¡choca esos cinco! Y un rostro sonriente.

Su misión fue la mejor, su barrio es el mejor y cada día nuevo probablemente será el mejor día que hayan tenido. Estas personas alegres son optimistas y relajadas. Pueden soportar muchas tormentas que parecen difíciles para aquellos que tienen una disposición menos optimista.

Otros, en esta etapa pueden ver el vacío, pero eligen, ya sea de manera consciente o no, ignorar la tierra firme de la realidad. De esa manera, fingen haber eliminado el vacío, con todas sus frustraciones. Se aferran a lo ideal de manera tan firme que simplemente no sienten la incomodidad que proviene de enfrentar los hechos reales sobre sí mismos, los demás, o el mundo que los rodea. Para ellos, quizás el vacío formula preguntas que son demasiado crudas, lo cual los introduce en una sensación de rechazo que hace oídos sordos a la dolorosa realidad.

Cuando no vemos el vacío o solo nos enfocamos en lo ideal mientras no prestamos atención a lo real, nuestra perspectiva carece de profundidad. Si este es nuestro paradigma, nuestra fe puede ser tanto ciega como superficial, ya que carece de conocimiento y de un pensamiento cuidadoso. Estas limitaciones pueden impedir que extendamos nuestras raíces en el suelo de la experiencia real con suficiente profundidad como para formar la base sólida que se necesita para resistir los vientos fuertes de la adversidad (véase Alma 32: 37–38). El crecimiento de las raíces profundas requiere que aprendamos a enfrentar las realidades incómodas.

A medida que nos adaptamos a la complejidad de la segunda etapa, podemos ver la realidad a pesar de que es diferente a nuestros ideales, “las cosas como realmente son” (Jacob 4:13). Solo cuando vemos tanto lo real como lo ideal, podemos lidiar con el vacío de una manera constructiva. Si no luchamos contra la frustración que surge de enfrentar con valentía las dudas que encontramos, careceremos de las raíces profundas de la madurez espiritual. Si no vemos los problemas que existen, no podremos ayudar a resolverlos.

Sin embargo, a pesar del valor de tomar consciencia de la complejidad, la aceptación de las sombras de la incertidumbre se puede volver tan completa que la barra de hierro se puede convertir poco a poco en tinieblas a nuestro alrededor y el escepticismo se convierte no solo en una herramienta útil sino en una filosofía guía.

A menudo, una persona que ve la vida solo desde la perspectiva de la complejidad, eliminará su visión hacia arriba de lo ideal y se centrará exclusivamente en lo real. En la primera etapa, la persona inexperta parece tener todas las respuestas, pero es posible que aún no sepa muchas de las preguntas. En la segunda etapa, esa misma persona puede tener todas las preguntas, pero solo algunas de las respuestas. En la primera etapa, la fe es ciega porque carece del conocimiento de la realidad. En la segunda etapa, la fe aún es ciega si considera la complejidad como el fin del viaje de la fe, ya que ha perdido su visión de lo ideal. Un poco de aprendizaje, por más valioso que sea, puede ser peligroso cuando se piensa demasiado en él. La capacidad de reconocer la ambigüedad, un paso importante en nuestro desarrollo espiritual, no es una forma final del conocimiento, solo es el comienzo.

La gente que se deleita demasiado con las herramientas de complejidad de escepticismo a veces los prueban en un aula de la Iglesia o en conversaciones con otros. Les encanta interrogar a los desprevenidos, sólo buscando la burbuja idealista de alguien que flota alrededor para que puedan reventarlo con su brillante alfiler de escepticismo. Pero cuando rompemos esas burbujas, podemos perder la armonía, la confianza, y la una sensación de seguridad que sólo viene cuando el Espíritu está presente. Necesitamos buscar con más tiempo y con mayor fuerza en las preguntas difíciles y las respuestas directas, pero sin pasar de la extrema inocencia al extremo escepticismo. El mundo de hoy está lleno de escépticos empedernidos que aman “iluminar” los que están atascados en la simplicidad idealista, ofreciéndoles la duda y el agnosticismo de la complejidad como una nueva y aparentemente valiente forma de vida.

En una ocasión, aprendí cómo el ser demasiado realista, quedar atrapado en la complejidad escéptica, puede impedir la obra del Espíritu. Estuve alrededor de un año en mi misión en Alemania, el tiempo suficiente para saber que nuestro trabajo era duro y nuestros éxitos pocos. Me dieron la asignación de entrenar a un nuevo misionero, el Élder Keeler.

Un día, cuando me encontraba lejos, en una reunión de liderazgo, el Élder Keeler y otro misionero nuevo se encontraron con una encantadora mujer en la puerta, pero no sabían

suficiente alemán para conversar con ella. Sin embargo, dijo que sintió una impresión espiritual muy fuerte de que esa mujer se uniría a la Iglesia algún día.

De hecho, estaba tan emocionado por ella que olvidó anotar su nombre, o su dirección. Solo sabía que su apartamento se ubicaba en algún quinto piso de nuestra gran área, donde había residenciales de muchos pisos. Estaba seguro de que reconocería su nombre al lado del timbre. Entonces, al siguiente día, subimos y bajamos escaleras durante horas, pero no pudimos encontrarla. Cuando dije que debíamos regresar a trabajar, las lágrimas brotaron de sus ojos y su labio inferior comenzó a temblar. Dijo, "Pero, Élder Hafen, el Espíritu en verdad me habló sobre esa mujer". Murmuré que quizá el Espíritu le dijo que anotara su nombre y dirección.

Entonces, para enseñarle una lección, lo llevé a subir y bajar más escaleras. Después de una o dos horas, la encontramos, Renate Wolfart. Cuarenta años más tarde, Marie y yo junto a su esposo, Frederich, y todos sus hijos estuvimos en el Templo de Frankfurt, Alemania. Vimos con lágrimas cómo Frederich, ahora un sellador del templo, sellaba a su hija menor a su esposo. Esa es una lección que no olvidaré: Nunca pierdas de vista "lo ideal".

La mejor respuesta a el vacío de dudas es seguir avanzando hacia la tercera etapa, donde no solo vemos lo real y lo ideal, también nos aferramos a cada perspectiva, con ojos y corazones bien abiertos. Al ver a través de las lentes de esta simplicidad más allá de la complejidad, podemos actuar incluso cuando deseamos tener más evidencias antes de decidir qué hacer. Por ejemplo, podemos darnos cuenta de la importancia de aceptar un llamamiento en la Iglesia cuando sentimos que estamos demasiado ocupados como para aceptar más responsabilidades. O, podemos seguir los consejos de la Primera Presidencia, incluso cuando no comprendemos las razones detrás de esos consejos. O, cuando los demás a nuestros alrededor critican esos consejos. Podemos darles al Señor y Su Iglesia el beneficio de la duda acerca de nuestras preguntas sin respuestas.

La elección de creer en esta etapa se diferencia mucho a la obediencia ciega. Mejor dicho, es un tipo de obediencia consciente y segura. En lugar de pedirnos que dejemos a un lado las herramientas de una mente instruida y crítica, esta actitud nos invita utilizar esas herramientas, junto con nuestra confianza en lo ideal, para que podamos mejorar la situación actual, no solo criticarla. Llamémosle a esto, fe instruida.

En una ocasión, G. K. Chesterton distinguió a los "optimistas", "pesimistas" y "mejoradores", una comparación que corresponde más o menos a la progresión de Holmes, que va de la simplicidad temprana a través de la complejidad hasta la simplicidad madura. Llegó a la conclusión de que, con demasiada frecuencia, tanto los optimistas como los pesimistas solo ven un lado de las cosas. Por lo tanto, ni el optimista extremo, ni el pesimista extremo son de gran ayuda para mejorar la condición humana, ya que las personas no pueden resolver problemas a menos que estén dispuestas a reconocer que existirán esos problemas mientras se mantengan lo suficientemente fieles para hacer algo al respecto.

Chesterton dijo que el peligro del optimista excesivo es que “defenderá hasta lo indefendible. Es el defensor del universo, dirá, ‘Mi cosmos, bueno o malo’. No se inclinará mucho a modificar las cosas; se inclinará más a dar una especie de respuesta oficial de los miembros superiores a todos los ataques, calmando a todos con promesas. No lavará el mundo, sino que lo blanqueará”.

Por otro lado, Chesterton dijo que el peligro del pesimista “no es que castigue a dioses y hombres, sino que no ama lo que castiga”. Al ser el supuesto “amigo sincero”, el pesimista no es realmente sincero. “Oculta algo, su sombrío placer es decir cosas desagradables. Tiene un deseo secreto de herir, no solo de ayudar... Usa el conocimiento que se le permitió [con el fin de] fortalecer al ejército, para disuadir a las personas de unirse a él”.

Para ilustrar a los “mejoradores”, Chesterton hace referencia a la lealtad de las mujeres.

“Algunas personas tontas comenzaron la idea de que las mujeres, por respaldar a su propia gente a través de todo, son ciegas y no ven nada. [Esas personas] difícilmente habrán conocido mujeres. Las mismas mujeres que están prestas a defender a sus hombres en las buenas y en las malas... son conscientes de la debilidad de sus excusas o la densidad de sus pensamientos... El amor no es ciego; eso es lo último que sería. El amor es una entrega, y cuanto más entregado, es menos ciego”.

Una entrada del diario de mi padre, Orval Hafen, ilustra a los “mejoradores” de Chesterton. Fue más allá de un idealismo inocente; sus ojos estaban completamente abiertos a las realidades incómodas. Sin embargo, también superó la complejidad de ser consumido por el realismo. Ahora, su perspectiva madura y más completa le dio una forma de simplicidad que le permitió pensar y actuar productivamente, subordinando lo que vio con los ojos totalmente abiertos a lo que sintió con todo el corazón.

Un amigo de mis padres fue llamado como obispo de su barrio y dijo que no podría hacerlo si mi padre no era su primer consejero. Antes, mi padre había servido como presidente de una estaca durante diez años y se sentía muy estresado con múltiples obligaciones. Entonces, escribió, “si es posible, deja pasar de mí esta copa”. Sabía que el trabajo en el obispado podía parecerse a “una rutina continua [sin] alivio”. Y, “en algunos aspectos, no [era] lo suficientemente humilde y no [tenía] el espíritu de oración suficiente; no siempre [había] estado dispuesto a [someterse] incuestionablemente a todas las decisiones de la Iglesia”.

Sin embargo, debido a que no sentía que podía “decir que no a ningún llamamiento de la Iglesia”, escribió, “no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Decidió dar lo mejor de sí, a pesar de saber que podría “irritarse por las interminables reuniones”. Pero, “la obra de la Iglesia será primero. No será difícil para [él] pagar [su] diezmo y asistir con regularidad, ya que [ha] estado haciendo eso”. No obstante, “[tendrá] que ir al templo con mayor frecuencia” y “[familiarizarse] mejor con los miembros del barrio e [interesarse] realmente en ellos”, con la esperanza de que “sea posible que sientan lo mismo por [él]. Quizá, en [su] forma débil,

[tendrá] que tratar de vivir tan cerca del Señor como esperamos que lo hagan las Autoridades Generales”.

Mi padre era un hombre discreto y sincero, que todavía tomaba seriamente sus ideales. Su actitud hace que desee ser tan manso así como mi educación me ha enseñado a ser tenaz.

La historia de Holly nos da otro ejemplo de alguien que pasa de la simplicidad inocente a través de la complejidad a la simplicidad fija. A la edad de dieciocho años, Holly era muy activa en la Iglesia, pero de una manera “automática”. Luego, alguien la convenció de que las mujeres debían poseer el sacerdocio. Estaba tan convencida de esta idea que renunció indignada a su membresía en la Iglesia. Unos años después, su compañera de habitación de la universidad recibía las charlas con los misioneros. Holly decidió sentarse a escuchar las charlas. Su corazón se conmovió y decidió orar por primera vez en años.

Tan pronto como dijo las palabras “Padre Celestial”, su helado corazón comenzó a derretirse. Comenzó a llorar. En ese momento, sintió una tierna conexión con su Padre Celestial que, durante los siguientes días y semanas, la llevó a descubrir una relación con Él que no había conocido antes. La denominó “cercanía”. Pronto, Holly se volvió a bautizar. A medida que estudiaba y oraba, su “cercanía” a Él se profundizaba. La terquedad se convirtió en confianza. Luego, dijo con respecto a sus problemas anteriores, “Confío en Él. Él sabe lo que está haciendo”.

El profeta Alma sabía todo con respecto a estas tres etapas: enseñó que la fe en Dios es un proceso, no un acontecimiento, y requiere gran esfuerzo y paciencia. Como se registra en Alma 32, al principio, nuestro simple deseo de creer lo suficiente como para ejercer los primeros pasos de fe, no produce un conocimiento perfecto. En realidad, “no podemos saber” con certeza sobre la veracidad de las palabras de Alma hasta que hagamos la prueba y sembremos la semilla en nuestros corazones.

A medida que la semilla crezca, expandirá nuestros corazones e iluminará nuestras mentes hasta que sea muy real para nosotros. Pero, no hemos terminado.

Cuando nos topamos con las primeras sorpresas de la complejidad, debemos atender a la semilla de fe que ha germinado con mucho cuidado, para que cuando el sol queme demasiado, la pequeña planta no se marchite. Por su naturaleza, la fe puede y vencerá la oposición que, a veces, es totalmente fulminante. Especialmente, en el calor de esas pruebas, debemos recordar ver hacia adelante “con los ojos de la fe” en el momento en que podamos participar libremente del fruto del árbol de la vida, la recompensa por nuestra diligencia y longanimidad.

Cuando lleguemos al árbol de la vida, no habrá más espacio entre lo real y lo ideal. Habremos resuelto nuestras complejidades mediante un proceso de refinamiento difícil pero lleno de fe a través del cual, en simplicidad pura y sabia, lo real y lo ideal se convierten en uno.

### 3. La simplicidad, la complejidad y la era de Internet

El desarrollo de las tres etapas que hemos visto, desde la simplicidad temprana hasta la complejidad, luego hasta la simplicidad madura más allá de la complejidad, se aplica a muchos aspectos del crecimiento personal. Pero, por ahora, solo la aplicaremos a las dudas con respecto a la Iglesia, en la era de Internet.

Esta es una historia real sobre un amigo al que llamaremos Matías. Después de su misión y su matrimonio en el templo, Matías formó una familia y, con el tiempo, se convirtió en obispo. Más tarde, nos enteramos de que Matías estaba luchando con una serie de dudas y decepción porque encontró información en Internet que, según él, sabotó su fe religiosa.

Cuando alguien le preguntó qué pasó, Matías dijo que durante años, como miembro y líder de la Iglesia, había estado viviendo en una burbuja y se sentía feliz. Luego, algunos de sus amigos de la Iglesia acudieron a él para obtener respuestas a las preguntas que encontraron en Internet. Dijo que muchos de los temas eran nuevos para él, por ejemplo, la forma en que José Smith tradujo el Libro de Mormón y el Libro de Abraham, ¿por qué a los negros africanos no se les otorgó el sacerdocio hasta 1978? y ¿realmente José Smith practicó la poligamia?

El problema de Matías no tuvo que ver con lo que sucedió en cada ejemplo, una vez que se enteró de los detalles. Más bien, se sentía traicionado por no haber sabido antes sobre estos asuntos.

Debido a que conocíamos y nos preocupábamos mucho por Matías, nos cuestionamos cómo estas dudas pudieron haberlo sorprendido. Nuestra experiencia fue distinta a la suya. Nos topamos con esas preguntas, muchos años antes, cuando estudiábamos en la universidad, no porque estuviéramos hurgando en armarios históricos y secretos, sino porque nosotros y nuestros amigos hablábamos sobre estos temas en un ambiente abierto de fe cuando surgían. En los salones de clase de la Iglesia, en los que nos hemos sentado desde entonces, no se han ocultado estos temas, ni se ha desalentado la discusión de los mismos, aunque reconocemos que tal vez ésta no fue la experiencia de todos. ¿Recuerdas cuando Matías dijo que antes de que estas preguntas llamaran su atención, vivía en una burbuja y se sentía muy feliz? Esa es una descripción acertada de la simplicidad de la primera etapa. Holly, que era tan activa en la Iglesia que actuaba de manera automática, al principio vivía en la misma burbuja. Luego, Matías y Holly sintieron que el impacto de toparse con la complejidad de la segunda etapa se sintió como un terremoto que cambió por completo la carga de la prueba

en sus mentes sobre la Iglesia. Casi sin darse cuenta de lo que estaban haciendo, comenzaron a suponer que la Iglesia simplemente estaba equivocada hasta que pudiera demostrar que tenía razón. Las historias de Holly y Matías son instructivas. Nos dicen que en estos tiempos de Internet y la Iglesia internacional, debemos hacer un mejor trabajo al introducir a nuestros hijos, jóvenes, nuevos conversos y otros al proceso de aprender a lidiar productivamente con la complejidad.

Durante las últimas décadas de crecimiento internacional, la Iglesia ha tenido que simplificar su plan de estudios, revistas y otros materiales con la finalidad de que los miembros inexpertos de la Iglesia, en muchas culturas, puedan entenderlos. Debido a que ese enfoque puede limitar la disponibilidad de información más avanzada, muchas personas se alegraron en 1992 cuando la Empresa Macmillan, reconocida a nivel mundial, publicó con BYU The Encyclopedia of Mormonism.

Esta obra de cuatro volúmenes contiene una serie de artículos minuciosos y entretenidos de escritores calificados de la Iglesia sobre todos los temas que mencionaron Matías y muchas otras personas. Desde entonces, esta enciclopedia ha estado disponible en Internet y en otros lugares. Además, el acceso a los documentos originales de la Iglesia nunca había estado tan disponible que en los últimos años, como lo demuestran las publicaciones en desarrollo del enorme proyecto patrocinado por la Iglesia, Joseph Smith Papers, que comenzó en 2008.

Los “Ensayos sobre Temas del Evangelio”, que se publicaron de manera más reciente en Ilds.org son más visibles que Encyclopedia of Mormonism. Asimismo, reflejan investigaciones más recientes y proporcionan un material de referencia adicional y extenso. Esperemos que estos ensayos ayuden a las personas a percatarse de aquello que Matías lamentablemente no vio. En el mundo de hoy, esa mayor visibilidad también envía un mensaje sobre el valor de tener mentes y corazones dispuestos según una postura preparada, que es tan sabia como una serpiente y sencilla como una paloma (véase Mateo 10:16).

Dichos recursos pueden ayudarnos a avanzar a través de la complejidad hasta la simplicidad madura. En ese punto, no solo somos optimistas ni pesimistas. Somos fieles de mentalidad abierta que sabemos que la historia y la vida no siempre son claras y ordenadas, pero deseamos seguir aprendiendo y mejorar la situación, no solo criticarla. A continuación, mencionaremos cuatro sugerencias que podrían ayudarnos a ir más allá de la agitación de la complejidad hasta la calma de la simplicidad moderada.

Primera sugerencia: Las preguntas de fe son valiosas. Tener una mente curiosa es un camino hacia la comprensión y el crecimiento. Sin embargo, es posible que haya algunas personas que supongan erróneamente que la cultura de la Iglesia desapruueba a las personas que se hacen preguntas. Entonces, cuando tenemos preguntas sinceras, algunos de nosotros podríamos sentir que no tenemos fe o, incluso, que somos culpables. ¿Está mal hacerse preguntas o, incluso, divagar? No lo creemos así. La Iglesia no se autodestruye bajo

cuestionamiento ni escrutinio. Por el contrario, buscar respuestas y una comprensión más profunda realmente puede ayudarnos a crecer.

Según dijo J.R.R. Tolkien, “no todos los que andan errantes están perdidos”.<sup>8</sup> Así que demos la bienvenida a las preguntas y a las personas que hacen preguntas.

¿Recuerdas cuando Matías dijo que había estado viviendo feliz en una burbuja? Si fue de ese modo, no fue porque la Iglesia impuso conscientemente esa mentalidad para mantenerlo en la oscuridad. Es posible que su burbuja no haya sido más complicada que la perspectiva inocente de la primera etapa, no darse cuenta de que la vida tiene más colores que el blanco y negro. Las buenas preguntas nos ayudan a pasar al ámbito más realista de la complejidad de la segunda etapa, en la que podemos ver la vida en colores vivos, con ricos significados que, a veces, debemos buscar para descubrir.

Sin embargo, al entrar a la segunda etapa, es bueno recordar que convertirse en el titubeante Tomás no es el objetivo final del discipulado. Ser realista es mejor que no ver la realidad, pero como hemos visto, una preocupación cegada por la complejidad, puede convertirse fácilmente en un pesimismo rígido que también obstaculiza la búsqueda de la verdad. Como dijo un amigo, no queremos tener una mente tan cerrada que miremos el mundo a través de una aguja, pero tampoco queremos tener una mente tan abierta que se nos caiga el cerebro. Entonces, cuando elegimos adaptarnos a la perspectiva más completa y fiel de la tercera etapa, no permitiremos que los temas que aún no entendemos interfieran con las verdades fundamentales que sí entendemos.

Segunda sugerencia: Se precavido con respecto a los puntos débiles del Internet. Una de las bendiciones más grandes de Internet, que también es una de sus maldiciones, es que proporciona a todos, independientemente de la edad o cualificación, acceso sin reservas a información ilimitada. Esto permite que los blogueros, al extremo de cualquier espectro, parezcan muy calificados para hablar como si fueran expertos. Puedes ver sus nombres en Google, al igual que los verdaderos genios o, en ocasiones, en lugar de los verdaderos genios.

Este acceso sin reservas ofrece grandes ventajas, pero también conlleva a grandes peligros.

Puede requerir mucho esfuerzo verificar la precisión y los motivos de los autores de un sitio web. Además, casi nunca, tenemos un profesor experimentado cerca para responder nuestras preguntas. La falta de filtros responsables y efectivos hace que el Internet sea altamente vulnerable a la mala información y la manipulación. Cuando un amigo estuvo luchando con algo que encontró en línea, le preguntamos si también había leído las obras de académicos de la Iglesia en sitios de confianza. Dijo, “No puedo confiar en esas personas, ya están a favor de la Iglesia”. Respondimos, “¿No crees que los patrocinadores de los sitios web negativos tienen un prejuicio contra la Iglesia?” Prácticamente, todo lo que está en línea refleja la preferencia de alguien—y esas preferencias no serán necesariamente evidentes. Otro riesgo del acceso sin filtro es que los lectores no pueden saber qué reclamos de los

críticos ya han sido desacreditados y es poco probable que los patrocinadores de los sitios web negativos se los digan. En realidad, una investigación cuidadosa que realizaron los académicos de la Iglesia respondió meticulosamente a las principales críticas sobre José Smith, Brigham Young, el Libro de Mormón y otros temas. Sería muy irónico si el Internet produjera más víctimas de los críticos ahora, cuando la credibilidad académica de la Iglesia nunca ha sido tan alta.

Al hablar de preferencias, algunos sentimientos de duda e incapacidad de sentir el Espíritu no son causados por problemas intelectuales, sino por problemas de comportamiento. Eso explica la petición de un padre cuando su hijo dejó su casa para ir a la universidad mientras aún tenía inquietudes con respecto a su testimonio. “Mientras continúes con tu búsqueda de fe”, dijo, “por favor, guarda los mandamientos. De lo contrario, te inclinarás por tu búsqueda. Si los afectos de tu corazón están vinculados a los vicios de este mundo, tu subconsciente, tal vez ni siquiera te permita, creer en las virtudes del mundo de Dios”.

Tercera sugerencia: Enfócate en el contenido doctrinal sumamente positivo de la Restauración, en lugar de desviarte con los detalles de cómo José recibió ese contenido. Esa perspectiva general es fundamental para la simplicidad más allá de la complejidad.

Si suponemos que José Smith “tradujo” las Escrituras como lo haría un erudito, entendemos mal su papel como vidente. Él nunca dijo exactamente cómo traducía, pero claramente fue un proceso de revelación. “Principalmente, fue inspiración divina, más que el conocimiento de idiomas [de José], lo que produjo el texto en inglés del Libro de Abraham. Su metodología precisa sigue siendo desconocida”.<sup>9</sup> Eso también es cierto con respecto al Libro de Mormón, que fue traducido “por el don y el poder de Dios” (portada del Libro de Mormón). Sin embargo, José también nos dijo: “Si pudieras echar un vistazo al cielo cinco minutos, sabrías más de lo que podrías al leer todo lo que se haya escrito sobre el tema”.<sup>10</sup>

Como Richard Bushman escribió, “A diferencia de los traductores expertos, [José] se remontó más allá de los textos en existencia a las mentes de los profetas y, a través de ellos, a la mente de Dios”.<sup>11</sup> Aparentemente, José tuvo acceso a las fuentes originales de las que provinieron todas las demás escrituras, una ventana a todo el reino celestial—tal vez, la misma ventana por la que vieron Moisés, Nefi y Juan el Revelador. Las doctrinas puras y profundas que encontró ahí, revolucionaron el cristianismo, restauraron la verdadera comprensión de la naturaleza de Dios y nuestra relación con Él; la naturaleza del hombre—pasado, presente y futura; la Caída; la Expiación de Cristo; y, el propósito de la vida. Esta sorprendente base religiosa resuena con una verdad tan clara que habla por sí misma—con tanta claridad que los detalles de cómo el Señor se la entregó a José, incluso si pudiéramos entender esos detalles, son menos importantes que el contenido que recibió”.

Cuarta sugerencia: Cultiva una actitud de mansedumbre. Cuando las confrontaciones abruptas con el realismo sacuden nuestro idealismo, nuestra actitud con respecto a lo que sucedió es más importante que lo que sucedió. El Élder Neal A. Maxwell dijo que dudar

“puede ablandar nuestros corazones duros, según [nuestro] suministro de mansedumbre”. 12 Ser manso, ablandar el corazón y abrir la mente, mantiene viva la semilla de la fe.

Cuando permitimos que la adversidad nos endurezca, impedimos que nuestra semilla se siga desarrollando. Pero, si preservamos con mansedumbre, nuestro deseo de creer, la actitud que primero activó nuestro experimento con la palabra, nuestro corazón fiel permitirá que la semilla florezca.

Entonces, cuando las experiencias difíciles nos sacudan, tenemos una opción. Podemos cerrarnos a Dios con amargura o abrirnos a Él con contrición. Al elegir tener un espíritu contrito, llevamos nuestras almas a Dios y le damos algo con qué trabajar. Sin esa humildad, el Señor “no se abrirá” a nosotros y “la felicidad que está preparada para los santos” se “encubrirá [para nosotros] para siempre” (2 Nefi 9:42–43).

Esto es lo que es la mansedumbre, ilustrada en otra historia de misioneros de Alemania. Mi compañero y yo estábamos enseñando a una pareja joven estadounidense, Paul y Wendy Knaupp. Habían leído y creído en el Libro de Mormón y se estaban preparando con ansias para bautizarse. Entonces, la familia de Paul le escribió una carta advirtiéndoles que los mormones eran racistas porque no otorgaban su sacerdocio a los hombres negros africanos. Su familia era sensible en cuanto a ese tema porque la hermana de Paul estaba casada con un buen cristiano de Nigeria. Paul y Wendy se sintieron heridos y traicionados. ¿Por qué nadie les había hablado al respecto? ¿Acaso no sabíamos que Dios trata a todas las personas por igual? Sin embargo, estaban desconcertados, ya que se sentían seguros de que José Smith fue un profeta.

Después de expresar su frustración, me miraron a mí, el compañero mayor. Me quedé sin palabras. Era 1962, nunca había escuchado una discusión seria sobre la raza y el sacerdocio y, mucho menos, una explicación. Sin embargo, de repente, recordé un fragmento de mi último estudio personal de las Escrituras, dije, “Leamos la historia de Pedro y Cornelio en Hechos, capítulo 10”. Aquí leemos que después de siglos de restringir el Evangelio exclusivamente a la casa de Israel, el Señor le reveló a Pedro que era hora de compartir el mensaje del Salvador con el mundo gentil. Este acontecimiento fue un momento decisivo en la historia del cristianismo.

Saber de ese cambio tan importante en la antigua “política de la Iglesia” hizo que fuera razonable pensar que, en algún momento, Él abriría esa puerta aún más. Eso fue lo que hizo en 1978, cuando Él le reveló al Presidente Spencer W. Kimball que era hora de extender las bendiciones del sacerdocio y del templo a todos los hombres dignos como parte del establecimiento de la Iglesia en todo el mundo, por primera vez en la historia.

Paul y Wendy llamaron varios días después para decir que habían orado fervientemente y deseaban que volviéramos. Pronto, se bautizaron y, en los años siguientes, formaron una familia con cinco hijos en el Evangelio. Muchos años después, los Knaupp y nosotros

compartimos recuerdos sobre esa noche crucial. Dije que esa experiencia me había enseñado que el Señor les dice a Sus misioneros qué expresar “en el momento preciso” (DyC 100:6). Lo que Wendy principalmente recordaba era que, de alguna manera, después de nuestra visita, la tristeza que habían estado sintiendo poco a poco los abandonó y la luz regresó. Al igual que Nefi, Paul y Wendy sintieron que Dios “ama a sus hijos”, incluso si “no saben el significado de todas las cosas” (1 Nefi 11:17). Eran mansos y estaban lo suficientemente vivos a nivel espiritual como para saber que el Señor los amaba, así que confiaron en Él. No permitirían que lo que aún no entendían se interpusiera en todo lo que ya entendían.

La simplicidad en la parte frontal de la complejidad requiere muy poco de nosotros. Sin embargo, la simplicidad al otro lado de la complejidad requiere todo de nosotros y, es posible, que tengamos que soportar ese costo de múltiples maneras. Por ejemplo, no siempre nos movemos sin contratiempos y con rapidez a través de la complejidad hasta “el otro lado” de la simplicidad. Demasiadas personas quedan atrapadas en la complejidad. Además, debido a que la complejidad es más matizada y realista que la inocente simplicidad, algunas personas brillantes podrían pensar que la mera complejidad está mejor informada, es más sincera y auténtica. Otros, pueden pensar que la complejidad es todo lo que hay, o que no pueden escapar. Otros, están tan perplejos al respecto que regresan a la seguridad de la antigua simplicidad, incluso si se siguen topando con las ilusiones poco realistas que encuentran ahí.

Pero, recuerda lo que dijo Holmes: “Daría mi vida por la simplicidad al otro lado de la complejidad”.

Los Knaupp descubrieron la simplicidad de la tercera etapa al ser receptivos a una explicación meramente convincente cuando no era posible saber más. No tenían una respuesta completa, pero sintieron lo suficiente como para poner su complejidad a los pies del Señor. Su mansedumbre en espíritu de oración les permitió otorgarle el beneficio de la duda.

Nuestra amiga Holly descubrió esa misma simplicidad después de que abandonó la Iglesia, la encontró nuevamente con los ojos frescos y más abiertos. Llegó a conocer la complejidad, con sus conflictos y demandas, pero ahora era lo suficientemente mansa como para sentir que la complejidad por sí sola no es suficiente. La complejidad proporciona la textura, los contrastes y las oposiciones que dan contexto y significado a nuestras decisiones y experiencias. En ese contexto, escuchó el mensaje de la Restauración con nuevos oídos. Luego, probó la simplicidad más allá de la complejidad cuando pronunció esas palabras sencillas pero santas con una nueva voz: “Padre Celestial”.

Descubrimientos como los de Knaupp y Holly no son pequeños. Forman parte del patrón cósmico de Adán y Eva, que abandonaron la simplicidad del Edén por la complejidad que comenzó con el fruto prohibido. Luego, descubrieron poco a poco que debido a sus encuentros con la complejidad, se les abrieron los ojos, y si se arrepentían y recurrían a Dios,

podrían asirse al gozo de la simplicidad completa. Entonces, no regresarían a la simplicidad inocente del Edén, sino que ascenderían progresivamente hacia la vida celestial madura.

Debido a la Expiación del Salvador, pudieron aprender de su complejidad sin sentirse abrumados al respecto. En esta vida tendrían gozo y estarían con Él nuevamente. Entonces, comprenderían verdaderamente, por primera vez, la gran simplicidad de estar con Él y uno con el otro, una plenitud de significado que nunca habrían encontrado en la simple inocencia del Edén.

En las palabras de T.S. Eliot, “No dejaremos de explorar/ Y el final de toda nuestra exploración/ Será llegar a donde comenzamos/ Y conoceremos el lugar por primera vez”. 13

A medida que avanzamos a través de nuestras complejidades, si no seguimos adelante al aprender a dar al Señor y Su Iglesia el beneficio de la duda, no pasará mucho tiempo hasta que no estemos dispuestos a seguir el camino de la fe y el sacrificio, el único camino que conduce a la profunda simplicidad de la sabiduría y la luz.

La complejidad es valiosa, incluso esencial. Pero, aquellos que se quedaron atrapados ahí, nunca conocerán el gozo sencillo pero profundo de los Santos. “No recibís ningún testimonio sino hasta después de la prueba de vuestra fe” (Éter 12:6; énfasis añadido). Nuestros túneles de incertidumbre, a veces nublados, están ahí para enseñarnos, no solo para atormentarnos. Además, hay luz al final de esos túneles: la Luz y la Vida del mundo.

## 4. Algunas desventajas de Internet

### Algunas desventajas de Internet

No podemos subestimar las grandes bendiciones que la revolución digital e Internet han traído a nuestras vidas en este planeta. Estamos viviendo un cambio histórico igualado a la invención de la imprenta, los autos de conducir y los aviones voladores. Sin embargo, estos grandes avances siempre traen riesgos previamente desconocidos—incluso cuando, en la actualidad, los beneficios superan en gran medida los riesgos. Entre los riesgos, en este caso, encontramos que la revolución digital reduce la veracidad de la información.

#### Las objeciones históricas

Cada verano tenemos el “Campamento de la Abuela y el Abuelo”, en el que formamos a nuestros nietos en grupos según su edad. El año pasado, cerca del 4 de julio, elegimos un tema patriótico, les pedimos a cada uno de los quince campistas que compartieran un breve informe sobre una persona o evento de la fundación de los Estados Unidos. Cuando nuestro filósofo Peter, de diez años, compartió su informe sobre Benjamín Franklin, resumió la vida de Franklin, contó un par de historias y, después, concluyó con ironía, “Pero, ¡él no inventó la electricidad como todos creen!” Luego, se sentó con un gesto algo triunfal y pasamos al siguiente informe.

Al siguiente día le dije a Peter que me gustó mucho su informe y que me preguntaba a qué se refería cuando dijo que Ben Franklin no inventó la electricidad.

Respondió a sabiendas, “Bueno, no lo hizo. Lo que me dijeron en la escuela primaria no era cierto”. Aun perplejo, pregunté, “¿Hablabas de la historia de la cometa y el rayo?” Dijo que fue parte de eso. Entonces, le pregunté, “¿Dónde aprendiste tanto sobre Franklin?” Peter respondió de una manera muy sencilla, “En Internet”.

Entonces, busqué en Google “Benjamín Franklin”. Descubrí que algunos historiadores niegan la historia de la cometa de Franklin, argumentando que si hubiera sucedido como él afirmó, el rayo lo hubiera matado. Otros dicen que él sabía lo que estaba haciendo, evitó ese riesgo y demostró la naturaleza eléctrica del rayo. En cuanto a “inventar” la electricidad, un sitio web juvenil formuló la pregunta, “¿Benjamín Franklin descubrió la electricidad?” y respondió, “¡Quizás, no!” Años antes de Franklin, dos ingleses estudiaron la ciencia detrás de la electricidad estática y fueron los primeros en llamarla electricidad. Franklin mostró sus elementos negativos y positivos. Luego, Edison inventó la bombilla.

Cuento estos detalles no porque necesite saber quién “inventó” la electricidad, sino porque me pregunto qué lleva a un niño de diez años, que lee relatos históricos en línea, a concluir que “lo que [le] dijeron en la escuela primaria no era cierto”. ¿Deberíamos también decir, como lo expresan algunas personas en tales casos, “me mintieron”?

Cambiando de tema, de vuelta al “Campamento de la Abuela y el Abuelo”, Emma, de diez años de edad, compartió su informe asignado sobre Betsy Ross. “Bueno, realmente no estamos seguros de si Betsy Ross creó la primera bandera”, comenzó. “Eso solo fue algo que su nieto dijo cien años después. Entonces, no hablaré de ella. En cambio, solo mostraré imágenes de las diferentes banderas de los Estados Unidos que se han utilizado”.

Al no haber notado previamente una inclinación tan escéptica en Emma, luego revisé la entrada de Wikipedia sobre Betsy Ross. Aprendí que, aunque todavía es “ampliamente reconocida” por haber hecho la primera bandera de los Estados Unidos, “no hay evidencia de archivo ni otra tradición verbal registrada que corrobore esta historia”, que apareció por primera vez en los escritos de su nieto, cincuenta años después de su

fallecimiento. Sin embargo, el Puente Betsy Ross en Filadelfia aun “lleva su nombre en su honor”.<sup>14</sup>

En ausencia de una “evidencia de archivo” adecuada para corroborar la historia de Betsy Ross, ¿los maestros de primaria de Emma le enseñaron algo que no era verdad, como a Peter? Y, por lo tanto, ¿Betsy es una figura histórica “desacreditada”, cuya historia ya no deberíamos aceptar?

Las probabilidades son muy altas de que lo que es “ampliamente acreditado” sobre Ben y Betsy es lo suficientemente cierto como para que nuestras escuelas primarias puedan seguir enseñando sin problemas sus relatos históricos, de muchos años de antigüedad, a un nivel comprensible y apropiado para su edad. Pero, ¿Qué pasa con las “investigación” en Internet que puede disminuir la confianza de nuestros estudiantes en que sus maestros les están diciendo “la verdad”? Sea la que sea, ¿pueden también estas desventajas de Internet hacer que algunos de los miembros de la Iglesia se pregunten si sus maestros o líderes les están diciendo la verdad? Si es así, el problema no son los alumnos, los maestros, las escuelas, o los

líderes de la Iglesia. El problema es nuestra necesidad de entender por qué Internet funciona como lo hace.

Antes de que los sitios web populares se hicieran cargo tanto de nuestra investigación como de nuestro razonamiento, gran parte de las personas instruidas sabían que los académicos, a menudo, discutían sobre temas matizados en eventos antiguos. Están capacitados para hacerlo debido al valor social de ser receptivos a nuevos descubrimientos. Sin embargo, antes de Internet, la carga de la prueba percibida socialmente siempre estuvo en aquellos que desafiaban las interpretaciones establecidas y documentadas razonablemente.

Sin embargo, en la actualidad, de alguna manera, como lo descubrimos con Peter y Emma, encontrar cualquier crítica o una complicada diferencia de opinión histórica puede parecer trasladar la carga de la prueba a la fuente tradicional, como si solo plantear una pregunta aparentemente legítima fuera suficiente para ganar una condena de culpabilidad en el tribunal de la opinión pública.

Sin embargo, la mayoría de los lectores de hoy en día no están preparados para comprender los criterios para cambiar la carga de la prueba y, mucho menos, saber cómo evaluar las cualificaciones y los motivos de los testigos.

Además, antes de recurrir al Internet, un maestro o padre que deseara enseñar a los niños sobre Ben, Betsy, Washington o Jefferson podría ir a la biblioteca y encontrar una fuente que se ajuste a la preparación del lector. Sin embargo, si usamos la web, que no puede clasificar a sus lectores por edad o de otro modo, terminaremos con lo que un

15

Desafortunadamente, algunas personas no son lo suficientemente maduras como para sopesar evidencia opuesta y evaluar sus fuentes. Pero, comprensiblemente, sitios como Wikipedia quieren ganar y mantener el respeto de sus lectores más sofisticados y críticos. Entonces, “no ponen restricciones”, invitando a todas las personas del mundo a enviar sus diferentes evidencias y los lectores inexpertos (su familia y sociedad) simplemente sufren las consecuencias. Cuando nuestros hijos u otras personas aprenden más de lo que pueden entender sobre algún tema muy complicado (como la historia, la religión, o el sexo) de la navegación en Internet, todos debemos lidiar con las implicaciones personales y sociales.

Peter y Emma son niños sanos y normales, que solo querían saber si Ben Franklin descubrió algo importante sobre la electricidad y si Betsy Ross creó la primera bandera. Y, si un sitio web que parece oficial dice “no estamos seguros”, ellos pueden interpretar eso como un “no lo hicieron”. De ese modo, los niños perdieron la confianza en Ben, Betsy y sus maestros de escuela—a pesar de que una lectura detallada de las historias proporciona a las personas más experimentadas la probabilidad de que no le quitaremos el nombre de Betsy a ese puente de Filadelfia ni eliminaremos el retrato de Ben Franklin del billete de \$100.

Una investigación que “esclarece mitos” tiende a demostrar que las versiones populares de casi todas las historias importantes y antiguas (políticas, religiosas, o de otro tipo) contienen imprecisiones o exageraciones, o dejan de lado detalles, matices y preguntas sin responder.

Como el historiador de la Iglesia, Leonard Arrington, en una ocasión, bromeó con respecto a las historias de adversidad en el establecimiento de los desiertos del oeste de los Estados Unidos, “La recordada desolación de la Gran Cuenca antes de la llegada de

16

Sin embargo, incluso después de que los esclarecedores de mitos hicieran su investigación, el resultado final del mito y sus críticas, por lo general, permanecieron. La crítica puede aclarar algunos detalles, probar que la versión popular es exagerada, o demostrar que cierta parte de la evidencia podría usar más fuentes fiables. No obstante, la parte esencial de una historia antigua y establecida sólidamente, que es conocida y celebrada (y atacada), durante mucho tiempo, suele ser cierta.

Nuestro punto aquí es que las historias conocidas sobre personas o eventos como Ben y Betsy, por lo general, se han relatado con la simplicidad de la primera etapa—inocente, sencilla y muy fiable. Asimismo, las críticas aparentemente autorizadas de esas historias representan la segunda etapa—poniendo en duda las suposiciones de la primera etapa. Dichas críticas pueden impulsar a los lectores de la simplicidad a la complejidad tan rápido que ya no creen en lo que algunas vez creyeron. Esta realidad puede convertir la investigación en Internet en una invitación a la confusión.

Por ejemplo, a menudo, un amigo que es obispo de un barrio de jóvenes adultos solteros, escucha de miembros del barrio que resultan desconcertados por alguna frase o historia que fue sacada de contexto en algún evento o declaración en la historia de la Iglesia. Además, carecen de experiencia para sentir la necesidad de más contexto, no saben cómo encontrar el contexto; o, a veces, a pesar de sentirse confundidos, no les importa lo suficiente como para buscarlo. Su problema no es que sepan demasiado sobre la historia de la Iglesia, sino que no sepan lo suficiente. Han sido condicionados por las simplificaciones excesivas de las redes sociales como para esperar una respuesta breve a cualquier pregunta. Con frecuencia, no les interesa una respuesta larga a nada, incluso si la historia verdadera y completa es muy compleja.

Esto facilita que los críticos de la Iglesia, o alguien que, sin saberlo, cita a un crítico, presente alguna inferencia negativa como un hecho cuando no está del todo determinado en una investigación fiable. La inferencia puede parecer engañosamente negativa cuando, como suele ser el caso, alguna parte de su afirmación se basa en un fragmento verdadero de la historia, que hace que el contexto en general sea crucial. Sin embargo, en ocasiones, cuando los oyentes solo escuchan la verdad negativa a medias, cambian la carga de la prueba, de modo que (tal vez, alentados por los críticos que no revelan sus motivos) consideran que la

Iglesia está a la defensiva y en error, hasta que la Iglesia pueda explicar la realidad más matizada—y, es posible, que no sigan escuchando para poder comprender la explicación matizada. Esta tendencia, como las preguntas de evidencia sobre Ben y Betsy, permite fácilmente a las personas con un motivo oscuro desacreditar a aquellos que quieren desacreditar.

## Noticias falsas

El problema actual que más le molesta al columnista estadounidense David Ignatius es que “parece que las personas ya no saben qué es verdad” sobre todo, desde el cambio climático y “las acusaciones a personas que nos gustan [o] no nos gustan” hasta “la polarización política” que ahora contamina “todas las áreas de nuestra vida común— incluidos los deportes... Estamos aprendiendo que las redes sociales pueden ser herramientas de engaño y de verdad”. 17

Por ejemplo, recientemente, una abuela que crió a su nieto recibió un correo electrónico de alguien que se hizo pasar por un policía y le dijo que su nieto estaba en la cárcel en Europa por conducir bajo la influencia del alcohol y necesitaba dinero para la fianza. Otro de sus nietos dijo, “Mi abuela, que amaba a su nieto y había pasado muchos años cuidándolo, entró en desesperación—con solo un correo electrónico de un farsante mi abuela parecía estar lista para deshacerse de toda la confianza que tenía depositada en su nieto. En ocasiones, los miembros de la Iglesia se ven impulsados a desconfiar por fuentes igualmente malintencionadas y anónimas en la web.18

Ahora, el poder engañoso de las redes sociales se presenta en muchos lugares.

Ya no podemos “confiar en las críticas que leemos en línea” sobre la calidad de los productos de consumo, un problema que es “una pesadilla en Internet”. Por otro lado, a menudo, los actos trágicos de violencia a gran escala, tal como los tiroteos masivos, desencadenan historias falsas, motivadas por la política. Estas historias afirman qué o quién causó dichos actos de violencia y las revelan de manera viral en los sitios de las redes sociales tan rápido que la noticia verdadera se puede perder en una especie de semi-inconsciencia pública. Ejemplos recientes incluyen un tiroteo trágico en Las Vegas y, otro, en una iglesia bautista de Texas

En el estudio más grande de noticias falsas hasta la fecha, los científicos de datos del MIT descubrieron en el 2018 que las historias falsas tienen un 70% más de probabilidades de ser retuiteadas que las historias verdaderas, tal vez porque son más “interesantes o provocativas”. Es investigación alimenta “un debate furioso y global sobre la capacidad de las empresas de Silicon Valley para influenciar en la sociedad. [Los] gigantes de Internet se encuentran bajo un escrutinio cada vez más intenso sobre el poder de sus productos y su vulnerabilidad a los prejuicios o la manipulación”.

Esa combinación de poder y vulnerabilidad no solo es perturbadora, sino peligrosa. En realidad, se puede manipular Internet para fines religiosos o muchos otros.

### **Comerciante de dudas**

Riley creció en un hogar Santo de los Últimos Días. Después de su misión y su matrimonio en el templo, algunos comentarios de sus amigos del trabajo, que no eran miembros de la Iglesia, le hicieron sentir que había vivido una vida tan protegida que realmente debía hacer lo que denominó “un estudio más objetivo” de la historia y las creencias de la Iglesia. Entonces, comenzó a leer todo lo que apareciera en sus búsquedas en Internet sobre temas de la Iglesia. Mientras más leía, más inquieto se sentía.

Nunca se le cruzó por la mente que podría estar leyendo “literatura antimormona”, que ya él sabía era tan ingeniosa y sospechosa que no era fiable. Pensó que estaba haciendo una investigación objetiva e imparcial. Con el tiempo, ya no creía que José Smith fue un profeta. Más tarde, perdió la confianza en la existencia de Dios. Como resultado, Riley experimentó, sin saberlo, una dosis completa de las desventajas de Internet.

Poco después de escuchar la historia de Riley, visitamos a otra familia, cuyo pariente había abandonado recientemente la Iglesia debido a sus dudas. Estos amigos dijeron que un grupo con una agenda agresiva contra la Iglesia había hecho pública la historia de su pariente y había financiado su amplia publicación con el objetivo de socavar la fe de otros miembros de la Iglesia. Comerciantes de dudas. Después de unir algunos cabos, nos dimos cuenta de que este grupo agresivo también era el patrocinador del sitio web en el que Riley hizo gran parte de su investigación “objetiva”. Debido a que no sabía cuán imparcial era su fuente, no la filtró para proteger su sentido espiritual más íntimo.

La historia de Riley nos recuerda cómo la industria del tabaco en la década de 1990 desarrolló una estrategia, diseñada con mucho ingenio, para socavar la confianza del público en los hallazgos científicos sobre los riesgos que produce el fumar para la salud. En lugar de intentar demostrar que los hallazgos científicos cada vez más sólidos estaban equivocados, la industria simplemente lanzó una campaña para poner en duda— cualquier duda—esos hallazgos. ¿Por qué solo la duda? Sabían que no podían ganar una discusión sobre los riesgos para la salud, por lo que simplemente plantearon las dudas suficientes con el fin crear indecisión e inacción entre los reguladores públicos y gubernamentales—y, durante muchos años, tuvieron éxito.

La estrategia de la industria del tabaco explotó una característica importante sobre la naturaleza misma de la ciencia, que también es una característica de la historia, que se ocupa de eventos tan antiguos que no podemos responder a todas las preguntas imaginables sobre ellos. La escritora científica Christie Aschwander dice que la ciencia puede aumentar o disminuir nuestra confianza en ciertas proposiciones. Sin embargo, no

puede producir “certeza absoluta”. En cambio, “es un proceso de reducción de la duda”. 24

Por lo tanto, “la estrategia brillante de la industria del tabaco consistió en poner esta incertidumbre en contra de la misma empresa científica. Si bien insistieron en que solo querían asegurarse de que la política pública se basara” en lo que la industria llamó “ciencia sólida”, las empresas tabacaleras definieron la ciencia sólida de tal manera que “ninguna ciencia podría ser lo suficientemente sólida. La única ciencia sólida era [absolutamente] ciencia cierta, que es un estándar imposible de alcanzar”. Tal como escribió un destacado empleado de una empresa tabacalera, “la duda es nuestro producto”, porque “es el mejor medio para...crear controversia” y así “socavar la ciencia inconveniente”.

En realidad, estos “comerciantes de dudas” no estaban presionando con el fin de obtener un mejor conocimiento. Por el contrario, trabajaron para “aumentar la incertidumbre, crear dudas y socavar los descubrimientos científicos que amenazan sus intereses”. Durante años, esa estrategia le ha funcionado muy bien a la industria del tabaco que, desde entonces, ese mismo enfoque básico “ha servido como un tipo de manual de instrucciones para otros intereses de la industria. 25

Los “comerciantes de dudas” religiosos de hoy en día explotan el mismo defecto que la industria del tabaco. Al plantear cualquier duda que incluso parezca respaldada por la evidencia limitada, hacen declaraciones que, en efecto, aseveran que la Iglesia está equivocada hasta que la misma pueda probar un caso irrefutable—a menudo, bajo circunstancias en las que es imposible probar algo con total certeza. Este enfoque parece básico para “el manual de estrategia antimormón. Explica por qué los argumentos [de los críticos], que se han desmentido, aún persisten. Esto sucede porque [en la era de Internet] la duda que siembran todavía funciona. Los [críticos] no tienen que probar nada, solo tienen que hacer dudar a alguien, que es mucho más fácil que producir seguridad. 26

Sin embargo, los comerciantes de dudas pueden cambiar el estándar de prueba justo solo si se lo permitimos individualmente. Tanto el sentido común como nuestro sistema legal nos dicen que una persona acusada de haber cometido un crimen es presuntamente inocente hasta que se pruebe su culpabilidad.

Además, quien hace la acusación lleva “la carga de la prueba” a fin de demostrar la culpa. Solo plantear preguntas o dudas nunca, legal o lógicamente, llevaría esa carga. Una pregunta sin resolver no puede compensar una montaña de preguntas que han sido respondidas. Tal vez, no podamos explicar con certeza en dónde se encuentra la oveja perdida. Pero, solo por inferencia, no significa que las otras noventa y nueve ovejas también estén perdidas.

Nuestros encuentros inesperados con las dudas y las preguntas no siempre son impuestos por una amenaza o un enemigo. Independientemente de su origen, pueden representar una oportunidad para aprender y crecer de la experiencia. Podemos hacerlo siempre y cuando dejemos la carga de la prueba en el mismo lugar que el Salmo nos dice: “Y en ti confiarán los

que conocen tu nombre; por cuanto tú, oh Jehová, no desampararás a los que te buscan” (Salmo 9:10).

## 5. Ambigüedad productiva

Ambigüedades, contradicciones aparentes y paradojas, nos rodean. Incluso, los principios verdaderos pueden competir entre sí de formas confusas. Aprender a aceptar estos conflictos aparentes, el tiempo suficiente, a fin de resolverlos es un paso esencial para hallar la simplicidad, que se encuentra más allá de la complejidad. Sin embargo, tropezar con estos conflictos puede hacer que queramos esquivar la ambigüedad para que no tengamos que lidiar con la tensión que crea. Aun así, como José Smith dijo una vez, “Al poner a prueba los contrarios, la verdad se manifiesta”. 27

Este tema es relevante para nuestro proceso de tres etapas. A muchos idealistas de la primera etapa, que se topan con el realismo de la segunda etapa, les intimidan tanto los “contrarios”—contradicciones y paradojas—que no pueden saber cómo seguir avanzando hacia la simplicidad madura de la tercera etapa. Algunos simplemente prefieren volver a la comodidad de un punto de vista en lugar de soportar la incomodidad requerida para navegar y, finalmente, ser iluminados por una paradoja continua, como la justicia y la misericordia. Sin embargo, para pasar de la complejidad a la simplicidad informada, debemos permanecer dispuestos, aprender a honrar los principios en conflicto, aceptar la tensión e ir más allá de uno u otro modo de pensar. Así, la tensión se vuelve productiva.

Por ejemplo, durante mi época como decano de la Escuela de Derecho de BYU en 1987, el Presidente de la Iglesia Ezra Taft Benson se dirigió “A Las Madres de Sion” en una transmisión para los padres de toda la Iglesia, un domingo por la noche.

Describió la maternidad como “el acto más noble de todos”. De hecho, “en la maternidad radica el mayor potencial para influenciar en la vida humana, ya sea para bien o para mal”<sup>29</sup>. Después de enfatizar la importancia de tener hijos y criarlos, el Presidente Benson dijo que debido a la muerte, el divorcio y otras “circunstancias especiales”, tal vez, las madres “deban trabajar por un tiempo”. Sin embargo, instó a los padres a “hacer todo lo posible para permitir que su esposa se quede en casa al cuidado de los hijos”. Además, expresó una sincera empatía por aquellas mujeres fieles, que no tienen hijos y no se han casado.

La mañana después de la charla, cuando comenzó mi clase de derecho de familia, Mitzi Collins, una estudiante, levantó la mano. “Decano Hafen”, dijo, “¿Podemos discutir el mensaje del Presidente Benson de anoche?” Asentí y sugerí que habláramos después de la clase. Mitzi movió la cabeza ligeramente en señal de negación, “¿Podríamos hablar de esto ahora?” Conocía y respetaba a Mitzi. Era la presidenta de la Asociación Femenina de Estudiantes de Derecho, era una excelente alumna y una fiel Santo de los Últimos Días. Luego, vi a casi todas las demás estudiantes asintiendo y mostrándose de acuerdo con ella.

Así que, comenzamos con una conversación muy sincera sobre el mensaje del Presidente Benson, que duró hasta que terminó el período de clases. Me enteré por estas estudiantes que esa mañana algunas de las mujeres encontraron notas en sus mesas de estudio con mensajes como, “La admisión a la escuela de derecho es muy competitiva. Por favor, deja que un hombre ocupe tu lugar en nuestra clase.” Después de la clase, acepté tener una discusión similar con todas las estudiantes de derecho en la sala de estudiantes.

Más tarde, cuando pasé por la sala, vi a un gran grupo de estudiantes caminando en otra dirección. Le pregunté a un estudiante, “¿A dónde están yendo todos?” Respondió, “Al salón donde se simulan los juicios. ¡El decano va a decirnos a qué se refería el profeta!” De alguna manera, mi reunión con las estudiantes se convirtió en una reunión para todos los estudiantes de derecho, para hablar sobre “¿qué es lo que quiso decir el profeta?” Me estremecí.

No recuerdo todo lo que dije, pero sentí, sin tener el marco conceptual para decirlo de esta manera, que estaba presenciado una serie de colisiones entre la simplicidad de la primera

etapa y la complejidad de la segunda etapa. Muchos estudiantes estaban confundidos y no muchos buscaban la tercera etapa.

Algunos estudiantes hombres, incluidos aquellos que colocaron las notas en las mesas de estudio de las mujeres, se sintieron justificados por su mala interpretación de algunas de las palabras del Presidente Benson. Los hombres estaban preocupados por el incremento en la cantidad de estudiantes mujeres. A veces, las juzgaban de no vivir según las enseñanzas de la Iglesia. También sabían de lo que en ese entonces era el movimiento nacional en desarrollo para erradicar la discriminación contra las mujeres. Para un grupo de ellos, algunas dimensiones del movimiento de mujeres chocaban con su visión idealista de los valores del Evangelio, por lo que ahora estaban aún más decididos a permanecer impasibles en la primera etapa.

Los demás representaron el punto de vista opuesto, tendiendo generalmente a restar importancia a lo que dijo el Presidente Benson si no estaban de acuerdo con eso. Estaban atrapados en la complejidad de la segunda etapa. Pero, Mitzi y muchas de sus amigas representaron un tercer punto de vista, sintiéndose atrapadas en el vacío de lo ideal y lo real. Se habían inscrito en nuestra escuela de derecho con visiones idealistas de lo que podían hacer con su educación legal, solteras o casadas. Pero, ahora, debido al respeto que sentían por el Presidente de la Iglesia, se preguntaban si habían hecho algo malo. Deseaban sinceramente seguir al profeta. Esta escuela de derecho había sido su esperanza. Ahora, esa esperanza se sentía arruinada.

Primero les dije a las estudiantes que durante mi época en BYU-Idaho, había asistido mensualmente a reuniones del Sistema Educativo de la Iglesia con nuestros líderes principales de la Iglesia, incluido el Presidente Benson. Sabía de primera mano cómo se sentían estos líderes con respecto a la escuela de derecho. Dije, “¡Los hermanos saben que, ustedes, las estudiantes mujeres, están aquí, y están muy contentos!” Tanto en público como en privado, las escuché expresar muchas variaciones positivas sobre el consejo que el Presidente Gordon B. Hinckley repetía a menudo para las mujeres Santos de los Últimos Días: “Obtengan toda la educación académica posible. La vida se ha vuelto tan compleja y competitiva... Se espera que hagan grandes esfuerzos y que utilicen sus mejores talentos”<sup>30</sup>.

Al mismo tiempo, los principios generales que el Presidente Benson enseñó sobre las madres terminó coincidiendo con el tema clave de “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, que fue publicada en 1995 por la Iglesia: “Por designio divino, el padre debe presidir la familia con amor y rectitud y es responsable de proveer las cosas necesarias de la vida para

su familia y de proporcionarle protección. La madre es principalmente responsable del cuidado de sus hijos. En estas sagradas responsabilidades, el padre y la madre, como compañeros iguales, están obligados a ayudarse el uno al otro. La discapacidad, la muerte u otras circunstancias pueden requerir una adaptación individual”<sup>31</sup>.

Quería que supieran que estos principios verdaderos se aplicaban tanto a la sociedad, como a la Iglesia. Basándome en mi propia investigación de derecho de familia de los Estados Unidos, expresé mi preocupación personal por el hecho de que nuestra sociedad devalúa cada vez más la maternidad, a pesar de que las investigaciones en ciencias sociales han demostrado durante años que el buen cuidado de una madre es de vital importancia. No recuerdo las ilustraciones que compartí en ese entonces, pero esos datos fueron similares a los hallazgos de las investigaciones más recientes. Un estudio de 2005, por ejemplo, encontró que el 81% de las madres estadounidenses consideraba que su rol como madre era lo más importante que hacía, aunque solo la mitad de las madres se sentían valoradas en ese rol por la sociedad.<sup>32</sup>

Otros datos demuestran que las madres son los mejores modelos para ayudar a los niños en crecimiento a pasar por todas las etapas necesarias de desarrollo cerebral. Por eso, la maternidad ausente o ineficaz puede dificultar el desarrollo del cerebro infantil, afectando negativamente tanto a la familia como a la sociedad.<sup>33</sup> Los matrimonios y los padres estables, ambos madres y padres, son factores clave que determinan el bienestar de los niños. Por otro lado, los niños con deficiencias, contribuyen a una sociedad cada vez más disfuncional. <sup>34</sup>

Agregué que las perspectivas del Evangelio de nuestros estudiantes los capacitan para entender el matrimonio y la crianza de los hijos mucho mejor que la mayoría de personas en la actualidad. Si se les pidieran a nuestros estudiantes de ambos sexos que les dijeran a otros estudiantes estadounidenses de derecho qué es lo más importante en sus vidas; probablemente, sus prioridades generales sonarían muy parecidas a las del Presidente Benson. Eso hizo que fuera aún más importante para las mujeres, en ese grupo, obtener una buena educación legal y las habilidades analíticas necesarias para ayudar a una sociedad que está confundida con respecto al matrimonio y la vida familiar.

En resumen, dije, casi nada es más importante que la maternidad y la paternidad. Al mismo tiempo, la Iglesia anima a las mujeres a obtener toda la educación que puedan, incluyendo, si así lo desean, la escuela de derecho. Todos necesitamos aplicar en espíritu de oración estos

principios que a veces se muestran contrarios a nuestras propias circunstancias. Los líderes confían en nuestra capacidad para hacer eso.

La manera en que muchos de nuestros estudiantes estuvieron de acuerdo con solo uno de estos principios ilustra la tendencia actual de vivir solo en un extremo de un mundo bipolar. A veces, juzgamos a los miembros de la Iglesia con demasiada dureza, sin darles el espacio para emitir juicios personales. Aprender a comprender y vivir con principios verdaderos diferentes es una habilidad esencial, no solo para los estudiantes de derechos sino para el resto de nosotros. Esa capacidad es una de las características distintivas de la simplicidad establecida en la tercera etapa. A medida que lo hagamos, aprenderemos por nosotros mismos que “al poner a prueba los contrarios, la verdad se manifiesta”. 35

Como segundo ejemplo, también podemos sentir la incomodidad de la ambigüedad en nuestras decisiones por ejemplo, al hacer sacrificios para el Señor, o la Iglesia, ante la incertidumbre de los posibles resultados. Esa incomodidad, a veces incluso ansiedad, en realidad nos dice que nuestros ojos están abiertos a las implicaciones y posibles consecuencias de lo que estamos haciendo y por qué lo estamos haciendo. Por ejemplo, si encuentro una billetera perdida llena de dinero, es normal—probablemente, incluso deseable—que me dé cuenta de que puedo quedarme con el dinero en lugar de buscar al dueño de la billetera. Ese conocimiento hace que mi elección de buscar al dueño sea completamente moral. Entonces, soy consciente de la decisión de actuar, arriesgarme y recoger la billetera, en lugar de tomar una decisión automática y de rutina.

A menudo, probablemente, con demasiada frecuencia, hablamos de los sacrificios reales con demasiada agilidad, sin reconocer la ambigüedad y la ansiedad que podemos sentir sinceramente antes de inclinar la cabeza ante Dios, especialmente cuando no podemos entender todas las razones por las que a veces debemos dar tanto cuando sabemos tan poco. Como John Tanner dijo al describir los sacrificios heroicos de una familia de miembros semejantes a los pioneros, “En historias como estas es fácil, demasiado fácil, ver la fe y perder el miedo. Pero, no podemos perder el miedo y el estremecimiento cuando se trata de tu propia historia”.

Las Escrituras ilustran en repetidas oportunidades este proceso, que es parte central de la doctrina de andar por la senda de la fe (1 Nefi 3:7). Piensa en la profunda ambigüedad en el momento en que Abraham se paró con un cuchillo levantado sobre su amado hijo Isaac,

sabiendo que el sacrificio solicitado contradecía todo lo que le importaba: las promesas acerca de su único hijo, su posteridad, su tierra prometida—todo, es decir, excepto su amor incondicional por el Señor.

Ester sabía que su pueblo estaba ayunando y orando por ella, pero también sabía que estaba arriesgando su vida al acercarse al rey. Con total fe, Ester dijo, “así entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley; y *si perezco, que perezca*” (Ester 4:13–16; énfasis añadido). Los tres jóvenes israelitas se acercaron al horno de fuego ardiente en Babilonia con la misma mentalidad, “Nuestro Dios... puede librarnos... él nos librá... oh rey. *Y si no... no serviremos a tus dioses*” (Daniel 3:17–18; énfasis añadido).

Moroni enfrentó la aparente contradicción de que se le encomendara la tarea de escribir un testimonio final en las planchas sagradas, pero “a causa de la debilidad de sus manos” se sintió incapaz de escribir con poder y dijo “temo que los gentiles se burlen de nuestras palabras.” Entonces, el Señor le enseñó que si se humillaba, Él convertiría la debilidad en fortaleza (Éter 12:24–30). El Señor tiene cierta manera de ayudarnos a resolver nuestras ambigüedades de tal forma que nos moldea y fortalece.

Un joven misionero retornado dijo que se alejó de la Iglesia porque, “la Iglesia no cubrió sus expectativas”. Ese punto de vista simplemente podría reflejar la opinión de un consumidor moderno sobre la toma de decisiones. Pero, también puede minimizar su religión, tal vez porque quizás no tenga una calificación lo suficientemente alta en Yelp (aplicación que se publican reseñas sobre empresas). Aun así es probable que este mismo joven haya experimentado su propio momento de ambigüedad abrahámica, cuando necesitó decidir en quién o en qué, deseaba confiar más. Elegir la apatía o elegir confiar en el Señor y Su Iglesia, cualquiera de los dos, podría resolver temporalmente la ambigüedad de uno—incluso, temporalmente, la ansiedad existencial de uno. Sin embargo, las diferencias a largo plazo entre los dos caminos son asombrosas.

Si podemos resolver nuestras ambigüedades con una actitud de fe, nuestras decisiones fieles finalmente nos conducirán a nuestra santificación. Aquellos cuya fe no es ciega “ven con los ojos, escuchan con los oídos y... entienden con el corazón”. Un día, ese completo uso de nuestros sentidos de fe nos llevarán a los pies de Aquel que dijo, “y yo los sanaré” (Mateo 13:15).

## **6. La paradoja de la mente y el corazón**

Existen ciertas tensiones naturales entre la fe y la razón, que ofrecen una variación instructiva sobre el tema de las tensiones entre la simplicidad y la complejidad tempranas. A medida que buscamos la relación correcta entre la fe y la razón, ese proceso nos prepara para alcanzar una forma aún más alta de resolución en aquella simplicidad.

Después de regresar de la misión, me inscribí en la clase de “Problemas Religiosos” en la que nos conocimos Marie y yo. En la clase, cada alumno debía elegir un tema para estudiar y compartir, muchos de los temas eran similares a las preguntas que los jóvenes Santos se hacen hoy en día. Por ejemplo, uno de nuestros amigos cercanos de esa clase era el talentoso y fiel, Dillon Inouye. Su pregunta fue, “¿Se ha restaurado realmente el Evangelio de Jesucristo? Mientras, Marie decidió hablar sobre, “¿Cómo puedo sentir más la influencia del Espíritu Santo en mi vida?” Por otro lado, mi pregunta era si debía ser un mormón liberal o conservador. Sinceramente, mi pregunta era cuánto debíamos desarrollar nuestras mentes y pensar por nosotros mismos, en comparación con cuánto debíamos confiar en la autoridad de la Iglesia y la guía espiritual.

El profesor de historia de BYU, Richard Poll, escribió un artículo en esa época, titulado “Lo que la Iglesia significa para personas como yo”.

Dijo que la mayoría de miembros de la Iglesia encajaban en uno de los dos campos diferentes: Podían ser mormones rígidos, “asidos a la barra de hierro”, que deseaban sin lugar a dudas que la Iglesia o el Espíritu les dijera exactamente cómo vivir, o eran mormones “Liahona”, para quienes el Evangelio señalaba una dirección deseable y general, pero que mayormente tendían a depender de su propio juicio para decidir cómo vivir. 37 Al hacer referencia a las dos categorías de Poll, nuestro amigo Dillon dijo que preferiría leer un artículo que se titulara, “Lo que significa la Iglesia para personas como... Dios”.

Dillon, Marie, nuestros compañeros de clase y yo, estábamos experimentando lo que el sociólogo Thomas O’Dea denominó “*el problema más importante del mormonismo*”. En su libro de 1957, “*The Mormons*”, dijo que “el gran énfasis en la educación [superior]” de la Iglesia creó un conflicto serio e inevitable para los universitarios Santos de los Últimos Días, ya que el enfoque literal y autoritario de la Iglesia en la religión chocaba con el escepticismo y la independencia que fomentaban los estudios a nivel universitario, al igual que lo “ideal” frente a lo “real”. Para O’Dea, ese era un gran problema: “El encuentro del mormonismo, y el aprendizaje moderno y secular que todavía tiene lugar. *Del [resultado de esta fuente de tensión y conflicto] dependerá el futuro del mormonismo*”. 38

Cincuenta años más tarde, una investigación de confianza demostró que, a diferencia de otros grupos religiosos, en cuanto más educación reciba un mormón, es más probable que tenga un compromiso religioso fuerte. Por ejemplo, el 84% de los mormones que se graduaron de la universidad, tienen un alto compromiso con la religión, en comparación con el 50% de los mormones que solo tienen educación secundaria. 39

Al ver el nivel académico cada vez más alto de BYU, pude darme cuenta de lo comprometida que estaba la Iglesia con la educación superior. Regresé de la misión con perspectivas más amplias que alimentaron mi hambre, incluso mi pasión, por aprender. Estaba cerca de algunos profesores universitarios Santos de los Últimos Días, cuyos ejemplos me motivaban a aprender. Uno de ellos me contó que J. Golden Kimball dijo que no podemos esperar que el Espíritu Santo piense por nosotros.

Otro de mis profesores favoritos tenía un gran amor por la literatura y el arte, y enfatizó que lo que más necesitaban los estudiantes era su propia disciplina y su creatividad para desarrollar los dones que Dios les dio.

Mi profesor de piano de la escuela secundaria era Reid Nibley, el hermano menor de Hugh Nibley (Erudito americano la Iglesia s que fue profesor en la Universidad Brigham Young durante casi 50 años. Fue un autor prolífico). Reid era un artista brillante a nivel espiritual y extraordinario a nivel profesional. Me enseñó que una mayor sensibilidad a la música incrementaría mi sensibilidad espiritual. Además, dijo que el Señor nos ha dado la naturaleza y el arte “para alegrar el corazón y animar el alma” (DyC 59:18–19).

Después, me encontré con mentores que procedían de diferentes apreciaciones. Mi presidente de misión, a quien quiero y admiro, me introdujo a las doctrinas sobre conocer al Señor y confiar en el Espíritu. Llegué a apreciar esas doctrinas cuando vi sus frutos en la obra misional. A menudo, decía, “Confía en Jehová con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia” (Proverbios 3:5). Hizo hincapié en la plena confianza de Cristo en el Padre: “El Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10). Entonces, para él, “Cristo fue el hombre menos original que alguna vez existió”. Además, advirtió sobre las personas que tomaban demasiado en serio la literatura y el arte.

Asimismo, crecí cerca de un respetado maestro de seminario. Cuando me preguntó qué planeaba estudiar en BYU, dije que deseaba aprender todo sobre historia, literatura y filosofía. Respondió con gran preocupación que debía evitar esos cursos porque podían conducir fácilmente a las personas hacia lo que llamaba “apostasía intelectual”.

Por lo tanto, mi “problema religioso” reflejaba la confusión que sentía al intentar conciliar los puntos de vista entre estos mentores. Nuestro profesor, West Belnap, me dijo después de la presentación de mi clase, “Bueno, algunas personas lo tienen en sus mentes y otras, en sus corazones. Creo que es mejor tenerlo en ambos lugares”. Entendí eso como un llamado a un equilibrio simple. Esa actitud me ayudó a rechazar el enfoque de uno u otro modo de pensar con respecto a mi pregunta. Comencé a ver los problemas desde cada extremo.

Por ejemplo, fui testigo del extremo conservador de la religiosidad demasiado entusiasta. Me llamaron como compañero de misión de estaca de alguien que estaba seguro de que el Espíritu Santo le susurraba casi constantemente, hasta los detalles de sus pensamientos y

decisiones. A menudo, llevaba un pequeño libro en el que escribía largas oraciones para capturar lo que creía que el Espíritu le estaba diciendo. Se sacudía el polvo de los pies después de que nos alejábamos de la puerta de alguien que no estaba interesado en nuestro mensaje. Unos años después, llegó a la conclusión de que la Iglesia estaba equivocada y que Dios lo llamó a reformar la Restauración. Atrajo a un seguidor pequeño y fiel. Finalmente, su tendencia a “traspasar lo señalado” resultó en múltiples tragedias para él, su familia y sus seguidores.

Más tarde, me llamaron como consejero de dos obispos de barrios de estudiantes, muy diferentes, que ilustraron el amplio espectro de las personalidades y actitudes que encontramos entre los líderes de la Iglesia. Una de ellas era altamente autoritaria, rígida y desconfiada con respecto a las disciplinas académicas. La otra, se encontraba en el otro extremo del espectro, tenía un libre pensamiento, era analítica y académica. Estaba cerca de algunas Autoridades Generales y le gustaba hablarnos acerca de las fuertes diferencias de opinión entre los líderes. Después, comenzó a ver no solo las diferencias en los puntos de vista, sino los defectos personales serios en estos líderes. Estas preocupaciones lo carcomían, comprometían su voluntad para seguir los consejos de los líderes generales de la Iglesia, cuyos puntos de vista eran diferentes a los suyos. Unos años más tarde, también abandonó con rencor tanto a la Iglesia como a su familia.

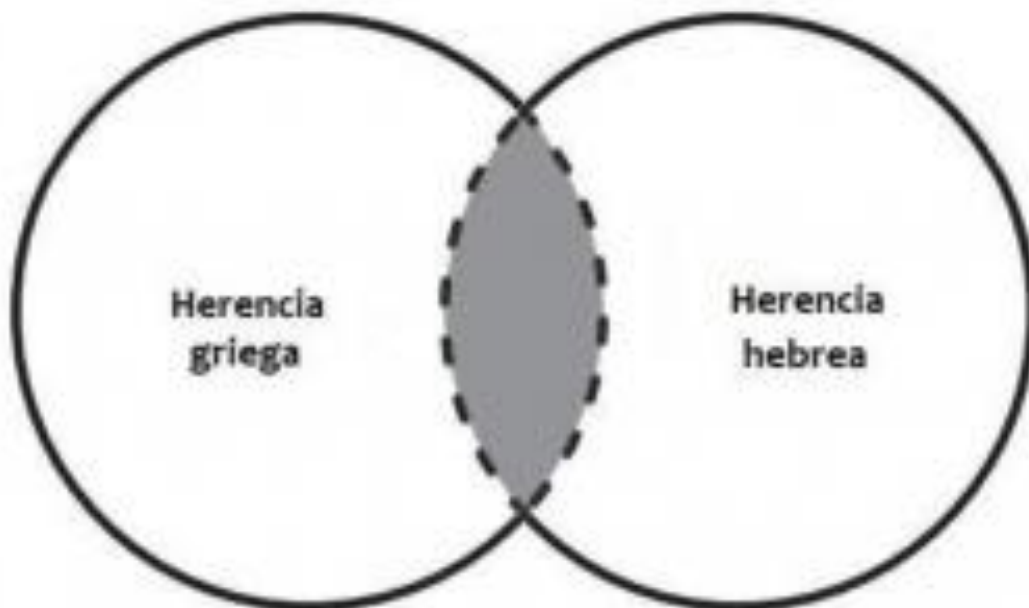
Estas experiencias reforzaron mi inclinación a buscar lo que simplemente llamaría un enfoque equilibrado. No necesitaba hacer una elección permanente entre mi corazón y mi mente. Pude darme cuenta de que la tensión entre la fe y la razón tiene una historia muy larga. Durante Su tiempo, Cristo enseñó Su Evangelio casi exclusivamente a las personas que tenían origen hebreo. Pocos años después de Su muerte, los gentiles del Imperio Romano, que eran de descendencia griega comenzaron a ingresar a la iglesia cristiana, hasta que el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio Romano en el siglo IV. Ese gran cambio histórico fusionó la cultura hebrea y la cultura grecorromana. De ese modo, se combinaron dos tradiciones religiosas muy diferentes.

Un historiador dijo que esta fusión colocó “toda la tradición hebrea sobre la cultura clásica [griega y romana]”. 40 Además, debido a que el pensamiento griego influyó fuertemente en el Imperio Romano, otro historiador escribió, “Aquí hubo dos razas [la griega y la hebrea], que vivían cerca [pero] en completa ignorancia mutua. Fue la fusión de lo más característico de estas dos culturas—la seriedad religiosa de los hebreos junto con la razón y la humanidad de los griegos—lo que constituiría la base de lo que sería más tarde la cultura europea”. 41

Al hacer referencia a este hito de la historia, Daniel Peterson de BYU escribió que el cambio del centro del cristianismo de Jerusalén a Atenas y el mundo de habla griega cortó gradualmente los lazos del Nuevo Testamento con sus raíces en el mundo hebreo del Antiguo Testamento. La influencia griega resultante preservó las palabras de Cristo en el Nuevo Testamento solo en el idioma griego. “Los mormones”, escribió, “reconocen en esta [absorción griega del cristianismo] al menos un aspecto de lo que llaman ‘la Gran Apostasía’”. 42

Tanto el Evangelio restaurado como la cultura estadounidense comprenden aspectos que hacen uso de una ascendencia hebrea y griega. Eso me ayudó a saber por qué tuve conflictos en mis días de estudiante. Por ejemplo, gran parte de las monedas estadounidenses, llevan dos frases familiares: “Libertad” y “confiamos en Dios”. La “libertad” personal del individuo fue un elemento clave en los valores griegos. Para los griegos, el hombre es la medida de todas las cosas. Para Sócrates, nada era más importante que “conocerse a uno mismo” y su máximo objetivo fue ennoblecer al hombre a través de la razón.

Sin embargo, la otra frase de la moneda, “confiamos en Dios”, habría dejado perplejo al griego de la antigüedad, a pesar de que se dirigía directamente al alma hebrea, que confiaba plenamente en Dios.



El modelo hebreo buscaba glorificar a Dios, no al hombre. Uno alcanzaba esta meta a través de la fe y la obediencia, no solo a través del razonamiento humano. Esta pequeña comparación contiene las semillas de innumerables argumentos, que contrastan la razón con la fe.

La Restauración valora tanto la libertad personal como la razón. Ninguna otra religión o filosofía tiene una visión más elevada de la naturaleza y el potencial del hombre, como lo evidencian las escrituras, tales como “Esta es mi obra y mi gloria, llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39) y “El hombre fue en el principio con Dios” (DyC 93:29). Otras escrituras enfatizan el lugar de la razón: “te digo que debes estudiarlo en tu mente” (DyC 9:8) y “todas las cosas indican que hay un Dios” (Alma 30:44). Asimismo, el Élder John A. Widtsoe escribió un libro Santo de los Últimos Días titulado “*A Rational Theology*”.

Por otro lado, la Restauración enseña que todas las bendiciones se reciben según la obediencia (véase DyC 130:20–21). La fe en Dios es tanto el primer principio del Evangelio como un control esencial contra la libertad sin restricciones y la razón. Cuando desobedecemos a Dios, no solo rechazamos la autoridad divina, sino que perdemos el derecho a futuras bendiciones.

Observa en el diagrama de la parte arriba los dos círculos que se superponen parcialmente entre sí. Un círculo representa la tradición griega, con énfasis en la razón y el individualismo. El otro círculo representa la tradición hebrea, con énfasis en la fe y el autoritarismo.

En el extremo izquierdo del espectro, se encuentra la tradición griega. En el extremo derecho, se encuentra la tradición hebrea. Dentro de la superposición, se pueden comparar ambas tradiciones.

Tendremos problemas si el rígido autoritarismo de nuestra raza hebrea se libera completamente de la racionalidad de apoyo de nuestra raza griega. Eso fue lo que sucedió con mi antiguo compañero de misión de estaca, la raza hebrea se descontroló. Sin el control de la razón y el sentido común, se desvió del extremo derecho y se convirtió en una especie de “mormón sectario”.

En cambio, el obispo se detuvo cuando no pudo comprender cuál era su camino entre las diferencias y las limitaciones que percibió entre algunos líderes de la Iglesia. Su compromiso sin restricciones con la razón finalmente lo llevaron a abandonar la Iglesia, la tensión griega se descontroló. Podríamos considerar a aquellos que mencionamos en este extremo del espectro como “mormones culturales”, que aceptan esa parte del Evangelio que satisface su estándar de racionalismo. Por lo tanto, podemos caer del borde del extremo derecho o izquierdo: ambos posibles respuestas a la complejidad que crea la tensión entre la fe y la razón.

El área de superposición, en la que coexisten los principios individualistas y autoritarios, ofrece una perspectiva más productiva. Aquí, tanto el autoritarismo como el individualismo actúan como una comparación de uno con el otro. Ambos conjuntos de principios son verdaderos y juegan un papel importante en nuestras decisiones y actitudes, aunque las circunstancias diferentes pueden conducir a resultados diferentes en casos particulares. Se produce una interacción similar de control y equilibrio entre la fe y la razón, que se extiende en el área de la superposición.

Dentro de la superposición de nuestra herencia doble, los principios verdaderos extraídos de ambas tradiciones a veces pueden competir y entrar en conflicto. Por ejemplo, como se señaló anteriormente, la palabra “libertad” está en tensión natural con la frase “confiamos en Dios”. Si confiamos en Dios, tendremos que limitar nuestra libertad a los límites que Él establece. Además, sabemos que las enseñanzas de Cristo están repletas de paradojas similares—principios verdaderos que parecen estar en conflicto, pero que las doctrinas más elevadas pueden conciliar.

Por lo tanto, West Belnap tenía razón. Debemos alimentar nuestros compromisos religiosos tanto en nuestros corazones como en nuestras mentes, incluso si eso significa que también tenemos que lidiar con paradojas.

Asimismo, me di cuenta de que la mejor manera de resolver dichas tensiones no es través de las discusiones abstractas, sino a través de los ejemplos de personas reales, tal como el Élder Neal A. Maxwell, cuyo corazón y mente trabajaban muy bien en conjunto. Por ejemplo, para animar a los profesionales Santos de los Últimos Días a contribuir plenamente con los intereses de sus disciplinas y la Iglesia, dijo, “En BYU, no podemos permitir que el mundo condene nuestro sistema de valores al señalar nuestra mediocridad profesional”.<sup>43</sup> Asimismo, les dijo a los estudiantes y al cuerpo docente de BYU que no tuvieran temor de enfrentar al mundo que se encuentra fuera de la Iglesia, ya que el mundo

los necesita. Les invitó a ser como José de Egipto. Durante la hambruna espiritual de hoy en día, inclinarse a la lucha y recurrir a los poderes divinos en su trabajo profesional que les permite convertirse en parte de las soluciones de la sociedad, no solo en otra boca hambrienta que alimentar.

Los instó a tomar en serio tanto el estudio como el discipulado, ya que el estudio fiel reúne la vida de la mente y la vida del espíritu. Al mismo tiempo, creía que cada dimensión del Evangelio era relevante para los problemas sociales de hoy en día y que, siempre que fuera posible, los eruditos Santos de los Últimos Días deberían tomar sus premisas de investigación de las enseñanzas del Evangelio.

El equilibrio ofrece un marco útil para resolver la tensión entre los principios en conflicto. Siempre nos paramos mejor en dos piernas que en una. Pero, hay más. Ahora, necesitamos preguntar qué hay más allá del equilibrio.

## **7. Más allá del equilibrio**

Cuando los niños adquieren equilibrio por primera vez, pueden moverse, estirarse y levantarse de maneras coordinadas que antes no eran posibles. West Belnap me ayudó a solidificar mi comprensión de la necesidad de un equilibrio del corazón y la mente. Luego, con el transcurso de los años, aprendí más acerca de movimientos, estiramientos y levantamientos más fuertes en esa base equilibrada. Además, me descubrí entrando a otra fase, que ahora se parece a la simplicidad más allá de la complejidad.

Por ejemplo, entrevisté a un posible miembro del cuerpo docente de BYU, que describió sus convicciones religiosas como “una fe inteligente”. A primera vista, su actitud parecía equilibrada y constructiva. Pero, a medida que reflexionaba más con respecto a su frase,

comencé a preguntarme un poco en cuanto a cómo modificar la palabra *fe* con una palabra como *inteligente*, porque pude darme cuenta de que a veces la fe verdadera y sacrificada debe llevarnos más allá de a dónde solo puede llegar la razón.

Recordé cuando el Presidente Mario G. Romney visitó mi misión en Alemania. En una sesión de preguntas y respuestas, un misionero preguntó, “¿Por qué no bautizamos a personas más *inteligentes*?” El Presidente Romney citó DyC 93:36–37: “La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad. La luz y la verdad desechan a aquel inicuo”. Luego, preguntó, “¿Alguien que se une a la Iglesia abandona el mal y abraza la luz y la verdad?” El misionero asintió. El Presidente Romney preguntó, “Entonces, ¿qué tipo de persona es él?” Después de una pausa, el sorprendido misionero dijo, “¿Una persona inteligente?” El Presidente Romney dijo, “Eso es correcto. Siguiendo pregunta”.

Sabía qué había detrás de la pregunta de ese misionero. También me di cuenta de que, con algunas excepciones importantes, no atrajimos a una gran parte de nuestros investigadores por lo que podría llamarse la “intelectualidad” alemana. Desde entonces me di cuenta de que en la historia primitiva de esta dispensación, como en los tiempos bíblicos, aquellos a los que les atraía el mensaje del Evangelio, a menudo se les describía en las Escrituras como las personas “débiles y sencillas” de la tierra (DyC 1:23). “Porque nadie es aceptable a Dios sino los mansos y humildes de corazón” (Moroni 7:44) y, con demasiada frecuencia, cuando las personas “son instruidas se creen sabias, y no escuchan el consejo de Dios”. Sin embargo, “bueno es ser instruido, si hacen caso de los consejos de Dios” (2 Nefi 9: 8–29).

Aproximadamente, al mismo tiempo, vi que un amigo cercano, de mi edad, se debilitó físicamente debido a la esclerosis múltiple. Poco a poco, perdió su capacidad para caminar, ponerse de pie y, después, sentarse. Durante la etapa en la que estuvo completamente postrado en cama, su esposa falleció de cáncer. Su familia lo llevó al funeral en una cama de hospital. Poco después del funeral de su esposa, fuimos a visitarlo a su casa. Cuanto más hablaba, más me sorprendía el espíritu de paz y luz que lo rodeaba. Dijo que no podía dejar de pensar en lo afortunado que había sido en su vida. Fue bendecido con la mujer con la que se casó, con los hijos que el Señor les dio, con la vida abundante que tuvieron juntos en su pueblo pequeño y vivaz. Se rió entre dientes mientras hablaba de lo feliz que se sentía ahora de que su esposa y él hicieran tantos viajes de “felices por siempre” durante sus primeros años, aunque no pudieran pagarlos.

Habló acerca de la admiración que sentía por los pioneros que dejaron Nauvoo para establecerse en Utah. Recordó que muchos de ellos se invistieron en el Templo de Nauvoo a fin de fortalecerse para su viaje por el temible desierto. Cada señal que provenía de él era auténtica y no percibí autocompasión. La luz en su rostro y el espíritu en la habitación, me

dijeron que estaba observando el proceso sagrado de santificación, que su estado físico deteriorado paradójicamente parecía haber mejorado.

Esa noche leí DyC 101:2-5, “Yo, el Señor, he permitido que les sobrevenga la atribulación con que han sido afligidos, [y] todos los que no quieren soportar la disciplina... *no pueden ser santificados*” (DyC 101:2,5). La simplicidad mansa y humilde que buscamos más allá de la complejidad tiene un precio—aunque no siempre es el sufrimiento físico. El sacrificio puede tomar muchas formas, no todas se pueden explicar completamente por la razón.

Luego, vi a nuestro hijo Tom y a su esposa, Tracy, experimentar que su hija naciera con una parálisis cerebral muy grave. Debido a la amenaza de que su bebé naciera antes de tiempo, Tracy estuvo en total reposo durante nueve semanas. A pesar de la incomodidad y las advertencias de los médicos, ella estaba muy decidida a seguir con su embarazo hasta que el bebé pudiera sobrevivir después de su nacimiento. Una noche, sintió que de algún modo su sacrificio emulaba el ejemplo del Salvador: renunciar a la fuerza de su cuerpo para fortalecer otro cuerpo. Ese pensamiento la ayudó a ver su experiencia como un privilegio, en lugar de una carga.

Llamaron a su bebé Chaya, que significa “vida” en hebreo. Chaya nunca pudo caminar, hablar o alimentarse por sí sola. Pero, su sonrisa podía iluminar toda una habitación. Al principio, Tom le dio a Chaya una bendición en la que reconoció su nacimiento como un evento crucial en la vida de sus padres. Sintió que Dios sabía de sus circunstancias y que la condición de esta niña tenía un gran propósito. Se le había pedido a su familia que ofreciera un sacrificio que de alguna manera haría que el propio sacrificio del Señor fuera aún más significativo para ellos. Finalmente, Chaya murió a la edad de quince años, pero la convicción que sintieron por la bendición de su padre siguió aumentando para su familia.

Algo con respecto a estas dos experiencias, me hizo pensar nuevamente en el significado de la “fe inteligente”. Las enfermedades de largo plazo y muy tristes; luego, la muerte de mi amigo y de Chaya, desafiaron las explicaciones lógicas y, sin embargo, fui testigo de sus efectos sagrados. Sentí que la búsqueda equilibrada de conocimiento, tan valiosa como es, tal vez no sea nuestro último fin.

Simplemente, *saber* algo no nos santificará; no nos hará capaces de estar en la presencia de Dios y nuestras circunstancias de santificación no siempre serán racionales. Por su propia naturaleza, la fe finalmente nos lleva más allá de los límites de la razón. Por lo tanto, si

condicionamos nuestra fe a la racionalidad, podríamos retroceder de una experiencia de santificación y, de este modo, no descubrir lo que podría enseñar la experiencia.

Aunque ceder ante tales experiencias transformadoras es necesariamente un salto de fe, no podemos llegar ahí hasta que hayamos caminado tan lejos como lo permita la luz de nuestra búsqueda de conocimiento. Al mismo tiempo, toda una vida intentando comprender la mortalidad, especialmente en los días en los que parece que no tiene mucho sentido, nos puede dar la experiencia que necesitamos para valorar nuestra santificación.

En la posición equilibrada de aceptar tanto lo ideal como lo real, valoramos el individualismo y la razón, pero también valoramos nuestra fe en la autoridad de Dios. No regresaríamos a una simplicidad tan inocente que excluya completamente la razón o la fe. Sin embargo, la simplicidad más allá de la complejidad nos invita a darnos cuenta de que solo un enfoque equilibrado no será suficiente. Cuando se nos exige al máximo de nuestras capacidades, alcanzamos un nuevo nivel que nos permite aprovechar al máximo nuestras raíces hebreas.

No es de extrañar que el Élder Maxwell dijera “deberíamos tener nuestra ciudadanía en Jerusalén con un pasaporte para Atenas”.<sup>44</sup> Además, parte del sacrificio del Señor puede requerir que aceptemos lo que Él pueda “infligir” de nosotros (véase Mosíah 3:19) sin comprender, para nuestra satisfacción racional, por qué deberíamos perdernos en alguna noche oscura del alma. Podemos confiar en que finalmente la luz del poder expiatorio de Cristo traspasará nuestra oscuridad y nos bendecirá con entendimiento.

Si bien admiraba la buena educación, el Élder Maxwell creía que la vida de un discípulo y erudito se trata más de la consagración que de la educación. Creía que la fiel “educación [puede ser] una forma de adoración, otra dimensión de consagración”.

Sin embargo, estaba preocupado por los eruditos o estudiantes que miden y examinan el Evangelio y la Iglesia con lo que aprendieron en sus disciplinas académicas, más de lo que examinan sus disciplinas a través de la lente del Evangelio.

Cuando el Élder Maxwell me pidió por primera vez que escribiera su biografía, pensé que su vida se centraría en sus contribuciones como un gran ejemplo a seguir para los Santos de los

Últimos Días instruidos. Sin embargo, pronto mi investigación me demostró que el mensaje central de su vida se trataba más de convertirse en un verdadero discípulo que del aprendizaje y la educación. Por ejemplo, su comprensión de la palabra *discípulo* se desarrolló con el tiempo. Primero utilizó el término en la década de 1960 como sinónimo de *miembro de la Iglesia*. Después, como comisionado de educación de la Iglesia a principios de la década de 1970, se preocupó por la creciente influencia de la secularidad moderna. Comenzó a utilizar la palabra *discípulo* para describir a los miembros de la Iglesia que se resisten al encanto secular. Más tarde, llegó a conocer a varios miembros de la Iglesia que estaban lidiando con la adversidad de maneras que mejoraron su desarrollo espiritual. Pronto, sintió que esas personas eran los verdaderos discípulos.

Su llamamiento en el Quórum de los Doce en 1981 lo impulsó a enfocar toda su atención en convertirse en un discípulo más fiel de Cristo. Como reflejo de su gran determinación de vivir mejor, sus escritos y discursos se centraron más en la relación personal de un discípulo con Cristo y cómo el Señor nos ayudará a aprender atributos semejantes a los de Cristo, tal como la paciencia, la esperanza y la humildad de corazón. Asimismo, consideró el discipulado más como un proceso que como una sola elección y se dio cuenta de que el Señor, a veces, usa la adversidad para enseñar a Sus seguidores lo que necesitan aprender para su desarrollo.

Es por eso que escribió, en términos que algún día adquirirían un significado muy personal para él, que “el acto mismo de elegir ser un discípulo puede traernos cierto sufrimiento en especial. [Tal] sufrimiento y disciplina es la dimensión que viene con el discipulado profundo”, cuando el Señor “nos lleva al borde de nuestra fe; [y] nos tambaleamos al borde de nuestra confianza [como una] forma de aprendizaje que se administra a manos de un Padre amoroso”. 45

Por lo tanto, no es de extrañar, que cuando sus doctores le informaron en 1997, a los setenta años, que padecía de un tipo muy grave de leucemia, le dijera a su esposa, Colleen, “debí haberlo imaginado”. ¿A qué se refería? Neal Maxwell, el apasionado estudiante de discipulado, se inscribió años antes para recibir tutoría divina, y su tutor lo admitió en estudios clínicos de posgrado. Durante sus últimos siete años [de vida], envolvió sus brazos y su cuerpo con el proceso desgarrador de santificación al igual que su seminario final.

La mayoría de las personas que experimentan una enfermedad terminal no pueden evitar que su propio sufrimiento las consuma. Sin embargo, ese no fue el caso del Élder Maxwell, ya que se vio a sí mismo en un tiempo de pruebas y refinamiento. Asimismo, debido a que decidió no permitir que su tristeza lo aprisionara, pudo reflexionar con respecto a lo que su nueva comprensión podría enseñarle y cómo podría ayudarlo a enseñar a los demás. Una

impresión espiritual le hizo sentir que el Señor le dio la leucemia para que “pudiera enseñar a las personas con más autenticidad”.

Como resultado, aquellos que lo conocieron durante años, ahora ven una nueva bondad, una mayor empatía, una mayor sensibilidad espiritual y compasión más profunda por las necesidades de los demás. El Élder Maxwell consideró esta experiencia como un regalo, no como un logro. Sabía que el Señor le estaba dando un corazón nuevo y santificado, lleno de atributos divinos, y dijo, “El corazón del hombre natural es muy egoísta y duro”. Sin embargo, “la adversidad puede expulsar el [resto] de hipocresía que se encuentra ahí. [Entonces, para mí] ha sido una gran aventura espiritual, una que no quisiera haber perdido. Y, a pesar de que esto haya [tenido un costo alto], ha sido una gran bendición. Sé que las personas podrían pensar que solo estoy siendo entusiasta al decir eso, pero es verdad”. 46

De alguna manera, ver la experiencia del Élder Maxwell de cerca, al igual que la experiencia de mi amigo con esclerosis múltiple, me ayudó a cambiar mi perspectiva en cuanto a mi “problema religioso”.

Estaba viendo más allá del propio equilibrio, sintiendo un deseo más elevado de desarrollar la capacidad para hacer sacrificios de santificación. A menudo, aquellos que desean la santificación deben pagar un precio muy exigente, uno que va más allá de la comprensión lógica. En lugar de buscar una explicación racional, el Élder Maxwell nos podría decir con toda seguridad que comprendía que Dios nos ama, pero que no sabía el significado de todas las cosas (véase 1 Nefi 11:17).

Hace poco, un estudiante y amigo vino a visitarme. Unos meses antes, nos encontramos con su padre en un hospital, donde se encontraba cerca del final de una enfermedad terminal. A pesar de sus lágrimas y preguntas, este padre estaba lleno de paz y propósito. Dijo que sabía que sus días estaban contados, pero que había aceptado el desafío de su presidente de estaca de leer las Escrituras e internalizar todo lo que pudiera con respecto a la doctrina de santificación. Su semblante y sus pensamientos eran similares a lo que había visto antes, con mi amigo y el Élder Maxwell. Le dijimos algunas palabras con la intención de animarlo, pero fue él quien nos dio la perspectiva espiritual.

Su hijo vino a decirnos que su padre acababa de fallecer. Luego, dijo que aprendió sobre la santificación gracias a su padre, durante sus últimas semanas, y que eso cambió

permanentemente su visión de la vida diaria. Basándose en la experiencia de su padre, dijo que ahora no iba a querer esperar hasta que tuviera una enfermedad terminal. Deseaba vivir de una mejor manera *ahora*, más cerca de lo que llamó “los asuntos de la eternidad”. De algún modo, la visita de este estudiante ilustró la simplicidad más allá de la complejidad para nosotros, a pesar de que sabía que probablemente tendría que pagar su propio precio alto e ir más allá de su propia complejidad personal.

Algo con respecto al sacrificio consagrado de un corazón quebrantado y un espíritu contrito nos bendice con una vista más profunda, que nos conduce a una esfera más alta de la que nos puede elevar el simple equilibrio—aunque estar sobre esa base equilibrada nos ayuda a llegar a lo alto. La simplicidad más allá de la complejidad no nos pide que renunciemos a nada de valor en nuestro razonamiento, aunque reconoce los límites de la razón.

Sin embargo, desde este punto de vista más elevado, necesitamos una investigación aún más rigurosa, especialmente sobre cómo alimentar los asuntos de la eternidad.

En este nivel de simplicidad madura, ser un verdadero discípulo no se trata tanto de lo que uno hace o cómo piensa, sino de quién y qué es—y en qué se está convirtiendo. En el curso de su vida adulta, el Élder Maxwell cambió gradualmente su énfasis en las “macro” preocupaciones a gran escala sobre la secularización y los problemas sociales por las “micro” preocupaciones personales con un mayor enfoque en cómo vivir nuestras vidas. No significa que no importen los macro problemas, el Élder Maxwell solo sabía que se podía hacer más con respecto a los micro problemas. Con el transcurso del tiempo, sabía que la forma en que el Evangelio cambia a las personas es la única forma de cambiar permanentemente a la sociedad. Al final, no hay palabras con guiones como *discípulo-erudito*. Si finalmente no somos verdaderos discípulos, no importa mucho qué más seamos.

La pintura a continuación es una versión visual de entrar a la simplicidad más allá de la complejidad. Es una representación del pintor suizo Eugene Burnand de Juan y Pedro, verdaderos discípulos, corriendo en dirección a la tumba a primeras horas de la primera mañana de Pascua. En las palabras de Juan, “*corrían los dos juntos*” (Juan 20:4; énfasis añadido) hasta que llegaron al sepulcro.



Esos dos rostros capturan la tensión ansiosa entre la fe y la razón. Ya que nadie había resucitado, habría sido ilógico para Juan y Pedro pensar que Cristo podría vivir nuevamente. No es de extrañar, que no hubieran entendido cuando les dijo que los dejaría pronto, pero “de nuevo un poquito, y me veréis [y] vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16: 18–20). Sus rostros también muestran su fe y esperanza en aumento por vencer sus temores racionales. Entonces, cuando Juan y Pedro finalmente se reunieron con el Señor resucitado, el hecho de haber sido lo suficientemente fieles de correr hacia Él, aceleró la resolución máxima de su complejidad.

Esta pintura nos habla en cuanto a actuar, movernos—ahora, temprano, como en la mañana de Pascua. No necesitamos esperar hasta que tengamos una enfermedad terminal para tomar en serio los asuntos de la eternidad. *Ahora*, podemos sentir la emoción de acelerar nuestro paso mientras corremos a encontrarnos con Él. *Ahora*, podemos apresurar nuestro deseo de vivir más cerca de esa Presencia eterna, para que Él pueda prepararnos mejor para cualquier otra complejidad de santificación que nos aguarde.

## 8. ¿Cuándo vienen los ángeles?

Por lo general, el velo entre el cielo y la tierra oculta al Señor y a Sus ángeles de nuestra vista. Sin embargo, durante las primeras etapas de nuestro desarrollo espiritual, podemos experimentar momentos inconfundibles en los que el velo es especialmente delgado,

convirtiendo así nuestro sentido de creencia en un sentimiento de certeza: “Luego, ¿no es esto verdadero?” preguntamos y Alma responde, “Os digo que sí, porque es luz; y... se puede discernir” (Alma 32: 35). Sin embargo, nuestro discernimiento de esta luz no produce un conocimiento perfecto. Debemos nutrir el árbol de fe para que “eche raíz” contra el día “cuando el calor del sol llegue y lo abrase” (Alma 32:37–38). Mientras esperamos y nos esforzamos para obtener más luz, nuestros días de búsqueda pueden durar muchos años.

Nuestro sentido del mundo invisible aumenta a través de nuestras primeras experiencias de conversión, el servicio misional, el asistir a la universidad, o el enamorarnos. Podemos comparar estos períodos cruciales y formativos de desarrollo espiritual con la temporada de dedicación del Templo de Kirtland en la historia de la Iglesia, y contrastar nuestros últimos días con la época de dedicación del Templo de Nauvoo—y más. Esta comparación ilustrará nuestro patrón ahora familiar: de la simplicidad a la complejidad a la simplicidad más allá de la complejidad.

Los períodos de Kirtland (1830–1838) y Nauvoo (1839–1846) de la historia de la Iglesia estuvieron llenos de una combinación distintiva de bendiciones asombrosas y una oposición escalofriante. Aquí, nos centramos en la temporada específica de la dedicación del templo en cada ciudad.

Los primeros años de Kirtland fueron inusualmente felices para José Smith y los Santos. En tan solo unos pocos años, fueron bendecidos con eventos maravillosos: la visión en la arboleda, la publicación del Libro de Mormón, la organización de la Iglesia, el lanzamiento positivo de la obra misional, la Escuela de Profetas y las grandes revelaciones que señalaban un magnífico futuro. Fue una época vivaz y alegre. Los Santos solo comenzaron a sentir lo que aún les podía esperar, enrollado como una serpiente letal, apenas a la vuelta de la esquina de la historia: turbas, persecución, apostasía y martirio.

Pero, primero vinieron los ángeles. De hecho, probablemente, la dedicación del Templo de Kirtland en marzo de 1836 fue la mayor efusión espiritual en la historia moderna de la Iglesia. José escribió al respecto poco después de la oración dedicatoria, “Frederick G. Williams se puso de pie y testificó que [durante la oración] un ángel entró por la ventana y se sentó entre Smith, padre, y él. David Whitmer también vio ángeles en la casa”.<sup>47</sup>

Más tarde, “el hermano George A. Smith se levantó y comenzó a profetizar, cuando de pronto, se escuchó un ruido semejante al sonido de un viento fuerte y violento, que llenó el Templo, y toda la congregación se levantó al mismo tiempo debido a un poder invisible; muchos comenzaron a hablar en lenguas y profetizar;... y [vio] que el Templo estaba lleno de ángeles... Las personas del vecindario vinieron corriendo (al escuchar un sonido extraño en el interior y vieron una luz resplandeciente como una columna de fuego arriba del Templo) y quedaron perplejos al ver lo que estaba sucediendo”. 48

José dijo que en una reunión de clausura, “El Salvador se apareció a algunos, mientras que los ángeles ministraron a otros; en efecto, fue un día de Pentecostés e investidura, que se recordará por mucho tiempo, ya que el sonido saldrá de este lugar y se extenderá a todo el mundo, y los eventos de este día se registrarán en las hojas de la historia sagrada, para todas las generaciones”.49

Ahora, contrasta esas experiencias asombrosas con las terribles condiciones que rodearon la dedicación del Templo de Nauvoo solo nueve años después. José y Hyrum fueron asesinados. La disensión y la apostasía atormentaron la Iglesia, y el espíritu oscuro del martirio se posó sobre Nauvoo como el ángel destructor de la muerte. Los Santos sabían que no se podían quedar. Trabajaron frenéticamente para terminar el templo, incluso mientras se preparaban para su temible viaje al oeste.

Parte del Templo de Nauvoo se dedicó en octubre de 1845, incluso antes de que se terminara el edificio y, en diciembre, Brigham Young comenzó a administrar las ordenanzas del templo día y noche. En dos meses, el primer grupo de carromatos cruzó el Misisipi congelado, para nunca volver.

Se cuenta la historia de un converso ciego llamado hermano Williams, que vino justo a tiempo de Massachusetts a Nauvoo para ayudar a terminar el templo. El hermano Williams escuchó las historias de Kirtland y creía fervientemente que cuando se dedicara el Templo de Nauvoo, el Salvador e incluso José regresarían. Anticipó grandes manifestaciones espirituales que lo sanarían de su ceguera. Creía que cada piedra que colocaban, lo acercaba un paso más a la mano sanadora del Salvador. Pero, la dedicación del Templo de Nauvoo no era la de Kirtland. No hubo manifestaciones visibles para registrar, tampoco ministerios de ángeles, ni Pentecostés.

Con frecuencia, nuestros años de alegría como misioneros y estudiantes, a pesar de sus típicos dolores de crecimiento, son una especie de Kirtland para nosotros: un tiempo simple

y hermoso, lleno de avances intelectuales, momentos privados y espirituales, y convicciones idealistas y emergentes. Esos años pueden elevarnos por un tiempo por encima del ruido y la confusión de los valles de este mundo hasta las cimas, donde desarrollamos una mayor cercanía al infinito. Sin embargo, el día de la complejidad siempre parece llegar, el día en el que debemos descender de nuestras montañas, debemos abandonar nuestros Kirtlands.

Cuando lo hacemos, tarde o temprano, podemos tener nuestro propio tumultuoso tipo de Nauvoo, quizás más de una vez. Tendremos nuestros propios ríos congelados y desiertos que cruzar; un desierto moral, intelectual o espiritual que controlar. Tal vez, nos sentiremos desconcertados y decepcionados, y podamos mirar hacia atrás con nostalgia, y nos preguntemos cómo recuperar nuestros años de alegría en Kirtland.

Cuando llegue nuestro Nauvoo, podríamos sentir la disminución de nuestro sentido de asombro espiritual, ya que las presiones y las contaminaciones que se acumularon de la vida parecen arrojar dudas sobre la realidad de la inspiración o el valor de la Iglesia institucional, o el valor de entregarnos desinteresadamente a los demás. Algunos de nuestros amigos o enemigos, pueden alarmarnos con informes de que este o aquel elemento de la historia o doctrina de la Iglesia no es lo que pensábamos que era.

Cuando llegue nuestro Nauvoo, podríamos darnos cuenta de que estamos viviendo en una cultura que ofrece poco refuerzo para nuestra creencia en los ideales de la vida familiar. El entorno que nos rodea podría atacar nuestra devoción al matrimonio y los hijos. Algunos de nosotros podríamos comenzar a sentir una mayor sensación de distancia en nuestros matrimonios a medida que los que nos rodean dan por sentado que las mujeres y los hombres modernos no deberían verse limitados por los compromisos incondicionales de la familia. Sin embargo, sabemos, porque vivimos una vez en Kirtland, donde el Espíritu nos susurró que la doctrina es verdadera, que: el matrimonio es sagrado y el amor es para siempre.

Cuando llegue nuestro Nauvoo, podríamos alejarnos con tristeza, sentir que quizás nuestros primeros momentos parecidos a Kirtland no fueron como lo imaginamos. “¿Cómo esas historias podrían ser verdaderas? algunos preguntarán. “No vemos ángeles aquí, no ahora, cuando más los necesitamos. Lo que sucedió en Kirtland debe haber sido la tonta imaginación de los jóvenes”. Podemos sentirnos presionados a ver las cosas de esta manera, quizás al rodearnos de aquellos que susurran en son de burla a nuestros oídos, como lo hizo el enemigo de Nauvoo: “Tu profeta está muerto. Despierta, todo fue un sueño de la infancia”.

Cuando llegue nuestro Nauvoo, no nos sorprenderá ni nos perturbará si hemos guardado la imagen de Kirtland brillando en nuestros recuerdos. Está bien, diremos, lo entendemos. “Por lo pronto no podéis ver con vuestros ojos naturales el designio de vuestro Dios concerniente a las cosas que vendrán más adelante... después de mucha tribulación” (DyC 58:3). Una simplicidad nueva y más profunda, la que anhelamos, puede llegar a nosotros solo después de nuestra temporada de complejidad.

Entonces, recogeremos nuestros carromatos y a nuestras familias, y nos dirigiremos al oeste. A medida que lo hagamos, sentiremos que se nos entregó Kirtland como un primer testimonio, para que se lo contemos a nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, con la finalidad de que sepan que Dios es el Señor. Él no duerme. Lo sabremos, siempre, porque estuvimos ahí durante esa alegre temporada en el pueblo de Kirtland.

Todavía pensamos en el hermano Williams, con sus ojos invidentes y brillantes de esperanza, esperando que Jesús y Sus ángeles vinieran al Templo de Nauvoo. No sabemos qué le sucedió después de Nauvoo. ¿Encontró la sanación que anhelaba? ¿Se encontró con su Salvador y vio el rostro del hermano José? Suponemos que él y los otros fieles encontraron la luz y la paz que buscaban—pero, más adelante, quizás dentro del último carromato a lo largo de algún sendero lúgubre de la pradera, o en la lucha por construir una nueva vida, muy lejos en el oeste.

Imaginamos que el hermano Williams descubrió lo mismo que los Santos en las compañías de carromatos de Martin y Willie, que quedaron atrapados debido a las nevadas fuertes y tempranas en las altas llanuras de Wyoming. Un sobreviviente dijo que “llegaron al absoluto conocimiento de que Dios vive, porque [se familiarizaron] con Él en [sus] momentos más difíciles”. Muchas veces, continuó, cuando “[se] sentía tan débil y cansado debido a la enfermedad y la falta de alimentos que apenas podía poner un pie delante de otro”, comenzó a sentir que el carromato lo estaba empujando a él. Pero, cuando miraba hacia atrás “para ver quién empujaba [su] carromato... no había nadie. Entonces, [supo] que los ángeles de Dios estaban ahí”. 50

Probablemente, tales manifestaciones angelicales invisibles en los momentos más difíciles de nuestras vidas, tendrán un significado más profundo para nosotros que la efusión más visible de nuestros Kirtlands. El Señor ha prometido que si somos sinceros y fieles, Él mismo estará “en medio de nosotros y no lo podremos ver” (DyC 38:7). Incluso si no lo vemos, Él puede “estar a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y [su] Espíritu estará en vuestro corazón”, y los ángeles que vengán a Kirtland estarán a “nuestro alrededor, para sostenernos” (DyC 84:88).

Además, quizás nuestras siguientes experiencias más turbulentas podrían enriquecer nuestros recuerdos de Kirtland. El significado mismo de nuestros primeros testimonios se enriquecerá con la perspectiva del tiempo y la complejidad. Nos atrevimos a ir a Nauvoo debido a lo que vimos en Kirtland. Lo que una vez vimos claramente es nuestro testimonio, podemos volverlo a ver claramente, ahora con mayor profundidad, en medio de—o, tal vez, debido a —nuestras aflicciones.

Después de todo, los ángeles *están* ahí. Y, algún día, quizás no muy lejano en el tiempo o el espacio, podríamos estar lo suficientemente preparados y tener la razón suficiente para ver a los ángeles de Kirtland una vez más. Las condiciones en las que nuestra visión puede atravesar el velo no las conocemos por completo. Incluso, los profetas no siempre conocen esas condiciones.

Cuando Elías el Profeta estaba a punto de abandonar la tierra, Eliseo le pidió que una porción doble de su espíritu permaneciera con él. El Profeta Elías respondió, “Cosa difícil has pedido. Si me ves cuando sea quitado de ti, te será concedido; pero si no, no”. De repente, apareció un carro de fuego con caballos de fuego y Elías subió al cielo en un torbellino. Y, el Señor concedió el deseo del corazón de Eliseo, porque su vista atravesó el velo, “Al ver esto [los ángeles], Eliseo clamó: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!” (2 Reyes 2:9–12).

¿Quiénes son esas personas a caballo? ¿De dónde vienen y a dónde van? No deben estar muy lejos, ya que han vuelto en la época moderna. Poco antes de la dedicación del Templo de Kirtland, el escriba de José Smith vio “en una visión, a los ejércitos del cielo protegiendo a los Santos en su regreso a Sion”.<sup>51</sup> Al siguiente día, “los cielos fueron abiertos al Élder Sylvester Smith, y el saltó y exclamó: “Las personas de Israel a caballo y sus carrromatos”.<sup>52</sup>

Independientemente de quiénes sean, la gente de Israel a caballo sigue cuidando a los Santos con tanto esmero que podemos saber con seguridad, “son más los que están con nosotros que los que están con ellos”. El monte incluso podría estar “lleno de gente de a caballo y de carros de fuego” (2 Reyes 6: 16–17).

De las historias de Kirtland, sabemos que los ángeles vienen a celebrar y a dar un testimonio inolvidable durante la formación de nuestra fe, incluso si necesitamos esperar más testimonios visibles hasta que las llamas de la complejidad los prueben, enriquezcan y profundicen. “La llama no puede dañarnos jamás si en medio del fuego os ordeno pasar. El oro

del alma más puro será".<sup>53</sup> De ese modo, avanzamos hacia la simplicidad tranquila, madura y profundamente arraigada al otro lado de la complejidad.

## 9. El valor del velo

Algunas personas que se preguntan si están perdiendo su fe religiosa, no solo indican que están perdiendo la confianza en José y la Restauración, sino que están perdiendo la confianza en la misma existencia de Dios, insinuando que si la Restauración no es verdadera, otra explicación religiosa de la vida tampoco podría ser verdadera. Y de repente, el agnosticismo o, incluso, el ateísmo les parece una opción real.

Lo mencionado puede parecer un cumplido poco sincero a la fuerza de las afirmaciones de la Restauración. Sin embargo, aquellos cuya fe ha sido puesta en duda en gran medida, podrían preguntarse por primera vez cómo podemos “saber” sobre las realidades espirituales más allá de lo que somos capaces de probar con nuestros sentidos racionales. Un amigo estaba conversando con algunos compañeros de trabajo, que decían ser ateos. Cuando les pregunté por qué no creían que Dios exista, respondieron, “Nadie vuelve a la vida. ¿Qué te hace pensar que Jesús resucitó cuando nadie más lo hace?” Nuestro amigo quería “demandar razón de la esperanza que había en [nosotros]” (1 Pedro 3: 15), pero no pudo pensar en una “razón sustancial y, por primera vez, realmente cuestioné la religión de mi infancia”.

Podría haber mencionado los versículos de la Biblia y las escrituras modernas que ofrecen relatos de testigos oculares de que tanto Jesús como muchos otros “regresaron a la vida”, esa es en parte la razón por la que el Libro de Mormón se llama “otro testamento de Jesucristo”. Pero, en ese momento, lo que tal vez pudo tomarlo por sorpresa fue la sensación de que no podía ofrecer una “razón sustancial [suficiente]” que pudiera convencer a sus amigos.

En realidad, una explicación teísta para la vida, tiene más sentido que una explicación atea. ¿Cuáles son las probabilidades de que un tornado girando en un vertedero crearía un Boeing 747 que pudiera volar? O, como Alma le dijo al escéptico Korihor, “todas las cosas indican que hay un Dios, sí, aun la tierra y todo cuanto hay sobre ella, sí, y su movimiento” (Alma 30: 34).

En el año 2000, el biólogo Francis Collins dirigió el proyecto internacional que reunió el primer mapa de todo el código de ADN humano. Al ver ese complejo código como “el idioma en que Dios creó la vida”, Collins escribe que “creer en Dios puede ser una decisión totalmente racional, y... los principios de la fe... se complementan con los principios de la ciencia”. De hecho, la Tierra contiene en proporciones exactamente justas *todas* las quince “constantes físicas” científicas, que son cruciales para mantener las formas complejas de vida del planeta. La probabilidad de que esta combinación única pueda unirse por pura casualidad

“es casi infinitesimal. [Sin Dios] nuestro universo es [tan] improbable [que] la fe en Dios [es] más racional que la incredulidad”.<sup>54</sup>

Al mismo tiempo, Collins habla de probabilidades, no de certezas absolutas de la ciencia. Además, Dios tiene algunas buenas razones para dificultar que “probemos” las realidades religiosas más allá de la duda, incluida la realidad de Su propia existencia. Eso no quiere decir que nos haya dejado sin evidencias, testimonios y probabilidades. Aun así, puede haber momentos en los que parezca que Él nos ha dejado en la oscuridad. Incluso, José Smith clamó en la Cárcel de Liberty, “¿en dónde estás? ¿Y dónde está el pabellón que cubre tu morada oculta?” (DyC 121: 1).

José estaba descubriendo lo que Job también aprendió por las malas: “He aquí, yo iré al oriente y no lo hallaré; y al occidente, y no lo percibiré. Cuando él actúe al norte, yo no le veré; al sur se esconderá, y no le veré. Mas él conoce mi camino; cuando me haya probado, saldré como oro” (Job 23: 8–10).

Entonces, consideremos el valor del velo que cubre el lugar escondido de Dios, el mismo velo que nos impide recordar nuestra vida preterrenal. En el Templo de Kirtland, José Smith dijo, “El velo fue retirado de nuestras mentes, y los ojos de nuestro entendimiento fueron abiertos” (DyC 110: 1). Antes de que el hermano de Jared viera al Cristo premortal, “fue quitado el velo de ante [sus] ojos” (Éter 3:6). En efecto, hubo “muchos” cuya fe era tan fuerte que “no se les pudo impedir penetrar el velo, sino que realmente vieron con sus propios ojos las cosas que habían visto con el ojo de la fe” (Éter 12: 19). Sin embargo, por lo general, el resto de nosotros aun ve con el ojo de la fe, una fe que no es ciega, aunque permanezca sujeta al velo.

El velo no solo nos impide recordar nuestro pasado premortal, sino que también nos impide ver muchas cosas que están sucediendo en el presente. Dios y Sus ángeles casi siempre se quedan en sus escondites, excepto en esas ocasiones raras en las que Él parte ese velo.

Por ejemplo, después de la Resurrección del Salvador, Él vio y habló con dos de Sus discípulos en el camino a Emaús. No lo reconocieron. Cuando Él escuchó su decepción acerca de este Jesús en quien habían “confiado” (nota el tiempo pasado), Él se dio cuenta de que habían perdido el mensaje central de Su ministerio terrenal. Entonces, “comenzando desde Moisés... les declaraba en todas las Escrituras lo que de Él decían” (véase Lucas 24:

13-31). Él no dijo quién era. Él enseñó exactamente lo que les instruyó cuando estuvo en la carne. Solo después, lo reconocieron. ¿Por qué no se los dijo antes?

Cuando un hombre rico murió casi al mismo tiempo que Lázaro, el hombre rico le suplicó al padre Abraham que enviara a Lázaro de regreso para que le enseñara a su familia: “Si alguno va a ellos de entre los muertos, se arrepentirán”. Sin embargo, Abraham respondió, “Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de entre los muertos” (Lucas 16: 29-31). ¿Por qué no?

Cristo fue la vida y la luz de los hombres, una luz que “resplandecía en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendían” (Juan 1: 5). Él vino al mundo, pero los suyos no lo recibieron. Si la vida eterna es conocer a Dios, ¿por qué Él no reveló a Cristo de una manera más obvia? Él vino de una manera muy privada y discreta. Dios podía enviar un gran carruaje tirado por caballos blancos que volaran por el cielo, todos los días al medio día. El carruaje podía detenerse justo encima de la tierra, al igual que un eclipse de sol repentino y total, y una voz del más allá podría decir, “y ahora unas palabras de nuestro Creador”. ¿Por qué Él no hace cosas como esas?

Aprender de la *experiencia* nos enseña de maneras que nada más puede. Al diseñar Su plan para nuestra experiencia terrenal, Dios corrió el riesgo conscientemente de que algunos de Sus hijos no regresaran. ¿Él no tenía el poder de tocarnos con algún tipo de varita mágica que nos diera la capacidad de vivir con Él en el reino celestial?

Incluso el Salvador tuvo que someterse a las pruebas de la mortalidad, sin atajos. Él “ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte... Aunque era Hijo, por lo que padeció *aprendió* la obediencia” (Hebreo 5: 7-9; énfasis añadido). De igual modo sucede con nosotros. Necesitamos leche antes de estar listos para el alimento sólido. “Porque todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de la justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que *por la costumbre* tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5: 12-14; énfasis añadido). Solo “por la costumbre” podemos ejercitar nuestros sentidos para comprender verdaderamente tanto lo bueno como lo malo. ¿De qué se trata la experiencia que es tan esencial que vale la pena el riesgo de que no regresemos?

La Salvación y la exaltación no son solo metas abstractas. Los términos mencionados describen un proceso completo que requiere crecimiento, desarrollo y cambio. Un aspecto central de ese proceso de crecimiento es la oportunidad única que nos brinda la mortalidad de aprender por la experiencia, por la práctica, que es la única forma en que podemos desarrollar capacidades y habilidades. No solo estamos aquí para aprender hechos y

absorber información. Hay algo con respecto a forzar a las personas a ser justas que interfiere, incluso impide, en el proceso que la rectitud, en un entorno libre, está diseñada a permitir. La vida en rectitud hace que algo suceda con las personas.

Existen dos tipos muy diferentes de conocimiento. Uno implica procesos racionales, tal como recopilar información y memorizar. Al otro tipo de conocimiento lo podríamos llamar desarrollo de habilidades, como aprender a tocar el piano, nadar, desarmar una computadora, o aprender a cantar, bailar o pensar. El proceso de llegar a ser como Cristo se trata más de adquirir habilidades que de aprender hechos y cifras. La única manera de desarrollar esas habilidades divinas es al vivir Sus enseñanzas. Incluso Dios no puede enseñarnos esas habilidades a menos que participemos plenamente en el proceso, con todas las pruebas y los errores que son inherentes al aprender una habilidad mediante la práctica.

¿Qué es lo que un entrenador podría mejorar en las habilidades de un atleta sin supervisar sus dificultades y errores? ¿Qué es lo que un profesor de piano podría enseñarles a sus alumnos a tocar si no practican? El “método de pensar”, en el que se animaba a los músicos jóvenes a aprender a tocar sus instrumentos solo al “pensar” en la música, parecía atractivo en *The Music Man*, pero es hasta ahí donde llega. Cuando el primer graduado del “curso hazlo sin practicar piano” suba al escenario de Carnegie Hall para tocar en un concierto de piano con la orquesta que lo espera, ¿qué crees que pasará? No mucho. ¿Por qué? Algunas cosas solo se pueden aprender mediante la práctica.

El académico europeo Michael Polanyi identifica las “habilidades” como un campo único de conocimiento.<sup>55</sup> Escribe que con frecuencia la esencia de una habilidad no se puede describir, medir o especificar adecuadamente.

Por lo tanto, la habilidad no se puede transmitir mediante descripciones escritas e instrucciones destinadas a ser memorizadas por generaciones posteriores. “[La habilidad] se puede transmitir solo mediante el ejemplo del maestro al aprendiz”. De este modo, “un arte que ha caído en desuso durante el período de una generación se pierde por completo” y “esta pérdida suele ser irremediable. Es patético observar los innumerables esfuerzos—equipados con microscopía, química, matemáticas y electrónica—para crear un singular violín a la altura de la rutina de más de 200 años del poco ilustrado Stradivari”.<sup>56</sup>

Se deduce, entonces, que podemos aprender una habilidad solo por medio de la imitación del desenvolvimiento experto de alguien que ha dominado la habilidad. Incluso, cuando el maestro al que imitamos no puede especificar cada detalle del arte. Existe una estrecha

analogía entre este hecho y el concepto central del Evangelio que nos indica que imitar el ejemplo del Salvador es la mejor manera de internalizar el Evangelio, una manera que va más allá de simplemente seguir mandamientos específicos y doctrinas detalladas. Polanyi nos dice nuevamente:

“El acto de aprender mediante el ejemplo consiste en someterse a la autoridad. Sigues a tu maestro porque confías en su manera de hacer las cosas, incluso cuando no puedes analizar y explicar en detalle su efectividad. Al observar al maestro y emular sus esfuerzos en presencia de su ejemplo, el pupilo aprende inconscientemente las reglas del arte, incluidas aquellas de las que el mismo maestro no tiene conocimiento explícito. Estas reglas ocultas solo pueden ser asimiladas por una persona que cede sin reservas a la emulación de otra persona. Una sociedad que desea preservar una fuente de conocimiento personal debe someterse a la tradición”. 57

Muchas personas no quieren probar la verdad del Evangelio porque no están dispuestas a someterse a la guía del Señor. Podemos pedirles a los escépticos que prueben el experimento de Alma y vean. Pero, a menudo, desean que “probemos” la propuesta de la fe antes de que se sometan de una manera que les parezca una pérdida de su libertad. Si dudan de que el proceso de vivir las enseñanzas del Evangelio realmente dé frutos, sus propias dudas se convertirán en una profecía que por su propia naturaleza se cumplirá, *si no hay fe, no hay frutos*.

A menos que cedan, participen y se pierdan en el proceso de la fe, no probarán el fruto del árbol de la vida. Sin total inmersión, no adquirirán la habilidad.

Una persona invidente, que tiene habilidad para usar un bastón ha aprendido a “ver” con el bastón. Sin embargo, esa persona no puede describir a alguien más, incluido otro invidente, lo que el bastón le dice exactamente. Aquellos que solo cierran los ojos durante un momento para saber cómo es la ceguera, es como si no estuvieran motivados a esforzarse lo suficiente como para aprender lo que el bastón puede decirles. *¿Por qué no? Porque a menos que estés ciego, no tienes que saberlo*. La persona ciega debe estar dispuesta a practicar con el bastón, con todos los errores que inevitablemente conlleva la práctica. La práctica no solo se trata de repetición, requiere esfuerzos repetidos enfocados en aprender una habilidad específica y aprender de los errores, en la búsqueda de un progreso específico. 58

¿Cómo uno puede ayudar a los demás a ver eso? Nuestros amigos escépticos podrían decir, “¿Qué tiene de especial el reino celestial? Explícamelo para que pueda entenderlo y tal vez,

entonces, pueda cumplir todos los mandamientos, someterme al Maestro y pasar por toda la práctica y la rutina. Pero, primero, demuéstreme que al final todo valdrá la pena”. ¿Qué podemos decir?

A menudo, es útil dar un testimonio personal, basado en la experiencia u hablar de personas cuyo ejemplo demuestre cómo se desarrolla una habilidad, incluso con todas las dificultades y los errores que se cometen durante la práctica. Pero, finalmente, la mente humana, resucitada o no, no puede comunicarle a otra mente humana a qué saben realmente los frutos maduros de la fe. Cada persona solo necesita confiar, plantar la semilla y probar el proceso con toda la disciplina que se requiere. Algo sucederá con aquel que lo intente sinceramente y, de ese modo, *descubrirá* que un propósito central de nuestra mortalidad es la oportunidad de desarrollar las habilidades y la capacidad, que son necesarias para que podamos vivir en el reino celestial.

Un niño de seis años carece de la capacidad mental y física para conducir un auto. Hasta que el niño esté listo para desarrollar las habilidades y el juicio requeridos, conducir en una autopista probablemente destruirá al niño y a las demás personas. Lo mismo es cierto sobre nuestra introducción prematura a la libertad y la responsabilidad de vivir en un reino gobernado por leyes celestiales. Esa oportunidad puede ser liberadora o devastadora, según nuestra preparación para recibirla.

El Señor dijo que “cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección” (DyC 130:18). “Principio de inteligencia” puede referirse a hechos, información y leyes del universo. Sin embargo, se refiere específicamente a la capacidad y las habilidades de Cristo tal como, el dominio propio, la obediencia, la compasión, la paciencia y la generosidad. ¿Por qué estaríamos condenados si viéramos una señal, si se nos revelara el velo muy pronto? Incluso si un auto volara por el cielo todos los días, ver tales maravillas no nos ayudaría a conocer realmente al Padre y al Hijo. La vida eterna, conocerlos, es una cualidad de la vida, el fruto del desarrollo largo, difícil y gradual de la capacidad de llegar a ser como Cristo es. Cuando empecemos a vivir como Él, comenzaremos a conocerlo.

La idea de que la exaltación es el resultado de un proceso de desarrollo de habilidades puede ayudar a explicar por qué existe un velo. La fe, el arrepentimiento y conocer a Dios son procesos y principios de acción, que se comprenden no solo al definirlos sino al experimentarlos. Dios es un gran maestro y Él sabe qué patrones y principios debemos seguir, y practicar, para desarrollar capacidades divinas. Él puede enseñarnos esas habilidades, pero solo si nos sometemos a Su guía.

Gran parte de la esencia del Evangelio de Cristo no se puede medir por completo, no se puede especificar totalmente, excepto como se entiende por la experiencia. Pero, esa no es razón para valorarlo menos. No podemos explicar íntegramente nuestras experiencias más significativas: nuestro amor por nuestras familias, nuestros testimonios, nuestros sentimientos de gratitud por el amor y la misericordia de Dios.

Reducir estas esencias a un contenido que podamos comunicar plenamente a otras personas, puede disminuir su carácter sagrado. Al igual que la belleza y el gozo, son muy importantes, muy matizados, para ser totalmente específicos.

Existe un velo entre nuestro mundo de mortalidad y el mundo de las eternidades de Dios. A veces, puede volverse muy delgado. Pero, para la mayoría de nosotros el velo permanece, ya que Él lo ha colocado ahí para ayudarnos a aprender cómo debemos vivir y en qué debemos convertirnos, para vivir con Él algún día.

## 10. Escoger creer

Una tarde de verano, cuando nuestra familia estaba visitando a unos parientes en un ciudad lejana, nuestro hijo Tom de 4 años de edad, desapareció sin avisar de un inmenso parque de la ciudad. Hicimos una búsqueda exhaustiva por toda el área. Finalmente, involucramos a la policía así como a muchos de nuestros vecinos. Luego, llegó la noche y nos sentíamos desesperados.

Reunimos a nuestros hijos y nos arrodillamos para orar. Entre otras cosas, oramos para que Tom pudiera acercarse a una persona de confianza, que contactara a la policía para que nos llamara. Poco después, la policía llamó para informar que lo habían encontrado, casi exactamente como lo pedimos en la oración. Pronto, un auto de policía llegó con sus luces rojas dando vueltas y su pasajero con los ojos muy abiertos y algo sorprendido, pero intacto. Llevaba una gran placa de papel en su camiseta: “Buen amigo del Departamento de Policías de San Diego”.

Más tarde esa noche, el hermano mayor de Tom dijo, “Papá, eso fue algo mágico, ¿verdad?” Decidimos que no era mágico, sino que el Señor había respondido nuestra oración. ¿Tom habría aparecido de todos modos? No sabemos. Pero, nuestra familia escogió creer que la oración hizo la diferencia.

En una oportunidad, escuché que un estudiante universitario le contó a su quórum de élderes lo que sucedió poco después de ser ordenado diácono. Vivía en una granja y sus padres le prometieron que el becerro que estaba por nacer, sería suyo y lo tendría que cuidar. Sería su primer becerro.

Una mañana, cuando sus padres salieron, él estaba trabajando en el granero cuando la vaca preñada comenzó a parir prematuramente. Asombrado, vio el nacimiento del pequeño

becerro. Luego, de pronto, la vaca comenzó a aplastar al becerro, intentaba matarlo. Le pidió ayuda al Señor.

Sin pensar que la vaca pesaba más que él, la empujó con todas sus fuerzas y, de alguna manera, la alejó. Tomó entre sus brazos al becerro que aparentemente estaba muerto y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. Entonces, recordó que tenía todo el derecho de pedir la ayuda al Señor. Así que comenzó a orar nuevamente desde lo más profundo de su corazón inocente y fiel. Pronto, el pequeño animal comenzó a moverse y respirar con normalidad. Sabía que sus oraciones habían sido escuchadas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo: “Hermanos, les cuento esa historia porque no creo que ahora haría lo que hice en ese momento. Ahora que soy mayor y menos inocente, “he aprendido a no” esperar la ayuda de Dios en una situación similar. Si volviera a vivir esa experiencia en este momento, probablemente creería que fue una coincidencia. No estoy seguro de cómo cambié, pero puede que haya perdido algo valioso”. Se sintió menos inocente, menos creyente.

¿Qué significa “ser creyente”? y ¿por qué el Señor nos pide que seamos así?

Mormón escribió: “¿Y quién dirá que Jesucristo no obró muchos grandes milagros?... Él no cesa de ser Dios, y es un Dios de milagros... No dudéis, mas *sed creyentes*” (Mormón 9: 18, 1,27, énfasis añadido). Por otro lado, el Señor dijo, “Escudriñad diligentemente, orad siempre, *sed creyentes*, y todas las cosas obrarán juntamente para vuestro bien” (DyC 90:24; énfasis añadido).

El Señor resucitado aconsejó a Tomás “Pon aquí tu dedo y mira mis manos; y acerca acá tu mano y ponla en mi costado; y no seas incrédulo, sino *creyente*” (Juan 20: 27; énfasis añadido). Incluso después de que el incrédulo vio y sintió las heridas, para ser un verdadero testigo, todavía necesitaba “ser creyente”.

El acto de creer se origina en el corazón del espectador. El Salvador les dijo a aquellos que lo rodeaban, “El que tiene oídos para oír, oiga” (Lucas 8:8). Sin embargo, pocos de los que lo escucharon realmente entendieron Sus parábolas o percibieron Sus milagros. No es fácil saber qué influencias tienen un origen divino. Aquellos que vieron a Jesús curar a los enfermos, se enfrentaron a la misma pregunta que hacemos hoy cuando alguien testifica que

una bendición del sacerdocio trajo sanación. ¿Realmente fue una sanación, o esa persona se habría recuperado de todos modos? ¿Realmente el Señor ayudó a nuestra familia a encontrar a Tom? ¿Él bendijo al niño de 12 años de edad con fuerza adicional para mover la vaca y, luego, ayudar al becerro a recuperarse?

Incluso, a veces, el asunto de la existencia de Dios puede parecer una pregunta similar. Con las tragedias y las miserias indescriptibles que vemos a lo largo de la historia y en la actualidad a nuestro alrededor, algunos dicen que no podría existir un Dios. Otros dicen que el orden en la naturaleza no podría haber sido accidental. Ninguna de las partes puede persuadir a la otra según la evidencia externa. ¿Es posible que el Señor lo haya planeado de esa manera para que no nos veamos forzados a creer debido a las circunstancias? Hay muchas cosas que Él podría hacer para rasgar el velo. Pero, “por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7).

Los cuatro hijos de Lehi nacieron de los mismos buenos padres. La diferencia entre los creyentes y los incrédulos no radicó tanto en lo que les sucedió, sino en su *actitud* hacia lo que sucedió. Esa actitud se originó en sus corazones y cada uno tomó su propia decisión de creer o no.

Cuando Nefi deseó ver el sueño de su padre, el Espíritu respondió, “¿Crees que tu padre vio el árbol del cual ha hablado?” Nefi dijo, “Sí... tú sabes que creo todas las palabras de mi padre”. El Espíritu se *regocijó*, porque sabía que solo si Nefi tenía una actitud creyente, podría enseñarle. “Bendito eres tú, Nefi, porque crees en el Hijo del Más Alto Dios; por lo tanto, verás las cosas que has deseado” (1 Nefi 11: 4–6; énfasis añadido).

Debido a que creyó, Nefi vio el sueño, pero poco a poco. El Espíritu reiteradamente se detenía y preguntaba qué más deseaba, qué entendía. Entonces, cuando Nefi estaba “entendiendo”, el Espíritu decía una y otra vez, “¡Mira!” y cada vez que Nefi veía, poco a poco entendía: la ciudad, la virgen, el niño, hasta que el ángel le preguntaba, “¿Comprendes el significado del árbol que tu padre vio?” Ahora Nefi podía responder, “Sí, es el amor de Dios... Y miré, y vi al Hijo de Dios que iba” (1 Nefi 11: 21–22; 24).

En lugar de *decirle* o *mostrarle* a Nefi toda la visión a la vez, el Espíritu lo guió, una pregunta a la vez, ayudándolo a descubrir por sí mismo cada escena y su significado. Si el Espíritu le hubiera dicho todo, Nefi no hubiera comprendido todo su significado. Si Nefi no hubiera escogido creer, el Espíritu no solo *no le habría* mostrado el sueño ni le habría dicho su significado, sino que Él *no se lo hubiera podido* mostrar.

Valoramos más lo que descubrimos que lo que nos cuentan. A menos que descubramos la influencia de Dios por nosotros mismos, tal vez no sabremos que está ahí, incluso si un ángel nos lo dijera. En el sueño de Jacob sobre una escalera que llegaba al cielo, los ángeles subían y descendían por ella, Jacob ve a Dios en lo alto de la escalera y dice: “Yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres”. Jacob despertó de su sueño y dijo, “Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía” (Génesis 28:13–16).

Cristo vino a la Tierra de una manera muy silenciosa y pacífica, una luz que “resplandecía en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron... *Mas a todos los que le recibieron*, a los que creen en su nombre, *les dio potestad* de llegar a ser hijos de Dios” (Juan 1:5, 11–12; énfasis añadido). Todo formó parte del plan cuidadosamente diseñado para no forzar la creencia.

Jesús nos dio otras pistas sobre la deliberación de ese plan. Con frecuencia, Él les pedía a aquellos que eran bendecidos con un milagro que “a nadie dijese lo que había sucedido” (Lucas 8:56; Mateo 8:4). Un elemento esencial en Su plan es el principio de línea sobre línea, precepto por precepto (véase Isaías 28:10). No solo nos deja la iniciativa de creer, Él imparte a aquellos que lo escuchan solo lo que están listos para escuchar. La leche va antes que el alimento sólido. “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar” (Juan 16:12). De ese modo sucedió con el Espíritu y Nefi.

Los eruditos en la filosofía del conocimiento nos dicen que las personas tienden a ver lo que desean ver, especialmente cuando la evidencia es ambigua. Por ejemplo, el “sesgo de confirmación” se refiere a la “tendencia humana a interpretar la evidencia nueva como [una] confirmación de las creencias o las teorías que ya existen para uno”<sup>59</sup>. Tal vez, por eso las tinieblas de la oscuridad en el sueño de Lehi describen tan bien las condiciones de la mortalidad. Dios nos ha dejado libres, en medio de las circunstancias que no nos obligan a creer, sino a elegir por nosotros mismos—como un acto de voluntad—si debemos asirnos a la barra de hierro en medio de la oscuridad.

La importancia de esta “voluntad de creer” se aplica a todo el conocimiento y la experiencia humana, no solo a la experiencia religiosa. El influyente psicólogo estadounidense William James dijo, “La cuestión de tener creencias morales se decide por nuestra *voluntad*. Si tu corazón no *quiere* un mundo de realidad moral, tu mente seguramente nunca te hará creer en uno”.<sup>60</sup>

Nuestra voluntad de escoger creer libremente puede ser el factor determinante para que se cumplan las promesas de Dios, ya que nuestras creencias impulsan las acciones que solo

nosotros podemos tomar para nutrir la semilla de fe durante su crecimiento. Es la obra y la gloria de Dios ayudarnos a disfrutar la vida eterna (véase Moisés 1:39). Sin embargo, “si desatendemos el árbol [de la vida eterna], y somos negligentes en nutrirlo”, no importará lo buena que sea la semilla o cuán deseable sea el fruto, “no podremos obtener su fruto” (Alma 32: 38–39; énfasis añadido).

Si nos negamos esa bendición, no solo arruinamos nuestras propias posibilidades, también frustramos los deseos de Dios de bendecirnos. Ya que, como dijo William James, “Dios mismo... puede extraer fuerza vital y aumentar la propia esencia de nuestra fidelidad”. 61

Además, James dijo que la actitud agnóstica—demorar las decisiones sobre los asuntos de fe hasta que tengamos más evidencias—es, en la práctica, imposible:

“La creencia y la duda son actitudes activas y suponen una acción de nuestra parte... si dudo que seas digno de mi confianza, te mantengo desinformado... como si fueras *indigno* de lo mismo. Si dudo de la necesidad de asegurar mi casa, la dejo sin seguro... Si creyera que no existe necesidad. [En esos momentos] la inacción [cuenta] como acción, y cuando no estar a favor es estar prácticamente en contra. [Aquí] la naturalidad es... inalcanzable”. 62

Debido a que nuestras actitudes y decisiones influyen mucho en los resultados de las experiencias de nuestra vida, James creía que si vale la pena vivir la vida, depende de la persona. Es decir, depende de quien la viva. Esto se debe a que “el optimismo y el pesimismo son definiciones del mundo” y, a menudo, nuestras propias reacciones al mundo determinan qué definición es la correcta. Ya que la forma en que la vida nos trata depende mucho de cómo tratamos la vida, nos encontramos constantemente a la merced de nuestras propias decisiones—tal vez, sin darnos cuenta de lo mucho que nuestras propias decisiones pueden protegernos o lastimarnos.

“No se gana ninguna victoria, no se termina ningún acto de fidelidad o coraje, excepto por un *tal vez*; ningún servicio... ninguna exploración científica, experimento o manual, puede no ser un error... Solo al arriesgarnos de una hora a otra, [vivimos] plenamente. A menudo, nuestra fe suficiente y de antemano frente a un resultado incierto es lo único que hace que el resultado se convierta en realidad”. 63

Imagina que estás escalando una montaña, escribe James, y en cierto punto tu único escape es saltar por encima de un profundo abismo.

“Ten fe en que puedes” dar ese gran salto, “y tus pies se arman de valor para lograrlo. Pero, desconfía de ti mismo... y dudarás [hasta] que todo abatido y tembloroso... caigas al abismo. Niégate a creer y, de hecho, tendrás razón”, porque perecerás. “Pero, cree y, nuevamente, tendrás razón, porque te salvarás. Harás realidad uno de los dos universos posibles por tu confianza o desconfianza, ambos universos solo han sido un *tal vez*” antes de que tomaras una decisión. 64

Por lo tanto, la fe en el mundo invisible nos fortalece para hacer lo que solo nosotros podemos hacer de modo que permitamos que las promesas de Dios echen raíz, florezcan, echen renuevos y se desarrollen en nuestras vidas. A menos que confiemos en Él lo suficiente como para actuar, las promesas que nos hizo seguirán sin cumplirse, como si no existieran. Por ejemplo, a menos que escojamos ejercer la fe y el arrepentimiento, estaremos tan perdidos como si Cristo no hubiera hecho ninguna Expiación. “Quien persiste en... las sendas del pecado... permanece en su estado caído [y] queda como si no se hubiera hecho ninguna redención” (Mosíah 16:5). Por el contrario, solo nuestra voluntad de creer y escoger confiar, permite que Dios influya en nuestras vidas para producir los resultados que más anhelamos: “El que confía en Jehová será exaltado” (Proverbios 29: 25) y “será sostenido en sus atribulaciones, y sus dificultades y aflicciones” (Alma 36:3).

Viktor Frankl fue un psiquiatra austriaco que sobrevivió años de un trauma indescriptible en los campos de concentración nazi y observaba constantemente cómo sus compañeros de prisión se consumían y morían, o eran asesinados. Su libro *Man's Search for Meaning* relata cómo la brutalidad pura de su experiencia lo ayudó a descubrir formas de encontrar el propósito en las circunstancias más trágicas de la vida, y, por lo tanto, cómo descubrir el propósito de la vida, y el deseo de seguir viviendo, en cualquier circunstancia.

Por ejemplo, Frankl escribió, “Aquellos que tienen un ‘porqué’ [por] el cual vivir, pueden soportar casi cualquier ‘cómo’”. 65 En realidad, [no] importa lo que [esperamos] de la vida, sino lo que la vida [espera] de nosotros”. 66 “La última de las libertades humanas [es] escoger nuestra actitud bajo cualquier serie de circunstancias”. 67 Por lo tanto, “el propósito de la vida es dar propósito a la vida”. 68

Al proporcionar un contexto más amplio para estas profundas directrices sobre *escoger creer que vale la pena vivir esa vida*, Frankl escribe que si lo hubieran invitado a comentar con respecto a nuestra descripción anterior de “el vacío” entre lo real y lo ideal, entre lo que es y lo que debería ser: “La salud mental se basa en [la] tensión... entre lo que ya logramos y lo

que aún debemos lograr, o *el vacío entre lo que uno es y lo que uno debe llegar a ser*. Esta tensión [inherente] es... indispensable para el bienestar mental". Por lo tanto, debemos desafiarnos para ejercer nuestra propia "voluntad de propósito", en lugar de buscar la comodidad de "un estado sin tensión". La tensión entre lo real y lo ideal no es una amenaza para nuestra seguridad, sino que es "el llamado de un posible propósito que espera ser cumplido". 69

Frankl nos insta a "esforzarnos y luchar" y ejercer nuestra propia "voluntad de propósito" mientras escogemos creer que vale la pena vivir la vida. Por lo tanto, a medida que crucemos "el vacío", Dios nos tomará de la mano y nos invitará a los brazos seguros de Su amor. Ahí, conoceremos la nueva simplicidad de estar en "casa" nuevamente. Pero, a diferencia del niño inconsciente en los brazos de su madre, mediante nuestro esfuerzo y lucha, habremos pagado el precio para *comprender* dónde estamos, quiénes somos y qué significa estar en casa con Dios.

¿Por qué la mortalidad está estructurada de esta manera? El Señor está muy cerca de nosotros. Incluso, Él nos dice, "Mis ojos están sobre vosotros. Estoy en medio de vosotros y no me podéis ver" (DyC 38:7). Sin embargo, Él voluntariamente se abstiene de interferir en nuestro libre albedrío e iniciativa. Él solo dice que, "seamos creyentes" y "seamos fieles" y "todas las cosas obrarán juntamente para [nuestro] bien" (Romanos 8:28).

Existe una profunda diferencia entre la persona "que me *dice*: Señor, Señor" y la persona que "*hace la voluntad* de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7:21; énfasis añadido). Algo sucede con las personas que lo reciben, que creen lo suficiente como para hacer Su voluntad.

En primer lugar, aprenden por sí mismos que Su doctrina es verdadera: "El que quiera hacer la voluntad de Él, conocerá si la doctrina es de Dios o si yo hablo por mí mismo" (Juan 7:17). Además, algunos podrían decir, "no creo en eso porque no puedo entenderlo". No obstante, la creencia precede el entendimiento. El entendimiento no precede la creencia: "Por motivo de su incredulidad no podían entender la palabra de Dios" (Mosíah 26:3).

Además de eso, los creyentes que "lo reciben" poco a poco desarrollan habilidades capacidades y habilidades semejantes a las de Cristo que otras personas no logran. Seguir Su voluntad los cambia. Por lo general, aquellos que buscan, o incluso encuentran, una señal no

experimentan dichos cambios, porque los cambios reales en el carácter y el espíritu dependen de nuestra participación activa y voluntaria. Entonces, al creer, al recibir al Señor y al seguirlo, comienza el proceso de llegar a ser como Él.

En realidad, el Señor no puede salvarnos sin que elijamos libremente nuestra iniciativa, energía, deseos y *participación* sincera. Puedes llevar a un caballo al agua, pero no puedes obligarlo a beberla. Puedes llevar a un niño hacia un libro, pero no obligarlo a leerlo. El Salvador ofrece la gracia de Sus bendiciones de salvación y exaltación solo si estamos *dispuestos a participar* en nuestra propia salvación al escoger creer en Él y, luego, al esforzarnos por seguirlo. Esta participación voluntaria y activa es esencial para el proceso de crecimiento que resulta en nuestro desarrollo personal y espiritual.

George Eliot escribió sobre el famoso fabricante de violines Antonio Stradivari. “Dios da la habilidad, pero se necesita el esfuerzo del hombre: Él no podía fabricar los violines de Antonio Stradivari sin Antonio”. Debido a que el experto fabricante de violines comprendió esto, se dijo a sí mismo, “Si mis manos cesaran de trabajar, estaría robando a Dios, ya que Él no puede hacer un violín Stradivarius sin Antonio”. 70 Además, Él no puede obligar a un corazón a creer a menos que decida creer.

William James lo explicó muy bien: “El [significado] de[l] mundo invisible puede... depender de la respuesta personal [que] le demos al llamamiento religioso... Si esta vida no es una verdadera lucha, en la que el éxito obtenga algo eterno para el universo, no es mejor que un juego ficticio y privado del que podemos retirarnos cuando queramos. Sin embargo, [la vida] *parece* una verdadera lucha, como si hubiera algo verdaderamente salvaje en el universo, que se necesita de nuestra [ayuda] para redimir; y, en primer lugar, para redimir nuestros propios corazones del ateísmo y el temor. Nuestra naturaleza se adapta a tal universo medio salvaje y seguro. Lo más profundo de nuestra naturaleza es esta... región silenciosa de nuestro corazón en la que nos encontramos únicamente con nuestra voluntad y poca disposición, nuestras creencias y temores”.71

De este modo, el Señor nos pide que “seamos creyentes”, pero por razones destinadas a alentar nuestra importante participación, Él no presentará ningún argumento para que la creencia sea irresistible. Él no puede controlar si elegimos por voluntad propia creer en Él, recibirlo y buscarlo. Él solo puede ofrecernos Su mano y si elegimos tomarla. Entonces, Él puede guiarnos hacia lo que necesitamos para nuestro progreso. Él está muy cerca, muy disponible para aquellos que tienen oídos para escuchar y ojos para ver. Él está muy cerca de aquellos cuya fe no es ciega.

## 11. Un testigo más poderoso que la vista

Hace poco, un misionero recién retornado nos preguntó qué significa que los apóstoles sean “testigos especiales del nombre de Cristo en todo el mundo” (DyC 107:23) y que los Setenta sean “testigos especiales... en todo el mundo” (DyC 107: 25). “¿Eso significa que han visto al Salvador?” preguntó con reverencia. Respondí, “Bueno, podría significar eso. Pero, también me gusta lo que el Presidente Harold B. Lee dijo en una ocasión: “Llegué a saber por un testigo más poderoso que la vista que Jesús es el Cristo””. Luego, hablamos sobre el testigo más poderoso que la vista. A continuación, relataré una historia sobre otro joven misionero que aprendió cómo es ese tipo de testigo.

Primero este pequeño comentario: En un rodeo, cuando un jinete está a punto de montar la espalda temblorosa y tensa de un animal que se encuentra bufando y está listo para atacar y resistirse al instante en que se abre la pequeña reja, un colaborador del rodeo probablemente le gritará al jinete, “¡VAMOS, VAQUERO!” Entonces, el jinete se sentará con fuerza, la puerta se abrirá de golpe, el animal pateará y saltará alrededor de la pista de carrera y el jinete no dejará de ser sacudido.

Cuando visitamos una misión en Nueva Zelanda, el presidente de misión nos habló sobre un Élder de Wyoming, que había tenido muchas dificultades durante sus primeros meses de misión.

Era un joven alto, fuerte y agradable que provenía de una granja. Sin embargo, interactuar todo el día con completos desconocidos, en el extranjero, fue más complicado de lo que imaginó y más difícil de lo que se sentía capaz de hacer. Después de intentar, una y otra vez,

enfrentarse a sus responsabilidades diarias, finalmente le dijo al presidente de misión que no podía hacer la obra misional y que necesitaba regresar a casa.

El presidente de misión le aconsejó durante semanas con amor, comprensión y aliento. Luego, un día, el Élder se presentó en la casa de la misión con su compañero y sus maletas listas. Después de una última entrevista, el presidente llamó al presidente de estaca del misionero, hizo los arreglos para el boleto de avión y, después, llamó a sus padres. Cuando su padre estuvo en la línea, el presidente dijo, "Su hijo necesita hablar con usted".

El presidente se quedó mientras el padre y el hijo hablaban. En resumen, la conversación fue algo así: "Papá, ¡lo siento mucho! Sé lo importante que es mi misión para ti, para toda nuestra familia y para mí. Pero, no puedo hacerlo. Simplemente no puedo". Durante unos momentos, el misionero escuchó entre lágrimas lo que su padre le decía con amor. Pero, luego, los ojos del misionero se llenaron de total sorpresa. Apartó el teléfono de su oído, lo miró unos instantes, y luego lo colgó con una expresión de sorpresa en su rostro.

"¿Qué dijo su padre, Élder?" preguntó el presidente de misión. "Él no le colgó, ¿cierto?"

"No".

"Bien, ¿qué le dijo?"

"Dijo, "¡VAMOS, VAQUERO!""

"¿Vamos vaquero? ¿Qué significa ESO?"

El Élder miró al suelo con un aire pensativo. "Significa que me quedaré".

Poco después de escuchar esta historia, nos reunimos con el misionero, que en ese entonces estaba por terminar su misión. Trabajó muy duro y progresó hasta que se convirtió en un excelente ejemplo de dedicación y habilidad para los demás misioneros como una persona madura con fortaleza espiritual e intelectual.

Le preguntamos si la historia del “vamos, vaquero” era verdadera. Sonrió tímidamente y dijo, “Sí, es verdadera”.

¿Qué es lo que ahora este joven entiende y personifica que no podría haber entendido, todos esos meses anteriores, cuando quería regresar a casa? Al quedarse, servir y esforzarse, poco a poco descubrió su propia versión del testigo más poderoso que la vista. Al igual que los pioneros de los carromatos, llegó a conocer a Dios en sus momentos más difíciles. Aprendió cómo es pasar de la simplicidad inocente a través de la complejidad exigente a la simplicidad del “otro lado”. Pudimos ver en su rostro que fue sosegado y probado.

El testigo más poderoso que la vista se aplica especialmente al papel de la experiencia real y exigente en el desarrollo de un testigo que conoce al Salvador. Una cosa es saber *acerca de Él* o incluso verlo, pero otra muy distinta es *conocerlo*. Además, ese mayor grado de “conocimiento” viene *después* de la complejidad. A menudo, viene *debido a* la complejidad. La historia de vida del Apóstol Pablo ilustra claramente lo que esto significa.

Cuando Pablo ayudaba a perseguir a los primeros cristianos, iba por el camino hacia Damasco cuando “súbitamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hechos 9:3-5).

Pablo vio a Cristo, o al menos vio la luz en la que se encontraba Cristo. Pablo también escuchó Su voz, conversó personalmente, en voz alta, con Él. Pero, ¿Pablo lo “conoció” porque lo vio y lo escuchó de manera tan directa? Al contrario, preguntó, “¿Quién eres, Señor?” Luego, Pablo, “temblando y temeroso”, preguntó, “¿qué quieres que yo haga?” (Hechos 9:6).

Cuando Pablo se puso de pie tambaleándose, se dio cuenta de que había sido afectado por una ceguera que duraría 3 días. Sin embargo, el Señor le dijo cómo encontrar a Ananías, la persona que lo curaría.

Este fue el comienzo del viaje de fe de Pablo, tenía que quedarse ciego para poder ver. No es que uno deba ver para creer, sino que uno debe creer para ver. Asimismo, éste solo fue el inicio del encuentro de Pablo con la complejidad, ya que el Señor ahora le mostraría “cuánto le era necesario padecer por [Su] nombre” (Hechos 9:16).

Luego, Pablo se bautizó y comenzó, voluntaria e incluso fervientemente, las labores misionales a las que se dedicaría durante el resto de su vida. Por lo tanto, el Señor lo cuidó desde el momento en que comenzó a predicar de Cristo y de Cristo crucificado: “Saulo mucho más se fortalecía” (Hechos 9:22). Sin embargo, los siguientes años, Pablo sufriría, una y otra vez, lo que denominó “las aflicciones por el Evangelio” (2 Timoteo 1:8). En muchas oportunidades naufragó, fue encarcelado y perseguido mientras trabajaba para construir las ramas pequeñas y difíciles de la Iglesia en todo el Mediterráneo.

A medida que aumentaban estas formas de complejidad, Pablo finalmente llegó a “gloriarse en las tribulaciones” (Romanos 5: 3). Aprendió de su propio esfuerzo interminable en la causa del Señor que podemos llegar a “ser coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él” (Romanos 8: 17). Pablo sufrió por Él, con Él, llevó a cabo Su obra, se sacrificó por sus compañeros de misión y los primeros Santos, constantemente se afligió por sus aflicciones.

No se irritó por tener una vida de tanto trabajo arduo. Por el contrario, sus pruebas y su empatía por las tribulaciones de sus compañeros Santos ablandaron su corazón con el gran cariño que a menudo los buenos misioneros sienten por los miembros de la Iglesia: “Fuimos afectuosos entre vosotros como la que cría con ternura a sus hijos. Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no solo el Evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas, porque habéis llegado a sernos muy queridos” (1 Tesalonicenses 2:7-8).

Después de años de vivir esta experiencia implacable pero gloriosa, Pablo llegó al Areópago en Atenas, un punto de reunión que se parece a la versión original y antigua de Facebook:

“Porque todos los atenienses y los extranjeros residentes allí, de ninguna otra cosa se ocupaban, sino en decir o en oír algo nuevo” (Hechos 17:21).

Entonces, cuando Pablo habló en este centro antiguo de democracia y filosofía a los amantes del debate por su propio bien, les dijo que acababa de pasar por un monumento que construyeron para celebrar que Dios es misterioso y, ahora, quería compartir con ellos su testimonio personal de Cristo, que obtuvo con mucho esfuerzo, porque ahora “conocía” al Dios desconocido: “Varones atenienses, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. *Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio*” (Hechos 17: 22–23; énfasis añadido).

Luego, Pablo dijo que el verdadero Dios del cielo y de la tierra “hizo el mundo y todas las cosas que en él hay”, y agregó que si los hombres y las mujeres “buscan a Dios... palpando, le hallarán” porque “no está lejos de cada uno de nosotros”. De hecho, como algunos de los poetas griegos dijeron, “linaje suyo somos” (Hechos 17:24, 27–28).

¿Cómo es que Pablo podía “conocer” a Dios tan bien ahora, de una manera en la que simplemente no pudo ni hubiera podido conocerlo cuando vio y escuchó esa visión impresionante años antes cuando iba de camino a Damasco? Pablo respondió esa pregunta cuando dijo, “Jesús, mi Señor, *por amor de quien lo he perdido todo... a fin de conocerle, y... la participación de sus padecimientos*” (Filipenses 3:8, 10; énfasis añadido).

Al igual que los sobrevivientes de los carrmatos, Pablo llegó a conocer a Dios en sus momentos más difíciles, pagó un precio tan alto que a veces pudo haberse sentido más como una carga que como un privilegio. Pablo aprendió a conocerlo íntimamente a través de toda una vida de “participación de sus padecimientos”. Porque “¿cómo conoce un hombre al amo a quien no ha servido... y se halla lejos de los pensamientos y de las intenciones de su corazón?” (Mosíah 5:13).

Pablo conocía a su Maestro por lo que aprendió al darle su corazón y su vida. Ese fue el testigo más poderoso que la vista.

La historia de la vida de José Smith revela un camino similar. El propósito original de José al ir a la arboleda fue su gran deseo de obtener perdón y salvación. La contención que sintió entre las denominaciones religiosas en Palmira, lo angustió principalmente por el efecto que

tuvo en su búsqueda personal, no solo porque a los catorce años se viera envuelto en inmensos problemas con respecto al estado histórico del cristianismo: “La corrupción y la confusión en las iglesias parecían interponerse en el camino hacia su salvación”.<sup>72</sup> Por eso, cuando más tarde escribió sobre su visión, al principio “lo explicó como debió haberlo entendido primero, como una conversión personal... Era el mensaje de perdón y redención que [quiso] escuchar”.<sup>73</sup> Además, “en los años posteriores de su Primera Visión, José... habló poco sobre su desarrollo espiritual. No tenía sentido de misión ni identidad profética emergente”.<sup>74</sup>

Su preocupación por su situación personal con el Señor también fue lo que motivó su oración crucial de 1823, que fue respondida con la aparición de Moroni en su habitación. Sin embargo, el mensaje asombrosamente específico de Moroni tuvo inferencias mucho mayores, “Dios tenía una obra para mí, y que entre todas las naciones se tomaría mi nombre para bien y para mal”.<sup>75</sup> A pesar de que este mensaje “hizo que José dejara” de pensar solo en su conversión personal,<sup>76</sup> no fue hasta que escribió sus relatos posteriores sobre la Primera Visión en 1835 y 1838 que comprendió que su descripción de la visión cambió completamente de su “propia salvación” a “la apertura de una nueva época de la historia [religiosa]”.<sup>77</sup>

Este desarrollo natural de la propia comprensión de José sobre quién era, y quién Dios pensaba que era, ilustra la forma orgánica en la que José necesitaba madurar por experiencia real en su comprensión de lo que ver a Dios verdaderamente significaba.

Al igual que Pablo, José Smith llegó a conocer mejor a Dios en sus momentos difíciles, como lo demuestran muchas experiencias desgarradoras, pero espiritualmente valiosas.

Por ejemplo, unos meses después de la organización de la Iglesia en 1830, José y Oliver Cowdery sufrieron múltiples ataques personales y desafíos legales en la región ubicada entre Harmony, Pensilvania, y Colesville, Nueva York. Mientras huían de una turba, se vieron obligados a correr toda la noche a través de un área llena de árboles y lodo. En cierto punto, “Oliver estaba exhausto y José casi lo cargó a través del lodo y el agua”. Casi al amanecer, un Oliver totalmente agotado dijo, “Hermano José, ¿cuánto tiempo tenemos que sufrir esto?” Sin embargo, “en ese mismo momento Pedro, Santiago y Juan se acercaron a ellos” para restaurar el Sacerdocio de Melquisedec y “los ordenaron al Apostolado”.<sup>78</sup>

En 1832, José se encontraba en Kirtland, sintiéndose tenso e indeciso en cuanto a guiar al pueblo del Señor por el lejano Misuri y Ohio. Después de que lo cubrieron de brea y plumas, huyó de Kirtland a Misuri, solo para ver que algunos de sus seguidores más fieles le increpaban y desafiaban. En su viaje de regreso a Kirtland, su compañero, Newel Whitney, se rompió la pierna en un accidente tratando de escapar. José envió a Sidney Rigdon a Ohio, se quedó a ayudar a Newel a recuperarse y sufrió una intoxicación por alimento que lo mantuvo en penitencia durante un mes. Finalmente, llegó a Kirtland solo para encontrar problemas con Sidney Rigdon, su consejero en la Primera Presidencia. José denominó esto como una temporada de “aflicción y gran tribulación”.<sup>79</sup>

Sin embargo, incluso durante este mismo tiempo de dificultades, José recibió las secciones 76, 84, 88 y 93 de Doctrina y Convenios, cuatro de las revelaciones doctrinales más profundas de la Restauración, todas relacionadas con el tema de la exaltación. Este derramamiento celestial incluyó su visión del reino celestial y los tres grados de gloria, junto con las doctrinas sobre el sacerdocio mayor y menor, y recibir los “poderes de la divinidad” en los templos, cuatro años antes de dedicar el templo de Kirtland.

De alguna manera, en lugar de que la adversidad bloqueara su acceso al reino celestial, “el cambio de amonestación a la visión indica el alivio que José Smith encontró en la contemplación de la eternidad. Cuando la presión de dirigir a Sion se volvió demasiado grande, las visiones le devolvieron la fuerza”.<sup>80</sup>

Seis años después, José se encontraba en la Cárcel de Liberty, separado de los miembros de la Iglesia durante cinco meses y sintiéndose completamente abatido. Sus cartas a los Santos capturan su frustración y súplicas a Dios por las terribles persecuciones en Misuri: “Sí, oh Señor, ¿hasta cuándo [tu pueblo] sufrirá estas injurias y opresiones [...]?... que ya no quede cubierta tu morada oculta por más tiempo... Permite que tu enojo se encienda en contra de nuestros enemigos... Acuérdate de tus santos que sufren” (DyC 121:3–6).

Las siguientes oraciones de la larga carta de José no se incluyen en Doctrina y Convenios, a pesar de que otros extractos de dicha carta conforman el texto de la sección 121 a la 123. El texto completo de la carta nos permite ver un cambio gradual, pero completo en el estado de ánimo de José, después de que su desesperación lo agotara y antes de que continuara el lenguaje revelador de la sección 121. Después de desahogar su comprensible furia en esos primeros versículos de la sección 121, hace una pausa. Luego, en sus cartas describe haber recibido cartas “con un espíritu amable y consolador” de Emma y otros amigos. Las cartas

“fueron para [sus] almas como el aire suave que refresca, pero [su] alegría se combinaba con el dolor debido al sufrimiento de los Santos pobres y heridos en gran medida”.

Nuestros “ojos eran una fuente de lágrimas; sin embargo, aquellos que no han sido encerrados entre las paredes de una prisión sin causa alguna... no pueden tener ni la más mínima idea de cuán [agradable] puede ser la voz de un amigo. Una muestra de amistad... despierta... todo sentimiento de empatía” del pasado y “se apodera del presente con la velocidad de un rayo”. “Se sujeta firmemente del futuro con la ferocidad de un tigre” hasta que “finalmente toda enemistad, malicia y odio... se convierten en víctimas a los pies de la esperanza y cuando el corazón está lo suficientemente contrito, entonces la voz de inspiración se eclipsa y susurra...” 81

Luego, escribe en la carta exactamente lo que el Señor le dijo en ese momento. Ahora, ese texto se registra para nosotros como DyC 121:7: “*Hijo mío, paz a tu alma; tu adversidad y tus aflicciones no serán más que por un breve momento*” (énfasis añadido). El Señor continúa, “Entiende, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien” (DyC 122:7).

En los primeros años de la Restauración, Dios llamó a José “*mi siervo*” (DyC 1:17). Después de que José maduró a lo largo de los años tumultuosos, en ocasiones sublimes, de experiencias como las que acabamos de mencionar, Dios ya no llamó “siervos” a él y a sus asociados sino “*mis amigos*” (DyC 88:62). Probablemente, José sabía lo que el Señor dijo en otra parte: “Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer” (Juan 15:15).

Entonces, José lo conoció un poco más, cuando en su momento más difícil en la Cárcel de Liberty, el Señor lo llamó “*mi hijo*” (DyC 121:7). Poco a poco, José pasó de siervo a amigo y, después, a hijo. Al igual que Pablo, José pagó el precio de conocer al Señor de manera más plena cuando sufrió con Él y por Él, al participar de los sufrimientos de Cristo.

¿Qué aprendió José en el “templo” de la Cárcel de Liberty que no sabía, y no podría haber sabido, ese día de primavera de 1820 en la arboleda? Línea por línea, oposición tras oposición, fue el testigo que se basó en la experiencia, el testigo más poderoso que la vista.

## 12. Ascender para conocer a Dios

El proceso de recibir un testimonio personal del Señor no está reservado solo para los profetas, o solo para las personas mayores. Piensa en el joven Élder que llegó a conocer a Dios de una manera que nunca lo hubiera imaginado, si no hubiera estado dispuesto a dar oído al “¡vamos, vaquero!” y enfrentar sus temores—su versión de la complejidad. Una joven misionera también compartió con nosotros cómo sus desafíos personales la ayudaron a seguir recurriendo a Dios:

“Tengo un testimonio profundo... pero para llegar a él tuve que recorrer un camino muy largo y difícil. He tenido desafíos especialmente con las preguntas y las dudas con respecto a los roles de género [y] los [temas] LGBT. Con frecuencia, siento que estoy más del lado de la complejidad que de la simplicidad. [Sin embargo, el esforzarme para alcanzar] la simplicidad al otro lado de la complejidad, ha sido avasallador para mí. [El] amor del Salvador va más allá de cualquier complejidad, duda, oscuridad o temor”.

“Aunque no entiendo la respuesta a cada una de mis preguntas e inquietudes... Todavía amo a Dios con todo mi corazón y sé que Él es real. Me ha tomado mucho tiempo poder decir estas cosas. Sin embargo, *debido a la gran dificultad de mi travesía para llegar aquí, las creencias que tengo son mucho más valiosas para mí*”.<sup>82</sup>

Su experiencia nos demuestra que cuando estamos rodeados de complejidades y temores, si no elegimos darle al Señor y a Su Iglesia el beneficio de la duda, si no damos oído al “¡vamos vaquero!”, probablemente no avanzaremos lo suficiente en el camino de la fe y el sacrificio como para descubrir la simplicidad de la paz dentro del amor de Dios.

Conocemos a un joven, Zacarías, que, al final de su misión en Asia, nos describió cómo salió de las suposiciones inocentes de su juventud sobre algunas preguntas increíbles y desafiantes para la fe a las que nunca antes se había enfrentado. Las personas a las que tenía que enseñar sabían poco de Dios y menos sabían que eran Sus hijos. Nos permitió entrar a la ansiedad de sus pensamientos mientras enfrentaba este dilema: “¿Cómo podía enseñar con convicción sobre alguien que no entendía? ¿Quién es Dios de todos modos? Quiero decir, ¿Quién es Él *realmente*? Y ¿Qué soy para Él?”

“Sinceramente, nunca me hice estas preguntas básicas. Además, no estaba seguro de poder creer *totalmente* en lo que profetas, como Alma, decían en las Escrituras; podía creer algunas cosas, pero no *todas*”. Con sinceridad, Zacarías continuó, “No me atreví a expresar mis dudas al respecto. ¡Era un misionero!” No quería que nadie supiera lo que realmente estaba pensando y lo que *no estaba* sintiendo. Sin embargo, estaba cansado de llevar mis preguntas a todos lados. Así que decidí reconocer mis dudas, al menos no esconderlas de mí mismo, y sometí mis preguntas a juicio como un debate entre Alma y Korihor”.<sup>83</sup>

Luego, Zacarías describió que se puso en el lugar de Korihor para poner a prueba sus preguntas y dudas sobre Alma, como si dijera: “Convénceme, Alma, de todas las cosas que realmente testifican de Cristo. En verdad, ¿*todas* las cosas?” Alma respondió a este desafío haciendo referencia a las Escrituras, los testimonios de los profetas y la creación de la tierra misma (véase Alma 30:44). Después de buscar seriamente una respuesta, Zacarías, al igual que Korihor, descubrió que no tenía evidencias en contra, no podía refutar. Se quedó estupefacto.

Entonces, el debate imaginario continuó, esta vez, Zacarías tomó el lugar de Alma, que, basándose en las enseñanzas de otros profetas, se volvió hacia Korihor y le preguntó, “Espero la resurrección y la vida eterna con mi familia, ¿Qué es lo que tú esperas?” (Véase Moroni 7:41).

El silencio de la respuesta de Korihor creó para Zacarías lo que denominó “uno de los momentos más poderosos de [su] vida. El Korihor en [su] interior quedó perplejo, lo que permitió que [se] preguntara, “¿Qué es lo que espero?””

Zacarías nos contó cómo la claridad de este proceso y esta pregunta lo ayudaron a reducir la distancia entre él y Dios. Con el tiempo, su recién descubierta cercanía trajo consigo el deseo de hablar más con su Padre Celestial que con sus padres terrenales, a quienes ama mucho. “Ahora, hablo con Dios todo el tiempo, independientemente de dónde me encuentre, y siento que Él está conmigo”. La cercanía de esta relación, no solo le permitió a Zacarías enseñar con convicción en su misión, sino también a vivir con convicción ahora que se encuentra en casa.

Mientras Zacarías narraba su lucha consigo mismo, era como si lo estuviéramos viendo convertir sus preguntas en los peldaños de una escalera, su propia versión de la escalera de Jacob. Era evidente por la fuerza en su voz y la confianza en su semblante que no solo estaba subiendo por esa escalera, sino que sabía la razón: Para conocer al Dios único, verdadero y vivo, y a Su Hijo, Jesucristo, quienes nos han proporcionado la escalera a fin de darnos un camino de regreso a casa.

Cada uno de nosotros tiene acceso a esta escalera. Sin embargo, tenemos que decidir si la subiremos. Las preguntas que encontremos pueden convertirse en los peldaños que nos proporcionen una base sólida o pueden convertirse en los hoyos en los que podemos caer. Depende de cómo lo manejemos.

Zacarías manejó sus preguntas con sinceridad. Pero, sin comprometer sus valores o disminuir sus estándares de comportamiento. Tampoco permitió que sus preguntas se convirtieran en una crisis. Utilizó lo que ya sabía para que lo ayudara a superar lo que aún no sabía. En sus palabras, “eligió la convicción sobre la terrible incertidumbre”.

El Élder que dio oído al “¡vamos, vaquero!”, la hermana que escogió amar a Dios a pesar de sus dudas y Zacarías, cada uno de ellos convirtió sus desafíos en una convicción más profunda. Cada uno utilizó sus complejidades para saber con mayor claridad quiénes son, quién es Dios y cómo es su relación con Él.

## 13. La vida y mi vida

Un análisis general de la historia intelectual del mundo occidental ofrece una perspectiva útil de por qué y cómo la fe no es ciega. Una de las clases de la universidad más interesante que enseñé fue un curso en el que analizábamos nuestras propias vidas en comparación con el contexto de las ideas principales y las corrientes culturales de la historia europea y estadounidense. Ese marco de referencia proporciona una ilustración extraordinaria y a gran escala del proceso de desarrollo espiritual que hemos estado discutiendo aquí: desde la simplicidad temprana hasta la complejidad desconcertante y la simplicidad madura.

Las dos formas sucesivas de simplicidad temprana, la iglesia medieval y después los reyes europeos, dominaron la civilización occidental durante siglos de relativa estabilidad. Luego, en el siglo XX surgieron algunas complejidades devastadoras que aún se apoderan de gran parte del mundo moderno en una red de confusión intelectual, moral y espiritual. ¿Qué simplicidad ilustrada puede venir después de esa complejidad?

Primero, imagine un esquema en una pizarra que muestre un cuadrado pequeño dentro de un cuadrado más grande. El cuadrado más grande representa “la vida” y el cuadrado más pequeño representa “mi vida”. La idea aquí es que, durante siglos, las grandes fuerzas de la historia definieron el cuadrado de afuera; es decir, definieron para las personas lo que significaba “la vida” en general. A menudo, ese significado global de la vida controlaba el propósito de la vida de cada individuo: “mi vida”.

Sabemos que es una gran generalización, pero estamos haciendo un comentario muy global. A lo largo de la Edad Media europea, la iglesia cristiana y, más tarde, los reyes de varios países definieron el propósito de la vida según su parecer. Ejercieron una influencia tan dominante que para la mayoría de personas, la iglesia y los reyes también definieron el pequeño “mi vida” dentro del cuadrado más grande, usualmente según su clase o posición social. Por lo general, la mayoría de personas, aceptó su lugar dentro del todo más grande, porque creían que la explicación de la iglesia—o, más tarde, la explicación del rey—era la voluntad de Dios.

Por ejemplo, piensa en las piezas de un tablero de ajedrez, que representan a los personajes principales en un antiguo señorío: el rey, la reina, el alfil, el caballo, la torre y los peones. Todos tienen sus lugares y solo se les permite moverse hasta cierto punto y en ciertas direcciones, según sus funciones establecidas. Por lo general, esta época tuvo gran “orden”, pero poca “libertad individual”.

La Ilustración de Europa del siglo XVIII, la época de la razón, comenzó a cambiar este patrón debido a que la ciencia y la razón reemplazaron poco a poco a la iglesia y a los reyes como las fuentes que explicaban el significado de “la vida” en el cuadrado grande de afuera. Por lo general, estas explicaciones eran más seculares y competían con la religión por la influencia social y cultural. Con el transcurso del tiempo, la ciencia y la razón llegaron a reemplazar o al menos dominar las explicaciones religiosas para “la vida”. Sin embargo, por lo general, las personas todavía consideraban el cuadrado más grande como un marco de referencia para sus propias vidas. Esta época todavía tenía gran orden. Pero, la libertad personal se aceleró a medida que una serie total de revoluciones científicas y políticas derrocó poco a poco a la rígida autoridad de los reyes y las iglesias.

Luego, llegó el siglo XX, cuando el cuadrado grande de “la vida” comenzó a temblar y, para muchas personas, comenzó a desmoronarse. Una serie de ideas importantes que anticiparon este siglo aparecieron a finales de la década de 1800 en los escritos de personas como Nietzsche, Darwin, Freud y Marx.

Además, los eventos que vinieron después, sacudieron los cimientos de las explicaciones tradicionales: la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial, y el Holocausto, las bombas y el comunismo.

A veces, parecía que estos eventos seguían el ejemplo de los escritores europeos de finales del siglo XIX, lo que condujo a que la sociedad desconfiara cada vez más en un universo ordenado. Asimismo, estos eventos condujeron a una pérdida generalizada de confianza en el significado de “la vida” según lo establecido en el cuadrado más grande. Entonces, esta época, que se convirtió en la edad del relativismo, ofreció un nivel menor de orden, pero un nivel mayor de libertad personal. Finalmente, de alguna manera, estos cambios ofrecieron casi demasiada libertad personal, muchas personas buscaban una guía, pero no podían encontrarla.

A fin de ilustrar lo que sucedió, nuestra clase discutió algunos ejemplos sencillos que mostraron el desglose de las explicaciones tradicionales para “la vida”. A medida que estudiábamos cada ejemplo, mientras avanzaba el debate, borrábamos una pequeña parte del cuadrado más grande hasta que se borró por completo. De ese modo, quedó el cuadrado más pequeño “mi vida” en la pizarra, pero sin un marco de referencia general estable o incluso visible a su alrededor.

Por ejemplo, la obra musical, *“El violinista en el tejado”*, se desarrolló en una aldea judía asentada en Rusia en 1905, poco antes de que la Revolución Rusa destruyera el reinado tradicional de los zares. Cuando comienza la obra, Tevye, el lechero, canta con un tono de seguridad sobre “Tradición”. Dice, “debido a nuestras tradiciones, cada uno de nosotros sabe quién es y lo que Dios espera que haga... sin nuestras tradiciones, nuestras vidas serían tan inestables como... ¡un violinista en el tejado!”

Unos años antes, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche, que fue el primero en declarar que “Dios está muerto”, predijo la verdadera precariedad de los supuestos tradicionales de Tevye.

Sin embargo, cuando pronunció esa frase enigmática, Nietzsche “no solo se refirió a [la muerte del] Dios de la fe judeocristiana, sino a toda la gama de *absolutos* filosóficos, desde Platón hasta su propio tiempo. Debido a que todos los valores occidentales estuvieron vinculados con los máximos “valores” eternos, se estrellaron contra la tierra con “la muerte

de Dios””. De este modo, Nietzsche fue “uno de los primeros filósofos en enfatizar lo *absurdo* de la existencia humana: la incapacidad de nuestra razón para comprender nuestro entorno, aunque hemos nacido para intentarlo”. 84

Después de varias décadas, el psiquiatra austriaco, Viktor Frankl, que resultó afectado por las dos guerras mundiales y el colapso económico de la Gran Depresión, pudo escribir sobre sus años devastadores en un campo de concentración nazi, “Las tradiciones que respaldaron el comportamiento [del hombre] ahora disminuyen rápidamente. Ningún instinto le dice lo que tiene que hacer y ninguna tradición le dice lo que debe hacer”. Pronto, no sabrá “lo que desea hacer”. Cada vez más, se regirá por “lo que los demás desean que haga”. 85

De este modo, el siglo XX marcó el inicio de la era del relativismo, no solo del relativismo moral, sino también del relativismo científico, filosófico y artístico. Por ejemplo, la teoría de la relatividad de Einstein influyó mucho en la ciencia, que para ese entonces desempeñaba un papel importante en la determinación del cuadrado más grande. ¿Qué tan rápido se mueve una mosca cuando zumba dentro de un avión a toda velocidad? La velocidad de la mosca es “relativa” a su marco de referencia: la velocidad del avión. Se puede medir la materia y el movimiento solo al hacer referencia a los puntos o los sistemas dados en el tiempo y el espacio. Además, los marcos de referencia no son fijos, son “relativos” a las circunstancias cambiantes. Entonces, prácticamente todo es relativo.

En nuestra clase, también estudiamos algunos ejemplos visuales y de audio que mostraron cómo partes del arte, la música y la literatura del siglo XX reflejaron el desglose de los marcos de referencia tradicionales para el orden y el significado. Las artes reflejan la sociedad y los tiempos en que se crearon. Además, en este caso, algunas creaciones artísticas (obviamente no todas las creaciones, sino las suficientes como para hablar al respecto) reflejaron claramente una creencia que fracasó en las leyes y los principios naturales y objetivos.

Por ejemplo, en la historia del arte comparamos los paisajes y los retratos naturales “realistas” de las pinturas del siglo XIX con las figuras, los colores y las formas, a menudo poco realistas, del arte moderno de pintores como Picasso. Picasso ya no intentaba capturar la naturaleza o la realidad subjetiva en sus obras. Por el contrario, deseaba introducirse en la mente de algún espectador, donde podía imaginar la percepción subjetiva o íntima de la realidad de esa persona.

De manera similar, estudiamos la historia de la música. Comparamos los sonidos pulcros y armoniosos de Bach, Mozart y Beethoven con la música intencionalmente atonal—es decir, sin armonía—de Stravinsky o Schoenberg. La obra de estos artistas formó parte de “un esfuerzo más general, manifiesto en muchos campos, para reexaminar la estructura del mundo moderno incluso corriendo el riesgo de destruir todos los supuestos de cómo debería verse o entenderse el mundo”. 86

En la literatura, comparamos las novelas realistas de Europa del siglo XIX, como las de Dickens, Tolstoi, y Jane Austen con las obras de escritores existencialistas del siglo XX como Sartre, Camus y Kafka. Algunos dramas existencialistas, especialmente de mediados de la década de 1900, se denominaron “el teatro del absurdo”, ya que representaron la capacidad limitada de la razón humana para comprender, y mucho menos explicar, las circunstancias a su alrededor.

Por ejemplo, en la obra célebre de Samuel Beckett de 1955, *“Esperando a Godot”*, dos hombres entablan lo que generalmente parecería una conversación sin sentido, mientras esperan la llegada de alguien llamado Godot, como se les prometió, pero nunca llega. Debido a que Beckett creía que la vida solo tiene el significado que una persona le otorga, esperar por algo o alguien que nunca llega, para él significaba la justa representación de la mortalidad. En 1990, una encuesta que realizó *British Royal National Theatre* dio como resultado que Godot era la obra de teatro en inglés más importante del siglo XX,<sup>87</sup> en parte por la forma en que Beckett capturó y reflejó nuestra asolada época:

“Detrás de *Godot* se encuentra la presión de nuestra terrible historia. [Presenta] al hombre desnudo, desamparado, esperando... intensamente solo, hablando y hablando para evitar sentir... el silencio infernal, ¿cómo no podríamos pensar en esas prisiones mortales llamadas campos de concentración? Las [800] personas que consideraron *Godot* como la obra más importante de nuestro siglo [se dieron cuenta] de que revela de una manera muy conmovedora las sombras más oscuras de nuestra escalofriante época... de la inexplicable crueldad y la lamentable vulnerabilidad del hombre”. 88

Dichos enfoques literarios indican que el cuadrado grande y objetivo llamado “la vida” se desvaneció en su mayoría y que el cuadrado subjetivo, “mi vida”, solo se trata de lo que personalmente hagamos de él. Esa puede ser una idea confusa e inquietante de contemplar. Pero, no necesariamente carece de significado, especialmente cuando la interpretan escritores del siglo XX como Victor Frankl, que escribió con optimismo deliberado que al ser completamente libres para definir el “propósito” de nuestras vidas, somos responsables (y tenemos la oportunidad) de otorgar a nuestras vidas el significado que deseamos.

Para mediados del siglo XX, el ímpetu de las revoluciones que derrocó las diversas formas de orden establecido (a nivel religioso, moral, político y estético), empujó de muchas maneras el péndulo histórico del orden excesivo en todo el espectro de la libertad personal significativa del pasado al mismo caos. Parte de este ímpetu fue impulsado por los movimientos masivos que buscaban fervientemente más libertad y más propósito personal, en lugar de solo vivir cualquier rol o propósito para “mi vida” que fuera establecido por el marco de referencia de “la vida” de alguien más. Sin embargo, el péndulo de tal ímpetu cultural probablemente ahora se ha movido demasiado, dejando a muchas personas varadas en un lugar de temor y nihilismo sin remedio: “La idea de que los valores y las creencias tradicionales son infundadas y que la existencia no tiene sentido y es inútil”. 98

Los escritores modernos y constructivistas como Frankl intentaron demostrar que el vacío moderno de propósito fue una oportunidad para que cada individuo definiera su vida de una manera significativa. Pero, es difícil, tal vez imposible, inferir un significado cósmico general a partir de preferencias meramente personales.

La decisión de una persona no conducirá necesariamente a los absolutos universales que podrían existir, o existen. Eso se debe en parte a que todo depende de las experiencias de cada persona. Por ejemplo, si alguien tiene un lindo día, ¿eso significa que existe un Creador?

Entonces, en medio del desorden de la actualidad, ¿dónde se encuentra la simplicidad al otro lado de la complejidad? Ahora que el Evangelio de Jesucristo se ha restaurado, nuestra oportunidad de comprender el significado pleno de “la vida” en el cuadrado grande está una vez más en la tierra. Ya no necesitamos que nuestras vidas sean tan inestables como el violinista sobre el tejado. Pero, ¿las personas todavía tienen la responsabilidad de cumplir con su propia búsqueda de propósito dentro del marco “dado” del Evangelio? O, como los peones de la Edad Media, ¿deberíamos esperar que Dios imponga Sus verdades absolutas sin nuestra búsqueda, participación y esfuerzo activos?

A diferencia de la iglesia de la Edad Media, el Evangelio restaurado otorga un enorme valor a los conceptos de libertad personal, libre albedrío y progreso. De hecho, de eso se trató la guerra preterrenal en los cielos. Por lo tanto, las verdades universales del Evangelio nos enseñan cómo participar en la búsqueda personal de libertad y propósito. No se puede cumplir con esa búsqueda sin nuestro esfuerzo activo y sincero: participar, perseverar, buscar y superar todas las formas de oposición, incertidumbre y aflicción.

La Restauración no solo “restauró” los absolutos fijos que impuso el cristianismo tradicional y apóstata. En cambio, restauró la verdadera combinación de orden y libertad que el mismo Cristo nos enseñó, “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Este conocimiento permite la interacción necesaria entre (1) el esfuerzo por comprender y aceptar los absolutos de “la vida” que nos da el Señor y (2) el esfuerzo por ejercer toda la iniciativa y el sentido de responsabilidad por “mi vida” que describió Viktor Frankl.

De hecho, de eso se trata el Evangelio restaurado: ayudarnos a encontrar y desarrollar el significado personal más pleno de nuestras vidas. Precisamente, por eso buscamos la guía y el marco de referencia de los principios universalmente verdaderos del Evangelio. José Smith lo explicó mejor: “Dios, hallándose en medio de espíritus y gloria, porque era más inteligente, consideró propio instituir leyes por medio de las cuales los demás podrían tener el privilegio de avanzar como Él lo había hecho. La relación que entre Dios y nosotros existe nos coloca en una situación tal, que podemos ampliar nuestro conocimiento... a fin de que [podamos] ser exaltados con Él”. 90

Entonces, desde una perspectiva Santo de los Últimos Días, las revoluciones contra la opresión religiosa y política, tal como la Reforma Protestante y la Revolución Estadounidense, fueron pasos esenciales que nos prepararon para la Restauración, ya que las ideas centrales de la libertad individual y el desarrollo individual son absolutamente importantes. Además, la iglesia medieval permitió, en cierta medida, esas ideas.<sup>91</sup> Sin embargo, la iglesia que el mismo Jesús estableció durante Su ministerio terrenal no solo permitió estas ideas, sino que las enseñó y fomentó.

Al recurrir al modelo para lidiar con la incertidumbre, que se describe en el capítulo 2, podemos observar el dogmatismo idealista de la primera etapa en el orden rígido y absoluto de la Edad Media. Asimismo, podemos observar la complejidad de la segunda etapa en las reacciones revolucionarias del siglo XX que nos condujeron al relativismo moral. Sin embargo, en lugar de solo regresar a la primera etapa, ahora necesitamos la tercera etapa, con una combinación orientada al crecimiento personal entre lo real y lo ideal, la libertad y el orden: la misma combinación que la Restauración trajo a un mundo libre y caótico.

¿Dios desea que nos demos cuenta de que nuestras decisiones sobre el propósito de nuestras vidas son importantes? O, si aceptamos Sus propósitos cósmicos más elevados,

¿preferiría que no pensáramos en esa pregunta? Reconsideremos la clara simplicidad de una canción de la Primaria, “Soy un hijo de Dios” y, después, tres artículos de fe.

Mientras descubrimos nuestra propia versión de las complejidades caóticas de la actualidad, estas ideas ahora formarán parte del marco conceptual restaurado para “la vida”: la simplicidad más allá de la complejidad moderna.

La canción de la Primaria en primer lugar nos dice literalmente que somos hijos de un Padre Celestial. Con esta premisa, el primer artículo de fe declara, “Creemos en Dios, el Eterno Padre, y en Su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo”. El segundo artículo de fe habla acerca de nuestro libre albedrío y responsabilidad para “mi vida”: “Creemos que los hombres serán castigados por sus propios pecados, y no por la transgresión de Adán”. Por otro lado, el tercer artículo de fe indica cómo podemos estar en armonía con el cosmos mediante la interacción entre el orden universal y nuestro libre albedrío: “Creemos que por la expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio”. Esta explicación simple y divina del significado de “la vida” nos ayuda a entender el origen y el significado de “mi vida”.

En la actualidad, es muy probable que alguien abandone la Iglesia no solo porque haya descubierto un marco conceptual más verdadero y satisfactorio para “la vida” o porque haya descubierto una mejor iglesia o religión. Por el contrario, algunos pueden irse porque están huyendo “de” algo, quizás preocupaciones específicas sobre la historia de la Iglesia o sus líderes, en lugar de recurrir “a” algo más. De hecho, es probable que aún anhelan instintivamente la comprensión básica de la Restauración del universo, de la vida, en un sentido amplio.

Cuando las personas abandonan el “cuadrado grande” de la Restauración sobre el significado de la vida y no tienen un lugar mejor a donde ir, su pequeño cuadrado “mi vida” se puede quedar sin marco de referencia, sin estrellas fijas, sin orientación completa hacia el cosmos. Es difícil definir la estructura cósmica de alguien solo considerando lo que no es. Tal vez es por eso que su desilusión puede engendrar la soledad cósmica que conduce al agnosticismo o ateísmo. Podemos pensar en la pregunta que el Salvador les hizo a Sus discípulos después de que algunos de sus seguidores lo abandonaron: “¿También vosotros queréis irnos?” y Pedro le respondió: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6: 67–68).

O, tal vez, algunos de los que se van aun anhelan, e incluso practican, algunas enseñanzas o tradiciones de la Iglesia como “mormones culturales”, ya que esas tradiciones todavía les

proporcionan puntos reconfortantes de referencia. Algunos pueden abandonar la Iglesia debido a asuntos personales que luego se resolverán. Al cabo de un tiempo, cambian de opinión y regresan. A veces, para ese entonces, después de haber criado a sus hijos fuera de la Iglesia, descubren que si bien sus hijos coinciden con sus problemas con la Iglesia, no aceptarían las soluciones que encontraron.

Independientemente de cuáles sean nuestros problemas con la Iglesia, la simplicidad de la tercera etapa es una invitación a considerar esas decepciones como parte de la complejidad de la segunda etapa, más que como una fuerza tan grande que reemplace la grandeza cósmica de la Restauración en la tercera etapa. La simplicidad más allá de la complejidad tiene en su centro “las palabras de la vida eterna”. Vale la pena luchar por alcanzar esas palabras de vida para volverlas a descubrir y adoptar. Recuerda, “daría *mi vida*”, dijo Holmes, “por la simplicidad al otro lado de la complejidad”.

## **14. El beneficio de la duda e ir más allá de la complejidad**

La historia personal de Khumbulani Mdletshe de Sudáfrica ilustra cómo, cuando enfrentamos preguntas serias y difíciles, podemos seguir avanzando de la simplicidad inocente a través de la complejidad hasta la simplicidad refinada. Además, en ese proceso, nuestra decisión de confiar en el Señor mediante actos de sacrificios le permite abrir las puertas para nosotros. Así es como le damos el beneficio de la duda.

Khumbulani nació en 1964 “durante la época de segregación racial en Sudáfrica”.<sup>92</sup> A la edad de 16 años, conoció a los misioneros, las primeras personas blancas que conoció. Después de aceptar su mensaje con la seriedad del caso, se unió a la Iglesia y para 1985, ya era misionero en Londres. Un día, un completo desconocido le preguntó al Élder Mdletshe por qué representaba a una Iglesia racista que le negaba el sacerdocio a los hombres negros. Esa fue la primera vez que escuchó sobre ese tema. Escuchó con asombro e incredulidad cuando su compañero le dijo que, según él lo entendía, la Iglesia prohibió el sacerdocio a los

africanos negros hasta 1978 debido a que estaban marcados por la maldición de Caín, el concepto de que “los negros descendían del linaje de Caín, el personaje bíblico que asesinó a su hermano Abel. Los que aceptaban esa idea creían que la “maldición” que Dios puso sobre Caín era la marca de una piel oscura”. 93

Aturdido por ese golpe de complejidad, especialmente después de sus años traumáticos experimentando la segregación racial en su país, no había forma de que en su sano juicio pudiera continuar su misión. Mientras planeaba el anuncio de su partida, se reunió con su presidente de misión, Ed Pinegar, quien le confirmó que a los africanos negros alguna vez se les negó el sacerdocio. Luego, agregó, y “nadie conoce los motivos”. Sin embargo, lo que importa es que “ahora todos los hombres dignos pueden ser ordenados [al sacerdocio]”. Después Khumbulani escribió, “Confíe en mi presidente de misión. Siempre me trató como a su propio hijo. Creí en sus palabras. De alguna manera, el Espíritu me exhortó a aceptar su explicación y quedarme en mi misión”. Ese momento “cambió tanto [su] vida” que “[lo] sostuvo durante más de tres décadas”.

Lo mencionado no quiere decir que su confusión desapareció. De hecho, a menudo, el enojo y el dolor regresaban cuando, años después, escuchaba que otros miembros de la Iglesia aún daban “explicaciones falsas” con respecto a la restricción del sacerdocio. Desde el momento en que su simplicidad chocó por primera vez con su complejidad, Khumbulani fue perspicaz, sincero y realista; incluso también fue lo suficientemente humilde como para confiar en el Señor y la Iglesia. Cuando no podía imaginar por qué nadie le había hablado antes sobre la restricción, pensó que quizás sus líderes de la Iglesia en Sudáfrica decidieron temporalmente no decirle nada que pudiera implicar erróneamente que la Iglesia alguna vez simpatizó con la segregación racial. En retrospectiva, estaba sinceramente agradecido de que sus primeros misioneros no hubieran mencionado el tema ya que, en ese entonces, no estaba preparado para escucharlo y hubiera rechazado su mensaje.

Hacia el final de su misión, la actitud de Khumbulani fue recompensada con una conversación inspirada con Wayne Shute, un profesor de BYU que estaba de visita en Londres. Cuando el presidente de misión le habló sobre los talentos y el potencial del Élder, el hermano Shute hizo los arreglos para que Khumbulani se inscribiera en BYU-Hawaii. El Señor estaba abriendo otra puerta. Obtuvo una licenciatura en BYU-H y, más tarde, una maestría en BYU-Provo. De igual modo, en ambos lugares, soportó la continua frustración de escuchar a algunas personas decir en las clases de la Iglesia que las Escrituras enseñaban que los africanos llevaban una maldición consigo.

Luego, enfrentó otro momento de sacrificio. Desarrolló algunos vínculos personales muy estrechos que lo impulsaron a quedarse en los Estados Unidos. Sin embargo, sintió,

especialmente por su bendición patriarcal, que su familia, el Señor y la Iglesia lo necesitaban en Sudáfrica. Por ese motivo, dejó a sus amigos y sus comodidades en Utah para regresar a casa, a un futuro incierto. Durante su primer domingo en la Iglesia, en Sudáfrica, conoció a una mujer con la que más tarde se casaría. Su confianza lo condujo a otra puerta abierta.

Durante sus primeros años después de regresar a casa, Khumbulani al principio tuvo problemas para encontrar un trabajo que coincidiera con las impresionantes cualificaciones que adquirió en BYU. Más tarde, encontró un trabajo excelente como evaluador de programas de una ONG en Johannesburgo. Este paso lo condujo a nuevas oportunidades para ayudar a influir en la educación africana durante un tiempo significativo de reconstrucción social posterior a la segregación racial. Sin embargo, incluso con tal promesa y estabilidad en su vida, a medida que pasaba el tiempo, la respuesta “no sabemos por qué” de su presidente de misión y algunos otros líderes de la Iglesia no fue suficiente para superar sus preguntas con respecto a la restricción del sacerdocio. Le preocupaba que los orígenes de la política en la historia de la Iglesia fueran tan inciertos. Además, no podía evitar preguntarse cuánto habrían influenciado en los líderes de la Iglesia del siglo XIX las actitudes racistas que surgieron de la época de la esclavitud en la cultura estadounidense, a pesar de que había aprendido lo suficiente sobre la historia de los Estados Unidos y la Iglesia como para darse cuenta de que la Iglesia no apoyó la esclavitud, el racismo y la injusticia como lo entendieron y practicaron muchos otros cristianos estadounidenses.

Mientras Khumbulani todavía intentaba resolver tales preguntas, se comunicaron con él para que dejara su empleo y trabajara en el Sistema Educativo de la Iglesia en Sudáfrica. Al principio, se resistió a la idea, hasta que su esposa le dijo que debían buscar sinceramente la dirección del Señor.

Después, una visita al templo con espíritu de oración les recordó que “les dieron sus talentos y habilidades para ayudarlos a edificar el reino de Dios”. Entonces, “sin dudarlo, [aceptaron] la oferta de trabajar para la Iglesia”, que con el tiempo “resultó ser la mejor decisión que [tomaron]”. Una vez más, le dio al Señor el beneficio de la duda, no solo como un ejercicio mental, sino al elegir sacrificar su prometedora carrera secular y dirigirse confiadamente a otro futuro incierto. Más tarde, se dio cuenta de que de este modo se abrió una puerta aún más prometedora.

A medida que pasaba el tiempo, otros miembros de la Iglesia constantemente le hacían a Khumbulani muchas de las mismas preguntas que aún tenía sobre la restricción del sacerdocio y el por qué se necesitaba una revelación para eliminarla. Sus respuestas

ilustraron cómo, cuando elegimos darle al Señor el beneficio de la duda, nuestros deseos justos nos ayudarán a encontrar, entender y enseñar un patrón *creíble* que apoye alguna instrucción divina—sabiendo que casi nunca “demostraremos” definitivamente que el patrón tiene una fuente divina. Eso fue exactamente lo que su presidente de misión hizo por él: “En mi hora de necesidad [él] pudo darme un *motivo para creer* cuando aparentemente no había respuestas claras”.

Hablando de la revelación de 1978, por ejemplo, Khumbulani le dijo a sus hijos y a sus alumnos del instituto de la Iglesia que “se necesitaba una revelación para instruir a los miembros de la Iglesia... y para ayudar a los líderes de la Iglesia que necesitaran una herramienta doctrinal para enseñar a aquellos que cuestionaran... el cambio de política”. Además, “se necesitaba la revelación a medida que la Iglesia maduraba para que pudiera llegar a las personas de todo el mundo”. Por eso, Khumbulani “aprendió a seguir adelante a pesar de sus desafíos con la historia de restricciones a las personas de raza negra en la Iglesia”.

Luego, una vez más, su fe fue recompensada. Como un Setenta de Área recién llamado de África, asistió a una reunión organizada para todos los Setenta y otros líderes de la Iglesia antes de la Conferencia General en Utah.

Después de que el Presidente Thomas S. Monson se dirigiera al grupo y procediera a salir del salón, se detuvo y, luego, se acercó espontáneamente a los tres Setentas de Área africanos, que se habían sentado juntos. Les dijo en voz baja, “Hermanos, me gustaría decirles que trabajé conjuntamente con el hombre que otorgó el sacerdocio a todos los hombres”. Ese momento inspirado con el profeta del Señor comunicó algo más allá de sus palabras. Khumbulani dijo que un espíritu de paz les permitió a los dos hermanos y a él llegar a ser “testigos aún más fuertes de la publicación de la Declaración Oficial 2. Toda preocupación o duda que cualquiera de [ellos] pudo haber tenido en cuanto a la raza y el sacerdocio ya no eran relevantes. Ahora se habían resuelto”.

La historia de Khumbulani Mdletshe refleja tanto el proceso como los frutos de ejercer una fe que no es ciega: elegir confiar en el Señor en medio de las complejidades reales, demostrar confianza mediante los actos de sacrificio verdadero y verlo abrir puertas verdaderas que no pudo abrir, incluso para nuestro beneficio, si no le ofrecimos nuestra confianza. La actitud de Khumbulani es similar a la de Richard Bushman. Incluso, con las habilidades casi incomparables de Richard para la investigación y el análisis de ciertos temas

en la historia de la Iglesia, encontró una gran cantidad de acertijos sin respuesta. Cuando eso sucede, dijo, “Solo me pregunto, “¿qué me puede enseñar esto acerca de Dios?””

La historia de Khumbulani ilustra la descripción reciente del escritor estadounidense Peter Wehner de por qué la fe puede ser mejor que la duda y mejor que exigir pruebas antes de actuar:

“La fe se valora mucho en la tradición cristiana [porque] implica una confianza que no sería necesaria si la existencia de Dios estuviera sujeta a alguna prueba matemática. Dios no busca nuestra aprobación intelectual, sino una relación con nosotros... la fe es más una bendición que una prueba porque nos proporciona una relación con Jesús. Todas las buenas relaciones son unidas por el amor. El amor es siempre una expresión de fe... Cambiamos por lo que amamos más que [por] lo que pensamos”. 94

La confianza de Khumbulani en su presidente de misión fortaleció sus instintos de fe lo suficiente como para darle a la Iglesia el beneficio de la duda y, por ese motivo, hizo el sacrificio de quedarse. Cuando la respuesta “no sabemos por qué” se volvió menos satisfactoria y Khumbulani se sintió tentado a permanecer en los Estados Unidos, su estrecha relación con el Señor se convirtió en una prioridad y regresó a Sudáfrica. Cuando tenía dudas sobre su empleo, sus convenios en el templo, nuevamente lo impulsaron a ir más allá del borde de la luz. Poco a poco la tensión de sus complejidades disminuía mientras sentía la tranquila confianza de la refinada simplicidad del “otro lado”. En gran parte su cambio se debió a que se sintió fortalecido por el amor que tenía por el Señor y el amor que el Señor tenía por él, que a sus pensamientos.

## **15. El espíritu del ejército**

Dios siempre ha estado en contacto con Sus hijos a lo largo de las pruebas de las complejidades morales. Durante esas pruebas, siempre será nuestra decisión si creemos en Él o no.

Cuando el Presidente Wilford Woodruff anunció el Manifiesto en 1890, dijo: “El Señor jamás permitirá que os desvíe yo ni ningún otro hombre que sirva como Presidente de esta Iglesia” (Declaración Oficial 1). Por otro lado, el Presidente Russell M. Nelson también nos ha pedido: “Den a sus líderes un poco de libertad para cometer errores” ya que como el Presidente Dallin H. Oaks declaró, “No creemos en la infabilidad de nuestros líderes”<sup>95</sup>.

Independientemente de qué otro significado tenga la frase “jamás permitirá que os desvíe”, eso no denota que el profeta del Señor siempre nos dirá exactamente qué hacer. A veces, nos pide que busquemos nuestra propia dirección, lo que en parte nos ayuda a aprender cómo desarrollar confianza en Dios. Por ejemplo, en 1890, al hablar con respecto a si la Iglesia debía seguir o abandonar el matrimonio plural cuando el gobierno estaba a punto de confiscar los templos, el Presidente Woodruff declaró: “El Señor me ha dicho que haga una pregunta a los Santos de los Últimos Días”; a saber, “¿Cuál es el rumbo más prudente?” ¿Renunciar a los templos o renunciar al matrimonio plural? Y si escucharan y encontraran sus propias respuestas, “por medio del Espíritu y el poder de Dios, todos responderían de la misma manera”. Luego, sin edicto alguno, concluyó, “Dejo esto con vosotros para que lo meditéis y lo consideréis” (Declaración Oficial 1).

En un momento de inspirada reflexión, el Presidente Woodruff hizo un llamado al poder sagrado de la relación personal que cada miembro de la Iglesia tiene con Dios, para encontrar por sí mismos la respuesta que el profeta ya sabía. Esa reflexión puede ayudarnos a aprender cómo podemos darle al Señor y a Su Iglesia, en nuestro sano juicio, el beneficio de la duda a medida que lidiamos con nuestras complejidades.

Inspirémonos en la historia de Khumbulani Mdletshe y apliquemos esa idea al tema de la raza y el sacerdocio. No es irrelevante concluir, al igual que algunos miembros de la Iglesia hoy en día, que todas las Primeras Presidencias desde Brigham Young hasta Harold B. Lee, simplemente se equivocaron al continuar con la restricción del sacerdocio y el templo durante más de un siglo, no solo porque algunas de sus teorías para explicar la restricción fueran incorrectas (como la Iglesia lo ha reconocido),<sup>96</sup> sino porque la restricción en sí fue un error.

Existe una diferencia entre la restricción y sus posibles razones. Tal como dijo el Presidente Oaks, “Hace mucho tiempo decidí que tenía fe en los mandamientos y que no tenía fe en las razones que se sugirieron para los mismos”.<sup>97</sup> Igualmente, agregó, “Por lo general, el Señor raras veces explica el motivo de los mandamientos y las instrucciones que les da a Sus siervos”.<sup>98</sup>

Este tema es importante, porque concluir que la restricción del sacerdocio en sí fue un error hace que sea más probable que demos al Señor y a Sus profetas el beneficio de la duda con respecto a otras preguntas importantes.

En los datos de encuestas recientes encontramos que “casi dos tercios de las personas que se identifican a sí mismas como Santos de los Últimos Días dicen que saben o creen” que esta restricción fue la voluntad de Dios para la Iglesia hasta 1978.<sup>99</sup> Aun así, escuchamos dos narrativas opuestas entre los miembros activos de la Iglesia. Primero, algunos dicen que la perspectiva de nuestros líderes de la Iglesia del siglo XIX con respecto a los africanos negros reflejaron las actitudes racistas de la mayor parte de la cultura estadounidense de la época. Sin embargo, también dicen que el contexto histórico no debe ser relevante para las verdades eternas.

Al considerar la mayor igualdad que existe en la actualidad, es evidente que la restricción del sacerdocio y el templo simplemente fue un error. Nuestros líderes debieron haber estado más en sintonía con Dios y haber sido más valientes. Además, algunos hombres negros recibieron el sacerdocio en el tiempo de José Smith.

Segundo, otros dicen que la restricción en sí no fue un error. No deberíamos interpretar la historia racial del siglo XIX a través de la lente de las suposiciones del siglo XXI con respecto a lo que nuestros líderes de la Iglesia pudieron y debieron haber entendido y hecho hace mucho tiempo en nombre de la justicia y la igualdad. Dicen que el Señor tuvo Sus propias razones para la restricción. En la antigüedad, el acceso al Evangelio estuvo limitado hasta la revelación a Pedro sobre Cornelio. Además, la revelación de 1978 formó parte de Su plan en la gran secuencia histórica de llevar el mensaje del Evangelio a “cada pueblo”. Solo Él podía juzgar cuándo esas personas, la Iglesia y la sociedad estaban listas para este paso culminante.

En una ocasión, en la búsqueda de cierta relación entre estos puntos de vista, hicimos el esfuerzo de analizar la evidencia histórica plausible, que soportaba cada punto de vista. La evidencia es importante, porque si bien el argumento racional y la evidencia por sí mismos no originan la creencia, dicha evidencia “mantiene un clima en el que la creencia puede florecer”.<sup>100</sup> La evidencia histórica por sí sola no siempre puede probar o refutar las afirmaciones de las Escrituras y de los profetas. Pero, sí ayuda a aquellos que desean dar el beneficio de la duda a los profetas del Señor a saber que al menos existe una base racional que respalda su decisión. Llámalo “fe informada”.

Sin embargo, después hicimos una pausa, ya que sentimos que donde colocamos el beneficio de la duda para resolver dichas complejidades, finalmente resultó en más preguntas que lo creíble que es la evidencia. Especialmente, con los temas delicados y complejos, es fácil empaparse con los detalles y las diferencias de opinión sobre “la evidencia” que desvía la

atención del proceso final y muy personal de decidir cómo, dónde y a quién debemos dar el beneficio de la duda en casos similares.

Como dijo un amigo, “No todas las dudas se deben resolver intelectualmente. La fe ciega es simple, fácil y, en última instancia, peligrosa. Pero, el beneficio de la duda es algo que se gana con el pensamiento y la experiencia, y que luego se da con amor y caridad a los demás, no solo porque tengas que hacerlo”, o porque sea evidencia plausible, “sino porque amas y confías” en los Hermanos—así como Dios extiende “Su brazo de misericordia hacia aquellos que ponen su confianza en Él” (Mosíah 29:20), “dando de este modo a cada uno de nosotros el beneficio de lo que seguramente debe ser una duda bien fundada” sobre nuestro valor final.<sup>101</sup>

Asimismo, en cuanto a cómo resolver preguntas sin respuesta después de haber reunido toda la evidencia disponible, recuerda la promesa de Moroni con respecto a cómo saber si el Libro de Mormón es verdadero. Antes de aplicar la conocida prueba que se registra en Moroni 10: 4–5, o antes de decidir dónde colocar el beneficio de la duda, el primer paso de Moroni es “He aquí, quisiera exhortaros a que, cuando leáis estas cosas... recordéis cuán misericordioso ha sido el Señor con los hijos de los hombres, desde la creación de Adán hasta [ahora]... y que lo meditéis en vuestros corazones” (Moroni 10:3).

¿Por qué comenzar nuestra búsqueda recordando y reflexionando? Porque la gratitud vuelve nuestros corazones a Dios y porque Él “tiene un registro infinito de habernos señalado amorosamente la dirección correcta”. Entonces, nuestra *actitud* básica ve más allá de la cultura actual y la evidencia histórica hasta “la vista privilegiada y más elevada de un Dios amoroso que siempre ha obrado pacientemente a través de personas imperfectas para cumplir una misión perfecta”.<sup>102</sup>

Esa actitud de confiar en Dios no debe ser complicada. Un amigo lo experimentó de la siguiente manera. Cuando era niño, se preguntaba qué podía significar “vida eterna”, “la posibilidad de vivir para siempre me parecía muy aburrida. A penas podía quedarme sentado durante las tres horas de Iglesia. [Así que] elevé mi preocupación a Dios con toda la sinceridad de un niño y obtuve una respuesta poderosa: “Confía en mí. Todo estará bien””. Desde entonces, ha deseado la vida eterna, no porque la entienda completamente, sino porque “Dios le habló y confió en Él”.<sup>103</sup>

La existencia de una explicación plausible para todo tema complejo con el que estemos lidiando puede calmar e informar nuestra fe. Sin embargo, nuestra decisión de creer no siempre puede—y, por lo tanto, no debe—contar como un fundamento completamente racional. Elegir calmar el caos de nuestras dudas al extender al Señor y a Su Iglesia el

beneficio de la duda preserva nuestra capacidad de hacer los sacrificios, grandes y pequeños, que requiere nuestra consagración: desde aceptar llamamientos de misión y pagar diezmos hasta aceptar otros llamamientos de la Iglesia, ayunar y vestir gárments con respeto.

A continuación, tomamos algunas pautas de lo que dijo el Presidente Spencer W. Kimball sobre Pedro, que negó a Cristo tres veces.<sup>104</sup> Tal vez, la interpretación estándar sea correcta: Pedro negó haber conocido a Cristo porque era humano, débil y tenía miedo. Por otro lado, dijo el Presidente Kimball, que es posible que la declaración del Salvador no fuera una predicción, sino una súplica para que Pedro negara haberlo conocido con la finalidad de asegurar el futuro liderazgo de Pedro para la Iglesia. ¿Qué interpretación es la correcta? Al igual que Wilford Woodruff, Spencer Kimball permitió que lo decidiéramos.

Así sucede con la restricción del sacerdocio, o con toda posición oficial de la Iglesia. Tal vez los Hermanos cometieron un error. Pero, quizás no. ¿Fue un error de Pedro haber restringido el Evangelio al mundo de los gentiles hasta la revelación descrita en Hechos 10–11? ¿El Señor le explicó a Pedro las razones de dicha revelación? ¿El Señor le daría instrucciones a Su profeta sin también explicarle las razones de dicha instrucción? Él podría hacerlo, en parte porque aún no podemos entender Sus razones. Piensa en el Señor cuando le pidió a Mormón que incluyera las planchas menores de Nefi; cuando le pidió a Adán y Eva que ofrecieran sacrificios; y la anunciación a María. En cada caso, al principio Él no les dio explicaciones para lo que les pidió que hicieran.

No podemos “probar” dichas preguntas lo suficiente como para responderlas con certeza. Por eso, el Señor desea que elijamos dónde depositar nuestra confianza a través de un proceso exigente, minucioso y personal que nos conecta con Él. Él desea que consideremos todo lo que nos enseñan nuestras experiencias con respecto a si confiar en Él.

Los capítulos anteriores analizaron por qué el Señor nos pone a menudo en dichos lugares, donde las circunstancias no nos obligan a creer, incluso cuando Él nos invita a “ser creyentes”. Porque “a todos los que le *recibieron*, a los que [por decisión propia] creen en su nombre, les dio potestad de llegar a ser hijos de Dios” (Juan 1:5; 11–12; énfasis añadido). ¿Por qué? Porque algo les sucede a las personas que deciden recibirlo. Aprenden. Seguir Su voluntad los cambia. Nuestras decisiones voluntarias ponen en marcha el proceso de llegar a ser como Él.

El Señor ve un panorama infinitamente más amplio que nosotros. Si queremos la bendición de esa perspectiva infinita, debemos darle a Él y a Su profeta el beneficio de la duda, que en última instancia es una cuestión de confianza. Si solo extendemos nuestra confianza, Él podrá ayudarnos a aprender lo que desea que aprendamos. Valoramos más lo que *descubrimos* que lo que nos *cuentan*.

Prestar demasiada atención a la “evidencia” puede causar que basemos completamente nuestra confianza en la razón, o en la esperanza de ciertas bendiciones. Eso no es confianza, sino una negociación. A menos que le demos nuestra “confianza independiente” (una confianza que no depende de un resultado en particular), Él no nos puede conducir a donde sabe que necesitamos ir: un destino que a menudo no conocemos.

Por otro lado, ¿cómo es la “confianza independiente”? Hemos mencionado al misionero retornado que dijo que dejó la Iglesia porque “la Iglesia no cubrió sus expectativas”. Sus expectativas, su visión personal de lo que era mejor para él, definieron lo que permitiría que el Señor hiciera por él. Su confianza era dependiente.

Entonces, ¿cómo es la confianza *independiente*? Considere algunos ejemplos. Nathan Leonhardt, un estudiante de BYU, nos dijo cómo superó las tres etapas de lidiar con la duda.

Dijo que aprendió sobre “la paradoja de que la Expiación de Cristo tiene el poder de cerrar el vacío entre lo real y lo ideal, aunque con frecuencia no es así”. Ha tenido su porción de expectativas frustradas, aprendió cómo es “depositar toda la fe en un deseo justo, pedir ayuda y aun ver que el vacío no se cierra”. Él no tendría “la fuerza de aceptar esta paradoja con [sus] ojos previamente cerrados y visión empática del mundo. Al aceptar esta paradoja, [se] consuela en los ejemplos de los discípulos fieles, que [le] han enseñado a tener fe en Cristo, independientemente del resultado”.

Nathan continuó: “Por cada Sadrac, Mesac y Abed-nego que se salva del fuego ardiente (Daniel 3), un Abinadí puede arder en el fuego (Mosíah 17). Por cada Alma hijo desobediente que es traído a la luz gracias a las súplicas y la fe de un padre (Mosíah 27), un Lamán y Lemuel siguen desviando su camino (1 Nefi). Por cada 2,000 jóvenes guerreros que terminan la batalla con nada más que heridas (Alma 56: 56), 1,005 son asesinados por la espada (Alma 24:22). Por cada Ammón que lleva a miles de almas al arrepentimiento (Alma 26:22), un Mormón y un Moroni trabajan todos los días de su vida y nunca ven los frutos de su obra (Moroni 9:6). Por cada ciego que ve, por cada sordo que escucha y cada cojo que camina (Mateo 11:5), la experiencia del inmenso sufrimiento aguarda en el Getsemaní (Mateo 26).

“Sin embargo...

“Por cada Abinadí que arde en el fuego, a veces un Alma toma en serio la doctrina y comienza una vida de servicio a Dios (Mosíah 17). Por cada 1,005 personas que son asesinadas, a veces vemos “que el Señor obra de muchas maneras para la salvación de su pueblo” a medida que más almas son llevadas al arrepentimiento que el número que perece (Alma 24:27). Por cada “hágase tu voluntad” en sumisión a la agonía en el Getsemaní (Mateo 26:39), hay una oración muy hermosa que se registra, se da una bendición a cada niño, descienden ángeles de los cielos abiertos y caen lágrimas por el rostro de alguien que finalmente puede declarar que su gozo es completo (3 Nefi 17)”.<sup>105</sup>

Cuando nuestra fe se basa en la confianza y no en ciertas bendiciones que esperamos, podemos superar cualquier prueba.<sup>106</sup> No sabemos cuándo, cómo o si Él cumplirá con lo que nos ha prometido en corto tiempo, pero cuando confiamos en Él humildemente, siempre cumplirá con lo que nos ha prometido a largo plazo.

Job personifica la confianza independiente. Satanás se burla de Dios diciendo que la confianza de Job es dependiente: “Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y [quítale] todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu mismo rostro” (Job 1: 10–11). En otras palabras, parece que Job es fiel, pero vive de esa manera solo porque le hace prosperar. Entonces, Dios permite que Satanás se salga con la suya con Job. Una serie de traumas azota a Job, su familia, sus siervos y su propiedad. Sin embargo, Job se postró en tierra y adoró, diciendo, “Jehová dio y Jehová quitó: ¡Bendito sea el nombre de Jehová!” (Job 1: 20–21). Satanás malinterpretó a Job. Pero, el Señor conocía su corazón, su confianza independiente: “Aunque él me matare, en él confiaré” (Job 13:15).

En nuestro día, aquí es a dónde lleva la confianza independiente de Richard Bushman y a donde la nuestra puede llevarnos:

“Conozco los argumentos en contra de los datos históricos del [Libro de Mormón], pero no puedo evitar sentir que las palabras son verdaderas y que los eventos sucedieron. Creo en él a pesar de las muchas preguntas... Sin respuesta como son algunas preguntas, no debemos

lamentar las preguntas que surgen. La tensión de creer en tiempos de incredulidad no es una desventaja o una carga. Es un estímulo y un impulso...y...estamos juntos en esto".107

Ya que estamos juntos en esto, ¿qué sucede cuando permitimos que lo particular se convierta en lo general, e imaginamos a una gran cantidad de personas cuya fe es independiente; es decir, que fundamentan su fe en la confianza y no negocian para recibir bendiciones?

Esa imagen nos diría a qué podría haberse referido Wilford Woodruff cuando, en lugar de dar a los Santos "la respuesta" sobre lo correcto e incorrecto del Manifiesto, les pidió gentilmente que encontrarán sus propias respuestas "por medio del Espíritu y el poder de Dios". Y si así lo hicieran, dijo, "todos responderían de la misma manera... y creerían de la misma manera". ¿Cómo sabía que lo harían?

Porque ese es "el espíritu del ejército".

En una sección inolvidable de *La Guerra y la Paz*, Leo Tolstoi relata los avances invulnerables de Napoleón en el territorio ruso. Luego, se desata una furiosa batalla cerca de Moscú, la Batalla de Borodinó, cuando el ejército ruso resiste al ejército francés en lo que, en el mejor de los casos, parece un empate sangriento. Lo que sucede después es el punto culminante de la gran guerra de 1812, cambiando el desarrollo a favor de los rusos.

En el momento en que el comandante ruso, Kutuzov, está decidiendo si lanzar un nuevo ataque inmediatamente después de Borodinó, Tolstoi escribe que cuando el viejo general escuchó los informes desde el campo, parecía "no estar interesado en las palabras que se pronunciaban, sino en algo más: en la expresión del rostro y el tono de voz de aquellos que informaban". Debido a su gran experiencia, Kutuzov sabía que las batallas no se decidían tanto por los detalles logísticos de las posiciones y los cañones, "sino por esa fuerza intangible llamada el espíritu del ejército".

Ambos ejércitos perdieron miles de hombres en Borodinó, los asesores de Kutuzov lo presionaron para que se retirara, como siempre lo habían hecho contra Napoleón. Sin embargo, Kutuzov sintió que sus hombres sabían que sus espaldas estaban contra el muro

simbólico de Moscú y que se habían reunido de alguna manera profunda y espiritual. Así que sorprendió a sus estrategas al ordenar un ataque al día siguiente: “[Los franceses] son rechazados en todas partes, ¡por lo que agradezco a Dios y a nuestro valiente ejército!... y mañana lo sacaremos del suelo sagrado de Rusia”. Y Kutuzov comenzó a sollozar,

Luego, escribe Tolstoi, “por medio de ese vínculo misterioso e indefinible... conocido como “el espíritu del ejército””, el orden de batalla de Kutuzov se extendió “de un extremo al otro del ejército”.

Además, aunque los detalles fueron algo confusos, “el *sentido* de sus palabras se extendió por todas partes”, porque su mensaje “*no fue el resultado de cálculos ingeniosos, sino de un sentimiento que yacía en [su] alma como [en el alma] de todos los demás rusos*”. Y sus hombres exhaustos “se sintieron consolados e inspirados”.<sup>108</sup>

La teoría de la historia de Tolstoi decía que “debemos dejar de lado a los reyes, los ministros y los generales, y estudiar los... pequeños elementos por los que se mueven las masas”.<sup>109</sup> Creía que no se trataba de una estrategia superior o un liderazgo carismático, sino de “la simplicidad, la bondad y la verdad” omnipresente del pueblo ruso y su ejército, incluso en medio de sus debilidades, lo que “derrotó a un poder que no respetaba la simplicidad y que actuaba más allá del mal y la falsedad”.<sup>110</sup>

Hace algunos años, un reflexivo profesor de derecho de familia que no era Santo de los Últimos Días y vino de Japón, visitó el campus de BYU durante una semana. Se hospedó en la habitación de invitados de un apartamento universitario. Todos los días comía, conversaba y observaba a los alumnos y los profesores de BYU. Cuando ya se iba a casa, me dijo, “Nunca vi un lugar así. Este campus es una isla de esperanza en la tierra del Apocalipsis. Debo conocer el misterio detrás de todos los ojos brillantes”. Respondí que el misterio detrás de los ojos brillantes de los alumnos es “el espíritu del ejército” de los Santos, un espíritu de “simplicidad, bondad y verdad” que anima a la comunidad de BYU y a cada barrio y rama de la Iglesia.

Aquellos que critican a los Santos de los Últimos Días por seguir ciegamente a sus líderes, no entienden realmente el origen y el significado de este espíritu. Parece que son incapaces de entender que esos ojos brillantes no son “el resultado de cálculos ingeniosos”, sino que son

los frutos de las convicciones sumamente personales que se desarrollan a través de miles de historias y desafíos personales.

El Presidente Wilford Woodruff y el Presidente Russell M. Nelson saben todo sobre esos desafíos e historias personales. Las han visto en sus vidas y en las nuestras. Tal vez, el Presidente Gordon B. Hinckley pensó en esas historias cuando alguien le preguntó, “si no usa la cruz, ¿cuál es el símbolo de su religión?” Respondió, “las vidas de las personas”.

Las vidas de los miembros de nuestra Iglesia son “la expresión más significativa de nuestra fe y, por lo tanto, el símbolo de nuestra adoración. Es así de simple, mis hermanos y mis hermanas, es así de profundo y es mejor que nunca lo olvidemos”.<sup>111</sup>

Entonces, para nosotros, ¿qué es el espíritu del ejército? Junto con los grandes testigos bíblicos y proféticos de Cristo, el Presidente Hinckley agregó, “el testimonio de millones de personas que, por el poder del Espíritu Santo,... dan testimonio solemne de Su realidad viviente. Ese testimonio ha sido su consuelo y fortaleza”.<sup>112</sup> A menudo, oramos por el profeta y sus hermanos. Considera lo que significa que también oran a menudo por nosotros. Todos formamos parte del mismo ejército, cada uno de nosotros tiene un testimonio que se buscó personalmente y se recibió celestialmente dentro de nuestras almas.

En la actualidad, cuando nuestras espaldas se encuentren contra la pared de una sociedad degradada y secular, cuyo ácido carcome las raíces de la fe de nuestros hijos, o las nuestras, ¿simplemente recurrimos a nuestro profeta-líder para solucionarlo, o también recurrimos a nuestras propias almas? Cuando hablamos de dar al Señor y a Su Iglesia el beneficio de la duda, ¿qué o quién es “Su Iglesia”? Le damos nuestra confianza no solo al Señor y a Su profeta. También se la damos al Evangelio y su poder: la confianza de todos los Santos de los Últimos Días de que el Señor cumple Sus promesas. En todas las paradojas y dudas, reflejan esa confianza desde un punto de vista deslumbrante de un millón de descubrimientos personales.

Además, como dijo una madre de adolescentes, la mayor razón para dar a la Iglesia el beneficio de la duda es porque tiene el poder del sacerdocio del Señor. Entonces, así como extendemos confianza, el poder del sacerdocio puede permanecer con nosotros. “Persevera en tu camino, y el sacerdocio quedará contigo” (DyC 122:9).

Muchos en la comunidad de Santos de hoy en día sienten gran empatía y amor por sus familias y amigos que tienen sentimientos religiosos inestables. Los fieles de esta comunidad no solo son activos en la Iglesia, son discípulos consagrados de Cristo. Luchan con sus dudas para resolver sus preguntas a favor del Señor y Su Iglesia. Muchos de ellos viven en la simplicidad más allá de la complejidad y llegan a “levantar las manos caídas y fortalecer las rodillas debilitadas” (DyC 81:5).

Esto nos fortalecerá si podemos confiar en los testimonios personales conseguidos con esfuerzo de miles y miles de personas que leyeron, meditaron y oraron por el Libro de Mormón año tras año; quienes sirvieron misiones de fe y sacrificio en todo el mundo; quienes sintieron personalmente la influencia del Señor, Su cercanía a ellos; quienes han visto las promesas de la redención de Cristo dar frutos dulces en sus vidas y en las vidas de quienes están más cerca de ellos; quienes a menudo le contaron la historia de José Smith a sus hijos, amigos y extraños, y sintieron el espíritu de su verdad simple y pura. Estamos “rodeados de una gran nube de testigos” (Hebreos 12: 1).

¿Quiénes forman parte de este ejército? Aquellos que poseen una confianza independiente, que han progresado más allá de la complejidad hasta la tranquila confianza de la simplicidad informada; aquellos que confían en el liderazgo profético no como el resultado de cálculos ingeniosos, sino porque descubrieron las mismas convicciones y sentimientos en sus propias almas. Aquellos que encontraron sus propias respuestas, incluso si no son todas las respuestas que buscan. Aquellos que saben que no pierden la confianza. Aquellos que no forman parte de los que retroceden (véase Hebreos 10:35–39).

¿Quiénes forman parte de este ejército? “Mas he aquí, los justos, los santos del Santo de Israel, aquellos que... han soportado las cruces del mundo y menospreciado la vergüenza de ello, estos heredarán el reino de Dios... y su gozo será completo para siempre” (2 Nefi 9:18).

“Estos son los que han salido de la gran tribulación [y complejidad]; y han lavado sus ropas y las han blanqueado en la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14).

“Al que *venciere*, yo le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido” (Apocalipsis 3:21).

La verdadera fe no es ciega, ni sorda, ni muda. Por el contrario, la verdadera fe *ve y vence* a su adversario.

## **Epílogo**

Cuando nuestra vida se fundamenta en nuestra relación con Dios, el caos y la confusión que forman el fuego cruzado de la complejidad dan paso a un silencio que el mismo Creador

inventa para nosotros. La promesa de dicha paz nos da a cada uno de nosotros la esperanza para seguir subiendo nuestra propia escalera de Jacob. Este ascenso está compuesto de todas las decisiones diarias que debemos tomar, todos los sacrificios que se requieren para nuestra santificación.

Finalmente, accedemos a la paz del espíritu, que es la simplicidad madura, y ahí nos damos cuenta de que nos espera otro camino, lleno de sus propias complejidades. La tercera etapa no es nuestro último destino. La simplicidad que se encuentra en el extremo *opuesto* de la complejidad de Holmes es la simplicidad que se encuentra en *frente* del otro camino santo.

Si nos dirigimos a donde decimos que queremos ir, debemos estar dispuestos a someternos a las presiones de este próximo camino. ¿Podemos seguir siendo mansos, sumisos y misericordiosos incluso en el crisol de las dudas burlonas de los demás y nuestras propias preguntas al estilo gordiano? ¿Tenemos la fuerza para seguir a Cristo todo el camino desde el Getsemaní hasta el Calvario sin enojarnos por la amargura de la copa que tengamos que tomar? Como dijo el Élder Neal A. Maxwell, “si tomamos en serio nuestro discipulado, Jesús finalmente nos pedirá que hagamos las cosas que nos son más difíciles. 113

La simplicidad experta de la tercera etapa nos dirige nuevamente al templo, listos para someternos aun de manera más profunda al código de conducta que nuestro Maestro nos ha dado a conocer tanto en palabras como en obras. Nuestra adoración en el templo antes de entrar a la tercera etapa, comparativamente hablando, es una simple casilla de verificación y un tipo de “no sé” por inercia. La obediencia ciega es un comienzo, como lo fue para Adán y Eva. Sin embargo, nuestra fe ahora informada nos prepara—nos exige—para decidir si pasaremos al siguiente camino, con los ojos y los corazones bien abiertos para su comprensión.

Dicho espacio está completamente fuera de la zona de confort de nuestro hombre natural. Sin embargo, nuestra confianza en las promesas del Consolador—Su paz, Su gozo indescriptible— hace posible el camino. Además, confiamos en que al otro lado de este camino, este conocido Rocky Ridge, miraremos hacia atrás y aceptaremos que fue un privilegio pagar el precio del camino.

Durante los primeros años de su vida, nuestro amigo misionero retornado Zacarías comenzó su propio ascenso hacia este camino sagrado, en el que nuestro descenso a las

profundidades de nuestra alma también es nuestro ascenso a la santidad del cielo. En los últimos años de su vida, el Presidente James E. Faust nos dio una idea de su experiencia con este ascenso sagrado:

“En los Getsemaníes de la vida que todos tenemos, y con frecuencia en mi llamamiento actual, me he arrodillado con un espíritu de humildad en el único lugar al que podría recurrir por ayuda. A menudo fui en agonía de espíritu, le supliqué a Dios fervientemente que me sostuviera en la obra que he llegado a valorar más que a la vida misma. En ocasiones, sentí la terrible soledad de las heridas del corazón, la dulce agonía, los golpes de Satanás, y el consuelo cálido y envolvente del Espíritu del Maestro.

“También he sentido la abrumadora carga de las dudas personales en cuanto a mi incapacidad e indignidad, el momentáneo sentimiento de estar desamparado para ser luego fortalecido más de lo que esperaba.

He ascendido a un monte Sinaí espiritual docenas de veces en busca de comunicación y de instrucciones. Ha sido como si ascendiera a un casi verdadero monte de la Transfiguración y, en ocasiones, he sentido gran fortaleza y poder en la presencia de Dios. Este sentimiento sagrado y especial ha sido una influencia sustentadora y, a menudo, un compañero íntimo”.<sup>114</sup>

Cuando me he encontrado en lo más profundo de la lucha por ascender a mis propios Sinaís, cuando el aire es suave y frío, y se gasta mi energía, he sentido Su fortaleza—no siempre, pero lo suficiente.

Cuando nuestra familia estaba alrededor del pequeño ataúd de nuestro nieto en el cementerio, sentí Su consuelo con tanta seguridad que mi creencia en la Resurrección se convirtió en el conocimiento espiritual de que algún día volveríamos a estar con Devin.

Cuando estaba en el primer año de la universidad, me arrodillé arrepentido al lado de mi cama después de haber hecho algunas indiscreciones, le pedí que se limpiara mi vaso interior, sentí que Su perdón me tranquilizaba.

Mientras escribía en la pizarra y enseñaba a las hermanas de la Sociedad de Socorro en mi barrio de estudiantes, sentí Su confirmación, en ese instante, en que las palabras que salían de mi boca no eran más sino Suyas.

Cuando nuestra nieta mayor se arrodilló en el altar del templo con su compañero elegido, sentí los destellos del gozo eterno que Él promete: si esa joven pareja enamorada trabajara, perdonara, jugara y descansara con Él en su relación, su sellamiento sería hermoso más allá del tiempo.

En esos momentos en que mi corazón se ha abierto con ternura hacia Él, han habido oportunidades en las que Él me ha permitido sentir Sus lágrimas caer con las mías. En esos momentos mi fe fluye y me asegura que con Él, gracias a Él, nuestros desiertos se pueden convertir en jardines.



